



El DENTOL es el dentífrico conocido universalmente, por ser un excelente antiséptico, estando, además, dotado de un perfume muy agradable.

El DENTOL, que está fabricado, según los trabajos de Pasteur, destruye todos los microbios nocivos de la boca, impide también y cura seguramente las caries de los dientes y las inflamaciones de las encías.

Acostúmbrese a usar diariamente el DENTOL, y se sorprenderá de la blancura resplandeciente de sus dientes. El DENTOL destruye el sarro.

De venta en toda la República a los precios de:

\$0.20 tubo mediano
0.40 tubo grande.

BRUNET Y HNO

Dentol

Distribuidores Exclusivos:
J. PAULY, SES FILS & CIE. LTD
Apartado 2143
Habana.

En Este Número:

★
Mitos, Satélites y Hombres
Reportaje Sideral
por R. Torres-Mazzoranna

★
LA GUERRA DEL FUTURO
Aviones, Gases y Microbios
por Max de Abad

★
BOSQUEJO PERSONAL
por Warner Baxter

★
Robert Young
Simpático Galán
por Sam Lukas

★
LA "DOBLE"
Cuento Breve

★
Historietas en Colores
Para Viejos y Niños

La NOVELA del DOMINGO

EL PENIQUE DE LA MUERTE

por E. Davidson

Los Trucos

Por S.H.L.

! MUCHACHOS, PAPA' DICE QUE NO VIMOS LA SALA MAS IMPOR-TANTE DEL MUSEO

ME ALEGRO NO BENGAR MI HERMANO, PARA DIVERTIRNO MA SOLO SE-SMEJOL

! TIENES RAZON !

MUSEO DE HISTORIA NATURAL

? QUE SALA ES ESA ? LA ARMERIA.

ENTONCES, PODEMOS IR A VERLA HOY QUE NO TENEMOS QUE HACER

! SI, VAMO, ME GUSTAN MUCHISIMO ESOS MOSEOS !

? COMO HARIAN LOS SASITRES PARA PANCHAR ESOS TRAJES EN OTROS TIEMPOS ?

! CARAMBA, NUNCA HABI VISTO TANTAS COSAS DE LATA JUNTAS !

! FRANQUITO, ESE HOM-BRE ESTA ECHANDO UN TRAJE DE LATA DE AQUEL !

! SUÉVENLO ! ! NO LE DEJEN ESCARPARSE !

! HOJAS DE AECITAR USADAS !

! CUIDADO NO SEA UNA BOMBA !

! AQUI ESTÁ !

! AHÍ FUE QUE ECHO EL PAQUETE, GUARDIA !

? CREES TÚ QUE TENIAN QUE QUITARSE LOS TRAJES AL ACOSTARSE CON UN ABRELATAS ?

Garage Jimbo Stribon

Garage Jimbo Stribon

Garage Jimbo Stribon

Garage Jimbo Stribon

LA VIDA ES ASÍ... Por FRED NEHER

« ME LA REGALÓ MI HIJITO, EL DIA DE LOS PADRES ! »

PAM

« ¿ PARA ESO QUISISTE VENIR AL CAMPO DE GOLF... A HACER CARAMBOLAS ? »

SU BUENA-VENTURA Y SU PESO 1-

« ¡ NO ME INTERESA EL PESO, SINO LA BUENAVENTURA ! »

« ¡ DICEN QUE NOS VAN A HACER UNA PRUEBA MENTAL ! ¿ SABES LO QUE ES ESO ? »

TOSÍ EL PLOMERO

« SU NEGOCIO SE HA TRIPLICADO DESDE QUE COMPRÓ EL ELEFANTE ! »

FRED NEHER

PERINQUILLA

« ¡ SUPONGO TENDRÉ QUE COMPRAR BOMBONES DE CIRUELA ! ¡ NUESTRO GATO HA FALLECIDO Y TENGO LUTO ! »

30

movil—habrán sobrepasado, dentro de cien años, los 500 kilómetros por hora y esperarán llegar a los 560, solamente durante segundos sobre las dos o tres pistas naturales que haya en el mundo, o sobre pistas especialmente construidas. Los servicios regulares de automóviles y camiónes en carreteras para los mismos se harán a 150 kilómetros por término medio. Y el automovilista se enorgullecerá de correr a 70 u 80 en virtud de que los cambios de velocidades serán automáticos y los frenos a toda prueba».

Fundamenta el técnico su profecía en la imperfección fisiológica humana, que ha permitido a la máquina sobrepasar al hombre, e impide el desarrollo de velocidades mayor que las apuntadas, para el cual sería necesario que nuestras percepciones y reacciones se triplicaran y obraran independientemente de nuestro estado físico y mental.

El ferrocarril

«La velocidad máxima—vuelve a decir Malot refiriéndose al ferrocarril y sus velocidades del siglo próximo—habrá sobrepasado ligeramente de 200 kilómetros, ya se trate de trenes de vapor o eléctricos. Pero las velocidades comerciales se habrán limitado a 150 kilómetros, salvo ciertas vías especialmente construidas y poco numerosas».

Tres razones abonan la opinión del ingeniero en cuestión. El movimiento de lanzadera, el viraje y la imposibilidad de los trenes de detenerse, marchando a gran velocidad, a una distancia que no sobrepase la cubierta por las señales.

«Para que esta profecía no resultara cierta en el año 2037, sería necesario que nos decidiéramos a rehacer todas las vías, a modificar las ya trazadas, a demoler puentes y a construir otros, o a inventar nuevos medios de enfrenamiento respec-

LA FIEBRE acabará con Ud. si no empieza a tomar QUINIUM LABARRAQUE



El más poderoso regenerador, aprobado por la Academia de Medicina de Paris como el más poderoso de los tónicos y el más energético de los febrifugos. Preparado con vino añejo de Málaga, se recomienda a los febriles, a los debilitados, a los fatigados, a los convalecientes, a los ancianos, a los niños anemiados.

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS
Depósito: MAISON FRERE 19 Rue Jacob, Paris (60)



to a los cuales no tenemos por ahora la menor idea. Y una vez conseguido esto habría necesidad de cuidar las reacciones humanas; las de los viajeros que no podrían soportar movimientos muy bruscos o virajes muy rápidos, y las de los mecánicos, que a más de 200 kilómetros por hora habrían perdido prácticamente todo control de las señales.»

El rápido del Porvenir: ¡1000 kilómetros por hora!

«En el transcurso de cien años—afirma por su parte el ingeniero Smitt—se superarán en forma extraordinaria las velocidades actuales. El tren rápido del futuro correrá a razón de mil kilómetros por hora.»

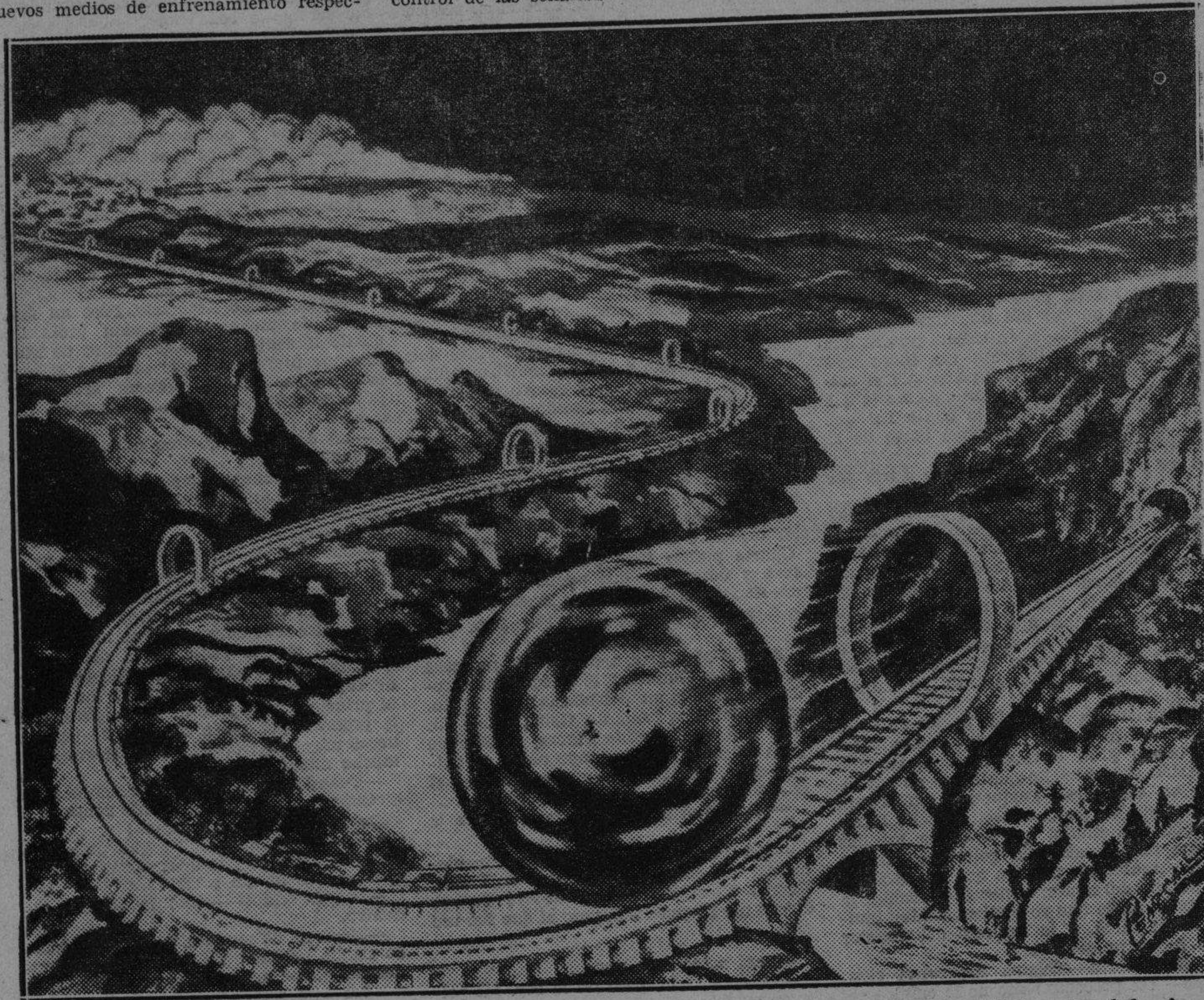
Y para justificar la afirmación, que pudiera antojarse fantástica, el citado técnico habla de la invención más reciente en cuanto a vehículos terrestres; el proyecto del ingeniero británico H. K. Whitehorn, aprobado ya por el registro de privilegios de invenciones de Inglaterra. Es una especie de ferrocarril cuya fuerza impulsora no se suministra por combustión de aceite o carbón, sino por gigantescos imanes en forma de anillos colocados verticalmente sobre los rieles. Estos imanes empujan con una velocidad inmensa al tren futuro, que tendrá la forma de una bola.

La bola exterior que se ve en la fotografía del proyecto contiene otra separada por una espesa masa líquida, y dentro de ella va otra tercera. La primera gira con fabulosa velocidad por los rieles. La segunda ya se mueve menos, y la tercera en la que se encuentran los viajeros está completamente inmóvil, pues se halla envuelta también en un denso líquido y provista además de un giroscopio, aparato consistente en varios trompos colocados en la parte baja de la tercera bola. Estos trompos se mueven con tal velocidad que ocasionan el equilibrio continuo de la bola, evitando por completo su rotación. Los pasajeros podrán viajar tranquilamente en este ferrocarril futuro, cuyos compartimientos serán parecidos a los de los modernos 'pullman'.

A la objeción de que el avance de las bolas será dificultado por los imanes, cada uno de los cuales anularía el efecto del próximo, opone el ingeniero Smith que a lo largo del trayecto hay un conducto eléctrico que se interrumpe en el momento en que el «rápido» ha pasado por un anillo magnetizado, neutralizando entonces la fuerza de atracción del imán.

El «rápido del porvenir» podrá ser hoy una utopía—según Smith—, en cuanto a su financiación, puesto que su construcción obligaría a invertir un capital exorbitante, pero no así en lo que a la técnica respecta, puesto que los proyectos para su construcción están ya elaborados.

Por HENRY W. HARRINGTON



He aquí una perspectiva terrorífica del «rápido del futuro». Algo futurista, no se puede negar. Consistirá en una bola gigantesca con otras dos en su interior, en la última de las cuales irán los pasajeros como en los coches 'pullman' de ahora. Nada de combustibles para su impulsión. Enormes imanes, colocados en forma de anillo sobre los rieles, lo empujarán a una velocidad de mil kilómetros por hora...



EL DENIQUE de La Muerte

Continuación

La iglesia continuaba igual, el cementerio no tenía más variación que un par de sepulcros nuevos. Leyó los nombres escritos en las lápidas: eran personas que conocía, y de cuya muerte no había tenido conocimiento. Un poco más allá estaba la cruz que indicaba el sitio donde reposaban sus padres al lado de los hijos que habían perdidos.

Se arrojó junto a aquellas tumbas cubiertas de flores, y una fuerte emoción de ternura y de dolor oprimió su corazón, agitando como si estuviera a merced de una fuerte borrasca.

—¡Padre, padre de mi alma! —exclamó sin aliento apenas—. ¡Soy tu hija, que viene a decirte muchas cosas! —añadió en el mismo tono que empleaba cuando, niña aún, se acercaba a su padre y le hablaba acariciando sus cabellos.

Nunca pudo apreciar cuánto tiempo estuvo allí. Unas cuantas campanadas del reloj de la torre la sacaron de su abstracción, y entonces vio que era mucho más tarde de lo que creía. Tenía que correr si no quería perder el tren. Dejó un manojo de margaritas y otonones de cro sobre la sepultura, besó tiernamente la cruz de mármol, miró aquel sitio que, rido una vez más, y se dirigió a la puerta. Al salir apresuradamente, tropezó con un caballero que en aquel momento iba a entrar, sin verla tampoco. Ambos se detuvieron y se miraron un momento; Natalia, como si esperase hallar un semblante conocido; pero aquel hombre era completamente desconocido para ella. El caballero por su parte, se quedó absorto; su sorpresa fue tan grande, que no pudo articular otra frase que el obligado «¡usted dispense!».

CAPITULO XX

El deseo del muerto

¿Existe el amor repentino? Generalmente, no; pero a veces, no muy frecuentemente por cierto, la primera impresión que un ser produce en otro es de una naturaleza especial, cuyo carácter no se ha definido claramente, y por eso no tiene nombre aún: es como si un alma encontrara otra alma gemela.

Dermont Hascastle, pues era él, al

mirar el rostro de aquella joven enlutada, pálida y triste que salía del cementerio, sintió una emoción semejante a la que se experimenta cuando se encuentra algo que se ha estado buscando mucho tiempo: la súbita aparición de un corazón igual al nuestro.

No fue la hermosura de Natalia lo que le hizo experimentar semejante emoción; había visto una porción de mujeres tan bellas como ella, sin sentir el menor deseo de contemplarlas de nuevo, y a quienes olvidó apenas pasaron por su lado. Fue algo del espíritu de la joven, algo que le hablaba en un lenguaje desconocido hasta allí, lo que hizo latir su corazón al mirarla. Si no fue amor instantáneo lo que sintió en aquel segundo de tiempo, fue, por lo menos, un interés, una admiración que le impulsaba a trabar con aquella joven desconocida, relación más íntima que la que suele derivarse de un encuentro fortuito.

La joven miraba. Tenía, pues, que decirle algo, o apartarse para dejarla pasar; dijo la primera cosa que se le ocurrió:

—¿Podría usted indicarme el camino para ir a la Casa Roja?

Natalia, sorprendida por aquella pregunta, extendió la mano indicándole el hotelito que se veía a través de los árboles, y le dijo al mismo tiempo:

—Está muy cerca, y no tiene pérdida; hay un sendero que conduce hasta allí a través de ese prado.

—¡Muchas gracias, señora! —murmuró Dermont, deseoso de continuar la conversación, pero sin que se le ocurriera nada que decir.

¡Qué voz tan agradable tenía aquella joven! Siempre había creído que la voz era uno de los mayores encantos de la mujer; jamás se casaría con una que la tuviese desagradable.

Como vemos, Dermont no había tardado en hacer el mismo viaje que Has-

sard. Apenas terminó el funeral del hombre a quien consideraba como padre, dejó su hacienda o mejor arreglada que pudo, confiando su cuidado a un administrador, y partió para encontrar a la joven con quien debía casarse, si comprendía que podía llegar a amarla. En el caso contrario, le entregaría aquella fortuna, cumpliendo el deseo del moribundo.

El también, a semejanza de Hassard, emprendió el camino de Avening, apenas llegó a Inglaterra. Hacia unos momentos que había llegado, cuando encontró a Natalia que salía del cementerio. El también, como Hassard, había preguntado por la familia Dennys, sabiendo que los dueños de la Casa Roja eran los únicos que podían darle detalles. Siguió el mismo camino que había recorrido Natalia, y vio la iglesia; algo que se movía entre los árboles del cementerio llamó su atención, y se dirigió hacia él, esperando que podrían darle noticias sobre el camino que debía seguir.

Al llegar allí, sintió que abría la cancela, y vio que tropezaba con él la joven, cuyo semblante le produjo una impresión como jamás había experimentado antes, y sólo pudo murmurar las pocas palabras que hemos dicho ya.

No encontró nada más que decir, se apartó a un lado, sosteniendo la cancela abierta para que ella pasara, y quitóse el sombrero para responder a la grave inclinación de cabeza que la joven le hizo a manera de saludo.

Natalia bajó los tres escalones de la drillo que había delante de la verja, salió a la carretera, y empezó a andar presurosa en dirección a la ciudad. Dermont permaneció un momento en suspenso, sin saber qué partido tomar; después salió también, y tomó el mismo camino que ella, siguiéndola deliberadamente con intención de saber quién era.

¡Había hecho todo el camino a fin de llegar a la Casa Roja, y se volvía a Avening sin entrar en ella! La idea que le había llevado allí, las pesquisas que tenía que hacer para encontrar a la señorita Dennys; todo lo olvidó en su interés por la joven que había visto salir del cementerio. Tenía que verla otra vez; sentía la necesidad de oír de nuevo

su voz. Cuando llegara a la ciudad, ya encontraría alguna excusa para hablarle de nuevo.

Lo que le ocurría era incomprensible; se sentía atraído por ella de un modo irresistible; no podía perderla de vista; le parecía que sin ella le faltaría algo necesario para vivir. Continuó andando, cuidadoso de dejar entre ambos la distancia necesaria para que la joven no comprendiera que la seguía si volvía la cabeza, pero sin que pudiera dejar de verla.

Había concebido la idea de que fuera alguien de la familia de Garside que viviera en la Casa Roja; pero como se internaba en Avening, dedujo que viviría allí, y que había ido al cementerio para visitar la tumba de algún ser querido. Era forzoso averiguar dónde vivía. Avening era un pueblo de tan reducido vecindario, que, indudablemente, debía de conocerse todo el mundo, y los Garside podrían decirle también quién era aquella joven, que ya le interesaba mucho más que la señorita Dennys. ¿Sería casada? ¿Cómo se llamaría? ¿Dónde viviría? Todas estas preguntas bullían en su mente; pero en vano trataba de darse una respuesta satisfactoria.

Llegaron uno tras otro a la ciudad. Natalia se ocultó a las miradas de Dermont al dar la vuelta a una calle; éste corrió, y logró verla otra vez cruzando el mercado.

Seguía el mismo camino que él había llevado desde la estación. ¿Iría de viaje? No llevaba un bolso siquiera en la mano; probablemente, tendría algún asunto que hacer por aquel lado de la ciudad; pero lo más seguro era seguir-la para no perderla de vista.

Pensando así, llegó a la estación a tiempo de verla tomar un billete. Había pensado bien en ir hasta allí, porque si no hubiera obedecido a aquel impulso de su deseo, la habría perdido para siempre.

Le joven llegó al andén. Un tren estaba dispuesto para marchar. ¿Partiría en él?

De pronto vio que el billete se escapaba de sus manos al ir a guardarlo en el bolsillo. Ligero como una flecha se adelantó, y le recogió. La joven volvió la cabeza al sentir el ruido de sus pasos, y apenas si tuvo tiempo de leer el sitio de destino antes de entregárselo, diciéndole al mismo tiempo:

—Ha dejado usted caer esto.

Natalia lo tomó, le dió las gracias, y quedó sorprendida al ver que era el joven a quien había dejado hacía poco en la puerta del cementerio. ¿Qué objeto le alejaba de Avening otra vez?

La idea de que pudiera ser ella no se le ocurrió por el momento. Le dió las gracias apresuradamente, y guardó el billete dentro de un guante. El tren iba a arrancar. Se metió en un departamento, sin que Dermont se atreviera a sostener abierta la puerta mientras entraba, temeroso de parecerle impertinente.

El nombre impreso en el billete era Southlife. Dermont no sabía siquiera dónde estaba aquel lugar; pero le acometió un violento deseo de entrar en el coche, e ir también, toda vez que allí iba ella. Más se contuvo, dominando su voluntad, y motejándose de imbécil.

Era una locura correr así en pos de una mujer sólo porque la había impresionado de aquella manera; y aun cuando hubiera perdido el sentido común hasta el punto de seguir un impulso involuntario, ¿cómo podía olvidar el objeto que le había llevado a Avening, la sagrada promesa hecha a su padre en el lecho de muerte?

También tenía que atender a aquel interesante asunto. Debía cumplir un deber antes de lanzarse a correr mundo siguiendo a una mujer de la cual necesitaba saber más de lo que sabía para interesarse por ella. Pensando así, dejó que la puerta del coche se cerrara tras Natalia y que el tren se pusiera en movimiento, quedándose absorto e inmóvil hasta que la extensa columna de

humo que salía de la máquina se perdió en la distancia. Después de todo, si hubiera obedecido a aquel deseo instintivo y hubiera entrado en el coche tras ella, ¿de qué le hubiera servido? Podría ser casada, podía desilusionarle al entrar en conversación con ella si hallaba una criatura distinta de la imagen que había forjado en su mente.

¡Pero había sido una visión tan encantadora! Una ilusión del momento, es verdad; pero que le produjo la misma sensación que si hubiera perdido algo muy querido. Había entrevisto una mujer que sería su ideal de allí en adelante, y que no le dejaría ver a ninguna sin establecer en el acto comparación con ella.

Era una preparación mala para la empresa que debía llevar a cabo. La señorita Dennys, desconocida para él, podía haberle parecido bien si no hubiera visto a aquella otra; pero a la sazón pensaba en ella hasta con disgusto. Sin embargo, llevaría adelante su empresa, ya que estaba obligado a ello por

una promesa sagrada, y triste y abatido salió de la estación, y se internó de nuevo en las calles de Avening.

El camino le pareció insufrible; algo había pasado por allí llevándose todo el encanto; sintió el deseo de resolver el asunto que le había llevado allí, y partió cuanto antes. Necesitaba terminar pronto su misión, cumplir la palabra empeñada, para ocuparse después en sus propios asuntos.

En la puerta del parque de la Casa Roja encontró a un hombre de media edad que sala del hotel. Su aspecto no era el de un hombre de media edad que sala del hotel. Su aspecto no era el de un hombre de media edad que sala del hotel.

—Vengo esperando encontrar al señor Garside —dijo, hablando con un tono afectuoso y reposado que era habitual en él—. ¿Acaso tengo el placer de estar en su presencia.

El caballero saludó, manifestando que era así, y añadió:

—¿Quiere usted que entremos en casa? Salí únicamente para dar un paseo.

—Muchas gracias; pero es inútil que se moleste usted. Venía únicamente a

ver a usted. Venía únicamente a ver a usted. Venía únicamente a ver a usted.

—¿Quiere usted que entremos en casa? Salí únicamente para dar un paseo.

—Muchas gracias; pero es inútil que se moleste usted. Venía únicamente a

ver a usted. Venía únicamente a ver a usted. Venía únicamente a ver a usted.

—¿Quiere usted que entremos en casa? Salí únicamente para dar un paseo.

—Muchas gracias; pero es inútil que se moleste usted. Venía únicamente a

saber si podrían darme alguna noticia acerca de una señorita Dennys que vivió aquí hace algún tiempo —dijo Dermont—. ¿Podría usted decirme dónde está?

El señor Garside se sonrió ligeramente. —La señorita Dennys está en alza —repuso—, según creo, usted es la segunda persona que ha venido preguntando por ella en pocos días. Mi madre ha tenido carta suya, y en virtud de esa circunstancia puedo complacer a usted. —Y sacando una tarjeta del bolsillo, escribió en ella: «Bon Marché de Kimber, en Barbentons», y se le entregó.

Dermont leyó aquellas palabras en alta voz, como si quisiera retenerlas en la memoria.

—Creo que es el nombre de una tierra —repuso el señor Garside.

—¿Es posible que haya tenido que llegar hasta ese extremo? —exclamó Dermont consternado y con gran pena.

—Temo que sí. Yo respeto mucho a

esa joven y la admiro —dijo el señor Garside—. El golpe que sufrió su padre fué muy rudo; nada pudo salvarse en aquella catástrofe, y supongo que ha tenido que aprovechar lo que ha encontrado para atender a su subsistencia.

—¡La respete usted y la admira. —exclamó Dermont—. ¡Ya lo creo! Es incalculable y heroico el valor que ha demostrado aceptando un trabajo mercenario, no estando acostumbrada a depender de la voluntad ajena.

La idea de la alegría que podría proporcionarle, le inundó de júbilo, pensando que aquella digna joven no tendría necesidad de pensar en adelante en vender cintas, papel u horquillas.

—No quiere usted entrar y refrescar un poco? —dijo a Dermont el señor Garside.

—Muchísimas gracias. Es usted muy amable —repuso aquél—; pero no lo acepto: tengo que marcharme inmediatamente, y pienso tomar el primer tren.

—Creí que le gustaría ver la casa —replicó Garside—. Hemos hecho algunas reformas. Si usted es amigo de los Dennys y había estado aquí antes, quizás le agrade ver cómo la hemos arreglado. Había muchas cosas que no estaban a nuestro gusto.

—No he conocido a ningún Dennys, ni he venido antes por esta parte del mundo.

—Muchas gracias; pero es inútil que se moleste usted. Venía únicamente a

ver a usted. Venía únicamente a ver a usted. Venía únicamente a ver a usted.

—¿Quiere usted que entremos en casa? Salí únicamente para dar un paseo.

—Muchas gracias; pero es inútil que se moleste usted. Venía únicamente a

ver a usted. Venía únicamente a ver a usted. Venía únicamente a ver a usted.

El señor Garside sintió curiosidad de saber para qué buscaría a la señorita Dennys; pero era algo indiscreto hacer aquella pregunta. Cuando se despidió del joven quedó parado observando cómo Dermont recorría una vez más el camino que había atravesado ya tres veces muy atento, y se preguntó otra vez con qué objeto buscaría a la señorita Dennys, comprendiendo instintivamente que era para algo ventajoso para la joven. Después encendió un cigarro, y se fué dando el paseo que acostumbraba dar todos los días alrededor de sus posesiones. Estaba encantado con la Casa Roja, su última adquisición, y quería que todos la admiraran lo mismo que él; por eso hubiera tenido un placer en enseñar a aquel joven el billar, la estufa y otras cosas que aun tenían para él el encanto de la novedad.

Si Natalia hubiera sabido que su nuevo dueño tenía tanto interés por conservar la posesión y mejorarla, se lo hubiera agradecido mucho.

—Creo que es el nombre de una tierra —repuso el señor Garside.

—¿Es posible que haya tenido que llegar hasta ese extremo? —exclamó Dermont consternado y con gran pena.

—Temo que sí. Yo respeto mucho a

esa joven y la admiro —dijo el señor Garside—. El golpe que sufrió su padre fué muy rudo; nada pudo salvarse en aquella catástrofe, y supongo que ha tenido que aprovechar lo que ha encontrado para atender a su subsistencia.

—¡La respete usted y la admira. —exclamó Dermont—. ¡Ya lo creo! Es incalculable y heroico el valor que ha demostrado aceptando un trabajo mercenario, no estando acostumbrada a depender de la voluntad ajena.

La idea de la alegría que podría proporcionarle, le inundó de júbilo, pensando que aquella digna joven no tendría necesidad de pensar en adelante en vender cintas, papel u horquillas.

—No quiere usted entrar y refrescar un poco? —dijo a Dermont el señor Garside.

—Muchísimas gracias. Es usted muy amable —repuso aquél—; pero no lo acepto: tengo que marcharme inmediatamente, y pienso tomar el primer tren.

—Creí que le gustaría ver la casa —replicó Garside—. Hemos hecho algunas reformas. Si usted es amigo de los Dennys y había estado aquí antes, quizás le agrade ver cómo la hemos arreglado. Había muchas cosas que no estaban a nuestro gusto.

—No he conocido a ningún Dennys, ni he venido antes por esta parte del mundo.

—Muchas gracias; pero es inútil que se moleste usted. Venía únicamente a

ver a usted. Venía únicamente a ver a usted. Venía únicamente a ver a usted.

—¿Quiere usted que entremos en casa? Salí únicamente para dar un paseo.

—Muchas gracias; pero es inútil que se moleste usted. Venía únicamente a

ver a usted. Venía únicamente a ver a usted. Venía únicamente a ver a usted.

El Tren del Futuro desarrollará velocidades fantásticas

El ritmo acelerado, violento, nuestro tiempo se acerca al espacio más que nunca. La velocidad impone su albedrío de vértigo como símbolo de lo actual. Entra en su apogeo la revolución de lo veloz. Y alienta en ella un sentido profundamente humano: la dilatación de la vida, que se alarga en la misma proporción en que se acortan las distancias.

Cada día, desde el final de la gran guerra, esta revolución, que «es una revolución más grande que cualquiera otra», afirma posiciones y apuntala conquistas.

El aire, el agua y la tierra son desgarrados por el desafío del bolido. El tiempo se acerca, llega al espacio... Pero, ¿seguiré «in crescendo» esta fiebre de kilómetros? ¿Será progresiva la acción revolucionaria de la velocidad? ¿Se hará más violento el ritmo de la época? ¿Hasta dónde llegaremos en esta desenfrenada.

RISAS Y LAGRIMAS EN...

pieran que su hija se ganaba la vida en el teatro. Puestas, con el empresario, a buscar un nombre, escogimos uno de mis tres nombres de pila, Esperanza, y el apellido de un doctor de Tabasco con el que tenía amistad mi familia.

La actriz continúa: —Cuando el sueldo de mi padre no fué lo suficiente para mantener a sus hijos, su esposa tuvo que ayudarlo de la única manera que podía hacerlo sin salir del hogar; poniendo una casa de huéspedes.

a la casa, de huéspedes de mi madre era adonde iban a parar todos los cómicos que visitaban nuestro pueblo.

—A mí, desde mis más tiernos años, me entusiasmaba el teatro. Tenía excelente oído y una facilidad para imitar a los demás que era la admiración de las gentes. De manera que cuando los artistas que paraban en nuestra casa comenzaron a llevarme a ver sus funciones, puede decirse que mi vocación quedó irrevocablemente definida.

—Mi madre no quería que yo me moviese tan adicta a los cómicos, por entender que la carrera teatral no era la más conveniente a una hija suya. Pero ni sus reconvenciones ni sus castigos lograban disuadirme. Yo había nacido para el teatro y todo lo que fuera oponerse a los dictados de mi vocación era perder el tiempo.

—Había un apuntador que me llevaba por las noches a ver las funciones, cuando apenas tenía siete u ocho años. Yo sabía que al volver me esperaba una paliza de mi madre, que no quería que a la mañana siguiente perdiera la escuela. Pero me daba lo mismo. Los golpes apenas si me escocían un momento, y en cambio, al día siguiente, me lucía imitando a la estrella que había visto la noche anterior.

—Mi artista preferida era Romualda Moriones, la misma que más tarde, como empresaria en unión de su hermana de Teatro Principal de la capital de la República, presentó en dicho coliseo a la ya consagrada Esperanza Iris. Yo entonces cifraba todas mis ilusiones en llegar a imitarla, y cuando me presentaba en festivales con una gran cita azul en la cabeza, me sentía la emperatriz de la opereta.

Un encuentro feliz —Mis hermanitos, por esa época, tenían que vestir de percal, ya que los ingresos del matrimonio Boffil no daban para más. Yo, en cambio, vestía de seda, porque una modista de postín que había en la localidad, que se llamaba Angela Rocha, me tomó bajo su protección y me hacía unos trajes bellísimos. Ella, sin saberlo, fomentó mi afición a los trajes costosos que fué causa de que cuando llegó mi época de esplendor, las cuentas de las modistas ascendieran a verdaderas fortunas.

—Todo iba bien en mi casa hasta que el gobernador de Tabasco comenzó a hostigar a mi padre por cuestiones políticas. Y no sólo lo hizo perder el empleo, sino que, perseguido como un perro rabioso tuvo que abandonar el estado y huir, disfrazado hacia la capital federal. La dispersión de la familia fué entonces general, y yo tuve, teniendo nueve años, que hacer un viaje en vapor sola, con dos hermanitos más pequeños, rumbo a Ciud

dad de Méjico. No quiero decirle la impresión que me produjo Veracruz, cuando lo ví desde el camarote donde íbamos encerrados. Ninguna de las grandes ciudades que he conocido después, me causó una admiración más sentida.

—En la capital de la República, las cosas se ponían de mal en peor. Mi padre sólo ganaba un peso diario y mi madre apenas si tenía tiempo para atender a la numerosa familia. Mi tío Emilio Rabasa nos protegía y desde el primer momento estuvo dispuesto a costear los estudios de mi hermano mayor.

—Recuerdo que muchos días, para poder comer, tenía que ir a empeñar los chalecos de la magnífica colección de mi padre, que eran uno de sus orgullos. De manera que un día mi madre decidió enviarme a trabajar a una fábrica de corbatas, donde fracasé completamente.

—Un día en la calle, por pura casualidad, me encontré con el señor Barraza, que me había visto trabajar en Tabasco cuando había estado allí con su compañía quien me ofreció un puesto en la compañía Iglesias, una de las dos compañías infantiles que se disputaban el favor de los públicos de toda la República. Eran los días en que estaban de moda los artistas precoces, y en que niños de 10 o 12 años cantaban un repertorio lírico que incluía muchas óperas. El señor Barraza me había ofrecido dos pesos diarios, una cantidad que para nosotros significaba en aquellos momentos dos veces el sueldo de mi progenitor. Mi madre, obstinada en que no fuera artista, rechazó al principio la oferta, pero el señor Barraza la convenció de que era una tontería insistir en que la profesión teatral no era una profesión honorable. Tal vez fuera más la necesidad de los dos pesos que el restablecimiento de sus convicciones lo que la hizo claudicar, pero lo cierto fué que desde aquel momento formé parte de la compañía.

Cómo unos golillos la ayudaron a triunfar en «La cuarta plana» —Debuté con la Nora de «Las Campanas de Carrión» y mi éxito fué enorme. Entonces el señor Austri, de la compañía Austri y Palaci, vino desde Calapa donde estaba con su compañía—de más importancia que la otra—y me ofreció doble sueldo si me unía a la de ellos. Había el impedimento de los viajes, pero al fin el asunto quedó resuelto incorporándose mi hermano mayor al conjunto, en calidad de guardián.

—Comencé a cantar las partes de tenor de «Carmen», «Marina» y muchas otras obras de gran envergadura. Y en una ocasión el muchacho que hacía de barítono en «La Gran Duquesa», estaba tan ronco que no podía cantar. Aquello significaba una multa, que consistía muchas veces en quedarse sin golosinas durante una semana. De manera que yo, decidida a sacarlo del apuro, comencé a cambiar la letra de modo que yo pudiera cantar también su parte. Y la sorpresa del director no fué para descrita.

—Por cierto—exclama Esperanza riéndose—ese procedimiento no lo empleé solamente de niña, sino cuando ya tenía mi propia compañía y había sido aplaudida por los públicos de todos los países.

Recuerdo que una vez en Guatemala, el tenor Limón se presentó tan borracho a la hora de levantar el telón, que no tuve más remedio que ordenarle que no cantara y yo tuve que interpretar su parte al mismo tiempo que la mía. Esa noche Limón no pasó de ser una figura decorativa... en muy malas condiciones.

—A los quince años debuté en el Teatro Principal de Ciudad de Méjico como estrella de la Compañía Juvenil, que me pagaba trescientos pesos al mes. Una de mis compañeras era Josefina Vélez, la madre de Lupe Vélez. Y al poco tiempo de estar allí, se me presentó un conflicto que estuvo a punto de cortar mi carrera, para mi éxito definitiva en la escena.

—Se iba a estrenar «La Cuarta Plana» de Escalante y Palma y yo tenía que desempeñar el papel de un peladito mejicano. Y con el pavor que es de suponer me di cuenta—y se la dió también el director, que era lo que más me horrorizaba—de que no sabía hacerlo. Yo era de Tabasco, y había que imitar a la perfección a un pilluelo de la Ciudad de Méjico. Y no daba en el clavo.

—Una tarde el director me comunicó que no me podía dar el papel, y yo me sentía enferma del disgusto.

—Si mañana no lo haces mejor—me había asegurado—será cuestión de buscar otra.

—Llegué a mi casa y sin querer ver a nadie me acosté, aunque era cosa de la media tarde. Y de repente, a través de la ventana abierta, comenzaron a llegar hasta mí las expresiones de unos muchachos que jugaban a las bolas en el patio de la casa de al lado, que decían: «Ora, pos échame la canica en el boquete».

—Tuve una inspiración: si yo me familiarizara con el argot de aquellos chiquillos, sin duda podía hacer el papel del golfillo mejicano a satisfacción. Inmediatamente bajé a patio y estubo con ellos, viéndolos jugar y estudiando su conversación, durante dos horas. Cuando al día siguiente fuí a ensayar y expresé con perfecta entonación granjeril «A cuarenta pliegos por diez centavos», mi director se quedó perplejo.

—Seguí uniéndome a los peladitos todas las tardes, y la noche del estreno de «La Cuarta plana» tuve un éxito tal clamoroso y definitivo, que puede decirse que esa noche nació realmente Esperanza Iris.

Lo que ocurrió en el kiosco de «Viuda Alegre» —Al año siguiente, teniendo 16, me casé con Miguel Gutiérrez, el director de escena cubano que me doblaba la edad. Y poco después nos fuimos a Cuba, donde debuté con «El Terrible Pérez», obteniendo gran éxito. Al poco tiempo nació mi primer hijo, Carlos, y dos años después el segundo, Ricardo.

—¿Cuál fué la obra que más dinero le dió? —«La Viuda Alegre», incuestionablemente, que estrené hallándome en Ponce, Puerto Rico. No podría decirle cuánto dinero me proporcionó, pero sí que fué mucho.

—Será usted muy rica... —Debiera serlo, pero no lo soy. Mi primer marido, Gutiérrez era un jugador empedernido que perdía en una sola noche una fortuna. A mi segundo marido, el barítono Palmer, le dió por la bebida y

me dejó en la calle. Mi ilusión, el refugio en que olvidaba mis penas, eran mis hijos, y ambos perecieron cuando ya eran hombres.

—Como le dije antes, mis hijos estaban siempre conmigo, dondequiera que yo me encontrara. Pero llegó un momento en que se quejaron de que yo quisiera seguirlos teniendo pegados a mi falda. Ya Carlitos tenía 17 años y quería venir a un colegio de los Estados Unidos. Al fin transigí y los dos ingresaron en un colegio del Norte donde permanecieron varios meses. Y un día me llegó la noticia inesperada, increíble, espantosa, de que el mayor de mis hijos había muerto a consecuencia de algo así como una dosis excesiva de ejercicio.

—El mismo vapor me los retornó a los dos, uno vivo, el otro metido en un féretro. Mi dolor no es para descrito. Creí morir de pena y mi corazón atravesado por los siete puñales de la Dolorosa. Al fin pensé que debía vivir para mi otro hijo, para mi Ricardo que lloraba conmigo y me servía de consuelo.

—Pasaron los años. Mi hijo Ricardo había terminado la carrera de dentista, y me había prometido no separarse nunca de mí lado. Y un día, cuando la vida parecía sonreírle y el porvenir se le mostraba propicio y colmado de promesas, se enfermó de tifoidea y se me muere también. ¿Cómo he podido seguir viviendo?... Yo, a veces, no me lo explico...

Quiero llevar la conversación por otros derroteros y le pregunto a Esperanza Iris: —¿Cuál ha sido su momento de mayor satisfacción, señora? Indudablemente habrá tenido muchos en su vida.

—Sí, no puedo negárselo. Pero mi momento de mayor satisfacción probablemente lo sentí cuando el Ateneo de Madrid me invitó para que diera en él una conferencia. Era la primera artista, la primera mujer, a quien se concedía tal honor.

—En España la quieren mucho, ¿no es verdad? —Por lo menos, siempre fueron muy afectuosos conmigo. Por eso siento como mía la tragedia de España, que me duele en el corazón.

—Cuéntese alguna anécdota de allí o de cualquier otra parte.

—Le contaré una de Madrid, que se refiere a mi hijo Ricardo. Una tarde mis dos pequeños se empeñaron en meterse en el kiosco que es parte de la decoración de un acto de «La Viuda Alegre». Era un capricho de niños at que yo me opuse al principio, pero que luego consentí, con la promesa por parte de ellos de permanecer muy quietecitos, sin hacer ruido, y mucho menos, sin dejarse ver.

—Cuando ya llevaban mucho tiempo escondidos, Ricardo, de repente comenzó a llamarme: —¡Mamá! ¡Mamá!

—En un momento en que pude, me acerqué al kiosco y le dije: —¿Cállate, muchacho, que te van a oír!

—Mamá: «pipi» —vino la vocecita de dentro.

—Me llené de espanto. Si salía del kiosco estaba perdida. Volví a acercarme y a decirle: —Espera. Ya falta poco.

—Mi hijo no pudo esperar, y un momento después corría por el escenario un pequeño arroyo que nacía en el kiosco y estuvo a punto de provocarnos, al conde y a mí, una sonora carcajada...

Risas y lágrimas en la vida de Esperanza Iris la emperatriz de la opereta

(Por A. ARROYO RUZ)

NUEVA YORK, mayo.—Esperanza Iris ha vuelto a Nuevo York, con motivo del estreno de su nueva película, «Noches de Gloria». El primer «film» que realizara la célebre diva de «La Viuda Alegre» y tantas otras operetas populares, se llamó «Mater Nostra», y a ella llevó la artista mejicana que más gloria alcanzara en el mundo, jirones de su pecho desgarrado de madre. En la nueva, «Noches de Gloria», Esperanza Iris ha reproducido también con talento y verismo, muchos pasajes de su vida múltiple, agitada siempre por el ajeteo de los viajes, colmada de glorias y de satisfacciones y conmovida por el dolor.

Cuando los aplausos de los hispanos de Nueva York, entusiásticos y repetidos hasta el infinito, cesaron por fin en la sala y la gran artista pudo volver a su camerino, nuestra primera pregunta fué al siguiente tenor:

—Y dígame, señora: ¿Dónde aprendió a hablar tan bien?...

Yo he visto a actrices de elevados prestigios, temblar como azogadas a la sola idea de tener que dirigirle la palabra al público. Y las he visto después expresar torpemente sus ideas, en unos párrafos improvisados que se negaban a salir de sus labios. Y he aquí que Esperanza Iris, con una facilidad de palabra que encanta, había improvisado un discurso elocuente, que el público había interrumpido muchas veces con sus atronadores aplausos.

La artista, sonriendo, me explica: —A hablar fui aprendiendo por los caminos del mundo, porque de chica casi no fui a la escuela. En cuanto a hablarle al público, la primera vez que lo hice fué en Madrid, a instancias del glorioso autor de «Los Intereses Creados»... —Cuenta, cuente...

YO ESTABA DESTINADA A...

acababan de efectuarse grandes obras de restauración. Sin embargo, cuando penetramos en las habitaciones, salió a recibirnos un soplo de aire helado y un olor a modo que contribuyó a entristecerme aún más. ¡Ni una planta, ni una flor para celebrar mi llegada!... Ni la menor señal de que mi presencia allí fuese saludada con cariño y alegría!... El castillo no tenía alfombras, ni tocador. ¡Ni siquiera disponía de un cuarto de baño!... Para lavarnos nos veíamos obligados a usar un lavabo que se alzaba sobre una pobre base de hierro en forma de tripode.

Un esposo infiel

El príncipe se reveló muy pronto como un marido infiel. La princesa no tardó en enterar de que Rodolfo hacía la corte a otras mujeres, especialmente a cierta condesa C. Una noche en que Estefanía regresaba al palacio en su coche, después de haber asistido a la ópera, vió el coche de Rodolfo que estaba detenido frente a la puerta de la condesa.

La princesa detuvo su carruaje, descendió y acercándose al cochero del príncipe le ordenó que la condujera al palacio de Hofburg. El hombre no se atrevió a desobedecer y la princesa subió, emprendien-

do la marcha, seguida de su propio coche vacío.

Aquella incidencia corrió de boca en boca por toda Viena y llegó a oídos del emperador, que se puso furioso y rió severamente a Estefanía.

Si la tragedia de Mayerling parece ahora remota y poco importante, tiene, sin embargo, importancia histórica. El hermano de la princesa Estefanía es un emocionante documento humano, pues la mayor parte de los acontecimientos que relata le ocurrieron a una edad en que casi todas las jóvenes se hallan todavía en el colegio, alejadas de todas las maldades humanas.

De ahí que hayan sido acogidas en Europa con manifiesta curiosidad, no exenta de emoción, las memorias de la princesa que huyera llegado a ser emperatriz de los austriacos si aquel drama de hace cerca de medio siglo, del que tanto y de tantas maneras se ha hablado, no hubiera torcido brusca y despiadadamente el curso de su destino.

Y de ahí que la figura, un poco legendaria ya, de la frustrada emperatriz, se perfilase ahora con relieves recios en la evocación de aquella fase lejana y aún no completamente clara de la historia.

ESPERANZA IRIS en la actualidad, y 1: A los 10 años, en «La Revoltosa».—2: A los 11 años, en «El Rey que Rabió».—3: A los 16 años, en «Geisha».—4: A los 15 años, en el pilluelo de «La Cuarta Plana».—5: Al estrenar «La Viuda Alegre».—6: En «La Princesa del Dollar».—7: Ya en plena madurez, en «El Dios Grande».

NACIO PARA SER ARTISTA Y DEBUTO A LOS 10 AÑOS CON "LAS CAMPANAS DE CARRION".—LO QUE LE OCURRIO CUANDO OTRO NIÑO SE QUEDO RONCO Y COMO, MUCHOS AÑOS DESPUES, EL TENOR LIMON REPRODUJO EL EPISODIO EN GUATEMALA.—LA MUERTE DE LOS HIJOS DE ESPERANZA IRIS Y EL DOLOR QUE EMBARGO SU CORAZON.—LA OBRA QUE LA HIZO FAMOSA, Y LA QUE MAS DINERO LE DIO.—SUS PELICULAS "MARE NOSTRA" Y "NOCHES DE GLORIA" Y SUS PROPOSITOS PARA EL FUTURO.

—Fues vera usted. Una noche, la primera temporada que hice en Madrid, estaban en mi camerino don Jacinto Benavente, don Mariano Benlliure, los hermanos Alvarez Quintero y algunos otros intelectuales de los que, noche a noche, me honraban con su visita. Yo les hablaba de mis viajes y les contaba anécdotas que me habían ocurrido, cuando, de repente, don Jacinto me interrumpió:

—Esperanza, —me dijo.— ¿Por qué no le cuenta usted al público algo de lo que nos está diciendo a nosotros?...

—Pero don Jacinto, —tartamudeé.— Yo... no sé hablar!

—¿Qué no sabe usted hablar? Usted habla como los propios ángeles. Piense, nabi-

da mas, lo que le va a decir, y mañana mismo déles la primera charla. Yo le garantizaré un éxito definitivo!

—Y al día siguiente, con un miedo que no podía disimular, le indugué al público una charla que los cogió completamente por sorpresa.

—Tendría un éxito clamoroso...

—Al principio el respetable se mostró reservado, como pensando, ¿pero qué se habrá creído esta mejicana? Luego comenzaron a reírse de mis chistes y aplaudirme, y al final me dedicaron una ovación que me sorprendió a mi tanto como se habían sorprendido ellos al principio.

—No tendré que decirle desde ese día mis charlas eran obligadas y las esperaba el público con el mismo interés que mis operetas.

Hasta nosotros llega la voz de la otra Esperanza Iris, la que en la pantalla está ahora emocionando al público en las escenas conmovedoras de una anécdota ficticia. Yo le pido a la gran artista:

—¿Querría usted contarme su historia, toda su historia?...

Esperanza Iris vacila antes de responderme:

—Hay pasajes de mi vida que ni siquiera deseo recordar. Algún día publicaré mi trágica historia en forma de libro. En Méjico tengo un diario que inicié de niña, en el que fui registrando, a través de los años, mis impresiones todas...

Un diario interrumpido por la muerte

—¿Y por qué lo ha dejado en Méjico? ¿No teme que con el transcurso de los días se borren sus impresiones? ¿No tiene mucho que anotar acerca de la psicología de los yanquis?...

El rostro de la artista se nubla. Luego me dice con voz emocionada:

—Mi diario quedó interrumpido cuando, en 1926, murió mi hijo Carlos. No tuve valor para tratar de llevar a una de sus páginas, el dolor que embargaba mi corazón.

Paco Sierra, el joven y guapo barítono que es el esposo de Esperanza Iris desde 1934, interviene entonces en la conversación:

—Tu dolor de madre fué igual al dolor de todas las madres que perdieron a sus hijos. Dios nos hace pasar por esos dolores para probar nuestra fe...

—No, Paco. Yo no era una madre igual a todas las madres. Para mí mis hijos eran mi adoración y mi refugio. Nunca me quise separar de ellos mientras fueron pequeños, aunque ello significaba enormes gastos. Conmigo viajaron siempre por casi todo el mundo con sus ayes y su insustituir. Y cuando fueron grandes la muerte me los arrebató a ambos...

Dos lágrimas han empezado a correr por las mejillas de la gran artista que unos minutos antes provocaba explosiones de risa de su enorme auditorio. Yo expreso conmovido:

—Seréne, señora. No quise despertar sus dolores dormidos. Le pido perdón...

—No, no —responde la artista secándose las lágrimas que han puesto en peligro la buena apariencia de su maquillaje.— Nada le tengo que perdonar. Y para que vea que «no le guardo rencor» le voy a contar toda mi historia, incluso esas partes de mi historia que no quise llevar al diario...

Durante dos horas, Esperanza Iris habló tan elocuente como infatigable. Unas veces sus agudezas provocaron mi hilaridad y otras sus filosóficas aseveraciones conturbaron mi espíritu. Al final, mi impresión de la genial artista se resumió en una breve frase: ¡Qué mujer!

Un matrimonio con 22 hijos

—Nací en Villahermosa, Tabasco, Méjico, hija de unos padres prolíficos que tuvieron nada menos que veintidós vástagos. Mi madre había sido maestra antes que la atención de su numerosa prole la imposibilitara para desempeñar el cargo. Mi padre era vista de Aduana. No tendré que decir que mi verdadero nombre no es Esperanza Iris. Yo me llamo María Rosalía Esperanza Bofill.

—¿Y por qué se llamó usted después Esperanza Iris?

—Cuando empecé a trabajar en la Ciudad de Méjico, siendo todavía muy niña, mi madre no quiso que en Tabasco su-

voluntad.

Apenas entró en el bazar, el enjambre de jóvenes que estaban tras los mostradores, le miraron con interés. ¿Cuál de entre todas aquellas señoritas sería la que buscaba? Se fijó en todas, procurando encontrar una que le agradase, esperando que después resultara ser la señorita Dennis; pero no encontró ninguna.

Uno de los dependientes se acercó, diciéndole con aire de importancia:

—¿Qué desea usted, caballero? ¿A qué sección quiere dirigirse?

—Eso es precisamente lo que no sé —dijo Dermont, sonriendo al mismo tiempo que se encogía de hombros.— Vengo a hacer algunas preguntas sobre una de las señoritas empleadas en la casa.

La historia se repite. El dependiente encontró aquello monótono, pues no hacía mucho tiempo había ocurrido lo mismo. Un caballero llamado Hassard había ido preguntando por la señorita Dennis. Las señoritas del bazar iban haciéndose populares, cosa que no agradaba mucho a los dependientes; así que el interpellado miró al desconocido con cierta animosidad.

—Será mejor que hable usted con el señor Kimber —le dijo, en tanto que éste, orgulloso y hueco, volvía del otro extremo del bazar.

—¿Qué sección busca el señor? —preguntó haciendo la pregunta obligada.

—Ninguna; muchas gracias —repuso Dermont con presteza.— Sólo detendré o usted un momento. Desearía obtener algunos datos acerca de una señorita empleada aquí. Me refiero a la señorita Dennis.

—¡Oh! ¡oh! —murmuró Kimber.— ¡Otro! Parece que la señorita Dennis es muy buscada ahora! Siento decirle que ha llegado usted un poco tarde.

—¿Tarde? ¿Cómo es eso —repuso Dermont.— Creí que no estaría abierto el bazar mucho antes.

—No me ha comprendido usted caballero; no me refiero a horas, sino a días. La señorita Dennis no estará aquí ya.

—¿No? Entonces, ¿es que ha dejado el empleo? —exclamó Dermont, disgustado al encontrar otra demora en la entrega de la herencia. Kimber guiñó un ojo, y dijo picaramente, como dando a entender que comprendía la razón del disgusto del joven.

—Sí; debo decir que lo ha dejado. Se despidió del bazar ayer precisamente.

—En ese caso, ¿podrá usted darme las señas de su casa?

—No la sé con certeza, a menos que se las haya dejado a alguna compañera. Sin embargo, creo que estaría tan ocupada, que no tendría tiempo de pensar en eso.

Dermont que no entendía aquella explicación, esperaba oír algo más, y Kimber, viendo que sus gracias no surtían efecto, continuó diciendo francamente:

—La cuestión es que ya no existe la señorita Dennis.

—¿Qué no existe!

La verdad parecía no haber entrado aún en el cerebro del joven. Kimber sacó su reloj con una mano, mientras con la otra se acariciaba las patillas, y sonrió con expresión condescendiente.

—No; no existe ya la señorita Dennis, porque ha cambiado su nombre —repuso—. Ayer se casó en la iglesia de San Lucas, en esta ciudad, y ahora está haciendo el viaje de novios. Creo, pues, que tengo razón al decir que, hoy por hoy, no necesita más amistad ni compañía que la del caballero que ya es su marido.

—Estaba casada! Esta posibilidad no le había ocurrido jamás a Dermont como probable. Súbitamente sintió el mismo efecto que si la tierra se abriera bajo sus pies; después se repuso y experimentó una sensación de consuelo, casi de alegría. ¡Casada! Allí concluiría todo; sus investigaciones, su disgusto al pensar que debía cumplir la última vo-



luntad de su padre adoptivo. ¡Ya no podía ser su esposa!

Se sorprendió de su propia alegría; era como si le quitaran un peso enorme de la mente, y, sin embargo, no había comprendido antes lo repulsiva que era la idea de casarse con ella. Había sentido cierta frialdad, y creía que eso era todo.

¡Casada! Entonces no tenía que procurar agradecerla y que se casara con él; la última voluntad de aquel padre moribundo no podía cumplirse. El por su parte, había hecho todo lo que debía, había obedecido fielmente hasta el fin.

—¿Con quién se ha casado? —preguntó Dermont después de algunos segundos.

Kimber le observaba con sus ojos de lince, y notó la confusión que acababa de experimentar. Evidentemente, era otro enamorado que iba a buscar a Natalia, pero demasiado tarde y cuando ya el otro había llevado el botín.

—Con un caballero llamado Hassard, muy distinguido —contestó Kimber—. Parecía hecho para ella, porque la señorita Dennis es toda una señora, que honraba a la casa. Yo me enorgullezco de mis empleadas, que son todas escogidas, todas señoritas distinguidas, nada de vulgaridad; y, sin embargo, la señorita Dennis era una estrella entre todas, excepción hecha a la señorita Knight, que también dejó ayer el bazar. La ausencia de ambas es una gran pérdida para el «Bon Marché».

Dermont reflexionó un momento; después se dispuso a retirarse, y saludó a Kimber, diciéndole al mismo tiempo:

—Muchas gracias, caballero; no quiero molestarle a usted más.

—Un momento, señor. ¿Desea usted que pregunte a las señoritas si alguna sabe donde ha ido a pasar la luna de miel la dichosa pareja?

—¡No, no! No importa; no vale la pena de averiguarlo—. Y Dermont se dirigió a la puerta, manifestando con ello, según decía Kimber, que tenía sentido común.

—Otro hombre la hubiera seguido o escrito, aunque sólo fuera por el gusto de molestarla —decía el dueño del bazar

gaba un deber, y podía casarse con quien quisiera cuando llegara el caso.

Tomó un billete para Southclife con la misma alegría que si fuera un estudiante en vacaciones, y esperó a que llegara el tren. Era dueño de sí mismo, y podía obrar como le conviniera; iría a Southclife, y estaría allí todo el tiempo que quisiera. Si allí encontraba a aquella joven que tanto le había interesado, podría entablar conocimiento con ella. Esta idea era la base de su alegría.

Partió el tren, y Dermont, cómodamente instalado en su asiento, iba trazando el plan de escribir a su abogado recriminándole algo por no haber procurado obtener en Bamberton más informes de los que le habían dado en el «Bon Marché»; pero la noticia del casamiento de la señorita Dennis le había sorprendido tanto, que no pensó en otra cosa que en marcharse.

La casualidad iba a reunir de este modo a dos personas que parecían tan separadas entre sí, que era difícil que se encontraran. Si Hasdcastle no hubiera entrado en el cementerio, si Natalia no hubiera ido allí probablemente no se hubieran encontrado jamás. La Providencia se vale siempre de hechos sencillos y sin importancia para llevar a cabo sus designios.

...

Natalia llegó a Southclife algo tarde, y se dirigió al hotel Ajax sintiendo el ruido de las olas en la playa, y aspirando la brisa del mar y el olor de la tierra húmeda. El hotel era magnífico; una señora vestida de negro salió a recibirla diciendo que ella era la encargada de la casa.

—Estará usted muy cansada del viaje —dijo después de saludarla—, y creo que será muy conveniente que se acueste Cenará, usted, y podrá retirarse a su habitación tan pronto como guste.

Natalia simpatizó inmediatamente con ella. Era una mujer muy bondadosa, aunque algunas veces tenía mal genio; sin embargo, Natalia encontró pronto disculpa para este defecto.

El hotel Ajax estaba completamente lleno de bañistas; era cierto que Southclife obtenía cada día más favor del público. Natalia, al cruzar los corredores para ir a su habitación, sintió el murmullo de la gente; mozos que conducían equipajes, doncellas que iban de un cuarto para otro, voces de los que llegaban, timbres que sonaban por todas partes; era un ruido, una confusión, un

al recordar después la historia—. El lo tomó como si fuera una cosa que no tuviera remedio, y se decidiera a soportarla con paciente resignación.

Dermont, una vez en la calle suspiró ansiosamente. Todo había terminado, había hecho cuanto estaba en su mano para cumplir el último deseo del moribundo; había cumplido su palabra; pero la joven estaba casada ya, y él era libre. Sólo quedaba un deber que cumplir: decir a sus abogados que dieran los pasos necesarios para hacer saber a la señora de Hassard que había heredado una fortuna. El podía hacer después lo que mejor le pareciera.

Podía volver a Australia, o permanecer en la madre patria, que había empujado ya a ser amada en su corazón. Tenía medios de vivir, aún después que pagara con su gran fortuna la deuda de gratitud de su padre y hacer lo que más le conviniera.

¿Por qué no había de ir a pasar unos días a la orilla del mar y divertirse un poco, toda vez que había cumplido su deber y terminado su misión?

¿I por qué no había de ir a Southclife?

Después de madurar la idea, no encontró objeción alguna que oponer a este plan; el aire sería sano, los baños agradables. Podía pescar y pasear en bote. Era absurdo volver a Australia sin saber lo que era un puerto de mar y un balneario inglés.

...

El hotel Ajax estaba completamente lleno de bañistas; era cierto que Southclife obtenía cada día más favor del público. Natalia, al cruzar los corredores para ir a su habitación, sintió el murmullo de la gente; mozos que conducían equipajes, doncellas que iban de un cuarto para otro, voces de los que llegaban, timbres que sonaban por todas partes; era un ruido, una confusión, un

Dermont volvió al hotel, dispuso la maleta, dió orden de que se llevaran a la estación, y él se fué paseando, gozoso por salir de Bamberton y con el corazón lleno de alegría. Ya no le obli-

CAPITULO XXII

Vida nueva.

de los pares de la multitud que poblaba el hotel.

Terminada la comida, y aún pudo oír el eco de las conversaciones y los pasos de los comensales al levantarse de la mesa o salir del comedor.

Le pareció sentir el ruido de una columna al pasar cerca buscando el gabinete particular de la encargada, donde debía esperar la cena prometida.

Fué una suerte para Natalia que la señorita Chase, que así se llamaba la encargada, fuera una mujer tan amable, porque estaban juntas continuamente. La secretaria trabajaba durante el día, en un pequeño cuartito que servía de oficina; pero para las comidas y los ratos de descanso debían compartir ambas el mismo gabinete.

—Si no hubiéramos simpatizado—decía la señorita Chase—, vivríamos como perros y gatos.

Pero simpatizaron y se respetaron mutuamente. Natalia encontró, por consiguiente, agradable su nueva vida.

Tenía unas cuantas horas de descanso diariamente, y durante ellas podía pasear, escribir cartas u ocuparse en lo que tuviera por conveniente. Después de una abundante correspondencia y de una interminable serie de cuentas y números, era una bendición poder ir a pasear junto al mar.

La playa era magnífica, y los baños y paseos en bote, muy agradables. Natalia adquirió pronto el hábito de levantarse temprano e ir a bañarse antes que empezaran a acudir los bañistas, y volvía a la hora del almuerzo, dispuesta ya para empezar el trabajo del día.

Era una ocupación interesante, si bien algunas veces resultaba pesada; era como vivir en un sitio de paseo, viendo caras nuevas todos los días, oyendo historias diversas a cada momento. Pronto Southcliffe constituyó uno de los placeres más gratos del mundo para Natalia, a quien agradaba tanto su trabajo, que no lo hubiera cambiado de ningún modo por el que tenía en el bazar de Kimber, y que por cierto no podía compararse en nada con él.

Haciendo estas reflexiones le ocurrió que debía escribir a Clara, dándole las gracias por el pedazo de tarta que le había enviado, y contándole algo de su nueva posición, como le había prometido. Escribió una carta interesante y larga dando a Clara una descripción de hotel, de su trabajo y de todas aquellas cosas que sabía le agradaban, estaba contenta, era feliz, y su carta respiraba felicidad por todos sus párrafos. Clara se hubiera quedado atónita sabiendo que Natalia no la envidiaba.

Clara, por su parte, vivía en un estado de seráfica bendición imposible de explicar con palabras. Tan orgullosa estaba de su casamiento y de la posición en que éste iba a colocarla en el mundo, que le parecía caminar por un sendero de flores. Aunque aún no tenían mucho dinero, ella no lo había echado de menos. Estaban en un hotel bueno; su «trousseau», nuevo y flamante aún, no necesitaba reponerse; iban al teatro, cenaban en restaurantes de moda; su corazón estaba satisfecho.

Hassard empezaba a extrañarse de no haber tenido noticias de Hasdcastle; si no se presentaba, pronto, telegrafiaría a Warra-Warra para saber dónde paraba. Era indudable que debía de estar buscando a la señorita Dennys, a fin de apoderarse de la fortuna. Si la dilación continuaba, iría a Avening para averiguar si Dermont había estado allí ya.

Una mañana estaban sentados en el comedor del hotel, tomando tarde el almuerzo, cosa que a Clara le parecía muy distinguida, después de las madrugadas del «Bon Marché». Vestida con una bata, presentaba un aspecto algo desarreglado, que enojaba mucho a Hassard; se había casado con una mujer bastante inútil, y era forzoso proporcionarle una doncella tan pronto como entraran en posesión de sus bienes, a fin

de un par de días, Nick? Me gustaría respirar el aire del mar. ¿Y a ti?

—Preferiría a a Brington —repuso Nicolás con indiferencia.

—¿Sí? Supongo que tu conoces esos sitios mejor que yo, ¿qué especial es esta Natalia? Figúrate que me dice que creeré que es muy sentimental cuando lea que hizo un largo rodeo hasta Suffolk en su viaje desde Bamberton a Southcliffe, sólo para visitar el cementerio de Avening. Gastó la mayor parte del día y bastante dinero. ¿Verdad que es muy especial?

La palabra Avening hirió los oídos de Hassard.

—¿A Avening? —interrogó, pensando en la coincidencia de que su mujer pronunciara precisamente el nombre que tenía en su mente en aquel momento—, ¿Y a qué ha ido allí? —continuó, dejando el periódico y esperando la respuesta de Clara, que se puso muy contenta al ver que al fin había logrado despertar el interés de su marido.

—Creo que vivió allí hace tiempo. Dices que no pudo resistir al deseo de contemplar su antiguo hogar una vez más. Creo que las personas tranquilas son a veces más locas que las demás, y hacen cosas que parecen ridículas.

—¿Vivía en Avening? —continuó Hassard—. ¿Entonces, la conociste allí?

Clara le contempló con los ojos desmesuradamente abiertos.

—No —repuso—. ¿Cómo puedes pensar en eso? ¡Qué idea! No la había visto en mi vida antes de hacernos amigas en el bazar de Kimber. La señorita Kinght vivió allí, y por eso dice que no pudo resistir a la tentación de ir otra vez. «Fui, y contemplé de nuevo aquellas paredes queridas, y hasta llegué a la puerta de Casa Roja —dice—. Había algunos cambios que me entristecieron; pero la señora Garside, que vive allí

—¿Tienes más que abrirla y leerla? Clara obedeció. Era dócil; en eso no podía tener queja su marido. Empezó a leerla, y de pronto se detuvo riendo.

—¡Si es de Natalia! Ha recibido la tarta que le envié, y dice que era riquísima. Si he de decir la verdad, también yo creo que es la mejor que he comido; pero no es extraño...

Continuó leyendo la carta, y prosiguió diciendo mientras leía:

—Le gustó mucho Southcliffe; dice que es hermosísimo. ¿Por qué no vamos allí

—¿A Avening? —interrogó, pensando en la coincidencia de que su mujer pronunciara precisamente el nombre que tenía en su mente en aquel momento—, ¿Y a qué ha ido allí? —continuó, dejando el periódico y esperando la respuesta de Clara, que se puso muy contenta al ver que al fin había logrado despertar el interés de su marido.

—Creo que vivió allí hace tiempo. Dices que no pudo resistir al deseo de contemplar su antiguo hogar una vez más. Creo que las personas tranquilas son a veces más locas que las demás, y hacen cosas que parecen ridículas.

—¿Vivía en Avening? —continuó Hassard—. ¿Entonces, la conociste allí?

Clara le contempló con los ojos desmesuradamente abiertos.

—No —repuso—. ¿Cómo puedes pensar en eso? ¡Qué idea! No la había visto en mi vida antes de hacernos amigas en el bazar de Kimber. La señorita Kinght vivió allí, y por eso dice que no pudo resistir a la tentación de ir otra vez. «Fui, y contemplé de nuevo aquellas paredes queridas, y hasta llegué a la puerta de Casa Roja —dice—. Había algunos cambios que me entristecieron; pero la señora Garside, que vive allí

—¿Tienes más que abrirla y leerla? Clara obedeció. Era dócil; en eso no podía tener queja su marido. Empezó a leerla, y de pronto se detuvo riendo.

—¡Si es de Natalia! Ha recibido la tarta que le envié, y dice que era riquísima. Si he de decir la verdad, también yo creo que es la mejor que he comido; pero no es extraño...

Continuó leyendo la carta, y prosiguió diciendo mientras leía:

—Le gustó mucho Southcliffe; dice que es hermosísimo. ¿Por qué no vamos allí

—¿A Avening? —interrogó, pensando en la coincidencia de que su mujer pronunciara precisamente el nombre que tenía en su mente en aquel momento—, ¿Y a qué ha ido allí? —continuó, dejando el periódico y esperando la respuesta de Clara, que se puso muy contenta al ver que al fin había logrado despertar el interés de su marido.

—Creo que vivió allí hace tiempo. Dices que no pudo resistir al deseo de contemplar su antiguo hogar una vez más. Creo que las personas tranquilas son a veces más locas que las demás, y hacen cosas que parecen ridículas.

—¿Vivía en Avening? —continuó Hassard—. ¿Entonces, la conociste allí?

Clara le contempló con los ojos desmesuradamente abiertos.

—No —repuso—. ¿Cómo puedes pensar en eso? ¡Qué idea! No la había visto en mi vida antes de hacernos amigas en el bazar de Kimber. La señorita Kinght vivió allí, y por eso dice que no pudo resistir a la tentación de ir otra vez. «Fui, y contemplé de nuevo aquellas paredes queridas, y hasta llegué a la puerta de Casa Roja —dice—. Había algunos cambios que me entristecieron; pero la señora Garside, que vive allí

—¿Tienes más que abrirla y leerla? Clara obedeció. Era dócil; en eso no podía tener queja su marido. Empezó a leerla, y de pronto se detuvo riendo.

—¡Si es de Natalia! Ha recibido la tarta que le envié, y dice que era riquísima. Si he de decir la verdad, también yo creo que es la mejor que he comido; pero no es extraño...

Continuó leyendo la carta, y prosiguió diciendo mientras leía:

—Le gustó mucho Southcliffe; dice que es hermosísimo. ¿Por qué no vamos allí

un par de días, Nick? Me gustaría respirar el aire del mar. ¿Y a ti?

—Preferiría a a Brington —repuso Nicolás con indiferencia.

—¿Sí? Supongo que tu conoces esos sitios mejor que yo, ¿qué especial es esta Natalia? Figúrate que me dice que creeré que es muy sentimental cuando lea que hizo un largo rodeo hasta Suffolk en su viaje desde Bamberton a Southcliffe, sólo para visitar el cementerio de Avening. Gastó la mayor parte del día y bastante dinero. ¿Verdad que es muy especial?

La palabra Avening hirió los oídos de Hassard.

—¿A Avening? —interrogó, pensando en la coincidencia de que su mujer pronunciara precisamente el nombre que tenía en su mente en aquel momento—, ¿Y a qué ha ido allí? —continuó, dejando el periódico y esperando la respuesta de Clara, que se puso muy contenta al ver que al fin había logrado despertar el interés de su marido.

—Creo que vivió allí hace tiempo. Dices que no pudo resistir al deseo de contemplar su antiguo hogar una vez más. Creo que las personas tranquilas son a veces más locas que las demás, y hacen cosas que parecen ridículas.

—¿Vivía en Avening? —continuó Hassard—. ¿Entonces, la conociste allí?

Clara le contempló con los ojos desmesuradamente abiertos.

—No —repuso—. ¿Cómo puedes pensar en eso? ¡Qué idea! No la había visto en mi vida antes de hacernos amigas en el bazar de Kimber. La señorita Kinght vivió allí, y por eso dice que no pudo resistir a la tentación de ir otra vez. «Fui, y contemplé de nuevo aquellas paredes queridas, y hasta llegué a la puerta de Casa Roja —dice—. Había algunos cambios que me entristecieron; pero la señora Garside, que vive allí

—¿Tienes más que abrirla y leerla? Clara obedeció. Era dócil; en eso no podía tener queja su marido. Empezó a leerla, y de pronto se detuvo riendo.

—¡Si es de Natalia! Ha recibido la tarta que le envié, y dice que era riquísima. Si he de decir la verdad, también yo creo que es la mejor que he comido; pero no es extraño...

Continuó leyendo la carta, y prosiguió diciendo mientras leía:

—Le gustó mucho Southcliffe; dice que es hermosísimo. ¿Por qué no vamos allí

—¿A Avening? —interrogó, pensando en la coincidencia de que su mujer pronunciara precisamente el nombre que tenía en su mente en aquel momento—, ¿Y a qué ha ido allí? —continuó, dejando el periódico y esperando la respuesta de Clara, que se puso muy contenta al ver que al fin había logrado despertar el interés de su marido.

—Creo que vivió allí hace tiempo. Dices que no pudo resistir al deseo de contemplar su antiguo hogar una vez más. Creo que las personas tranquilas son a veces más locas que las demás, y hacen cosas que parecen ridículas.

—¿Vivía en Avening? —continuó Hassard—. ¿Entonces, la conociste allí?

Clara le contempló con los ojos desmesuradamente abiertos.

—No —repuso—. ¿Cómo puedes pensar en eso? ¡Qué idea! No la había visto en mi vida antes de hacernos amigas en el bazar de Kimber. La señorita Kinght vivió allí, y por eso dice que no pudo resistir a la tentación de ir otra vez. «Fui, y contemplé de nuevo aquellas paredes queridas, y hasta llegué a la puerta de Casa Roja —dice—. Había algunos cambios que me entristecieron; pero la señora Garside, que vive allí

—¿Tienes más que abrirla y leerla? Clara obedeció. Era dócil; en eso no podía tener queja su marido. Empezó a leerla, y de pronto se detuvo riendo.

—¡Si es de Natalia! Ha recibido la tarta que le envié, y dice que era riquísima. Si he de decir la verdad, también yo creo que es la mejor que he comido; pero no es extraño...

Continuó leyendo la carta, y prosiguió diciendo mientras leía:

—Le gustó mucho Southcliffe; dice que es hermosísimo. ¿Por qué no vamos allí

—¿A Avening? —interrogó, pensando en la coincidencia de que su mujer pronunciara precisamente el nombre que tenía en su mente en aquel momento—, ¿Y a qué ha ido allí? —continuó, dejando el periódico y esperando la respuesta de Clara, que se puso muy contenta al ver que al fin había logrado despertar el interés de su marido.

—Creo que vivió allí hace tiempo. Dices que no pudo resistir al deseo de contemplar su antiguo hogar una vez más. Creo que las personas tranquilas son a veces más locas que las demás, y hacen cosas que parecen ridículas.

—¿Vivía en Avening? —continuó Hassard—. ¿Entonces, la conociste allí?

Clara le contempló con los ojos desmesuradamente abiertos.

—No —repuso—. ¿Cómo puedes pensar en eso? ¡Qué idea! No la había visto en mi vida antes de hacernos amigas en el bazar de Kimber. La señorita Kinght vivió allí, y por eso dice que no pudo resistir a la tentación de ir otra vez. «Fui, y contemplé de nuevo aquellas paredes queridas, y hasta llegué a la puerta de Casa Roja —dice—. Había algunos cambios que me entristecieron; pero la señora Garside, que vive allí

—¿Tienes más que abrirla y leerla? Clara obedeció. Era dócil; en eso no podía tener queja su marido. Empezó a leerla, y de pronto se detuvo riendo.

—¡Si es de Natalia! Ha recibido la tarta que le envié, y dice que era riquísima. Si he de decir la verdad, también yo creo que es la mejor que he comido; pero no es extraño...

Continuó leyendo la carta, y prosiguió diciendo mientras leía:

—Le gustó mucho Southcliffe; dice que es hermosísimo. ¿Por qué no vamos allí

lo que quiere decir esa mujer? ¿No era tú la que vivía allí? ¿Era pariente suya? ¿Cómo podía considerar la Casa Roja como su hogar?

Clara, sin comprender lo que su marido quería decir, y algo divertida con aquella confusión, exclamó mirándole con aire de reproche:

—¡Tú debes de estar soñando! Nunca en mi vida estuve en Avening, ni sé nada acerca de esa ciudad. ¿A qué obedeces el que creas que he vivido allí?

—¡Tú vivías en la Casa Roja! —dijo Hassard, sin comprender aún la verdad—. Era la casa de los Dennys; Garside la compraron después.

Era indudable que había un misterio en todo aquello, misterio que era incomprendible aún para Hassard.

—¡Oh! —exclamó Clara; y sin atreverse a decir más, por temor a estropear el asunto, toda vez que su marido la confundía con una familia de más rango que la suya, y comprendería que se había vestido con plumas ajenas, dijo únicamente:

—Ya sé lo que quieres decir. Yo no pertenezco a los Dennis a que tú te refieres. Aunque el apellido suena igual, se escribe con distintas letras; y el de ellos es Dennys, con dos «enes», y una «y», y el nuestro es Denis sencillamente. La familia de la señorita Kinght es la que vivía en Avening, en la Casa Roja. Nosotros procedemos de York.

—¡Señorita Kinght; no hay tal cosa! Yo hablo de los Dennys, no de los Kinght; un banquero de Avening! —exclamó Nick tan furioso y excitado como jamás le había visto Clara.

—¡Ah, se me olvidaba! Claro es que no podía comprender cómo la señorita Dennys podía ser Natalia, toda vez que la llamaban Kinght. Mira lo que dice al final de la carta.

«Al escribirme no pongas Dennys en el sobre; por poco se pierde tu carta, porque no encontraban ese nombre en todo el hotel. Ya sabes que me llamaban Kinght cuando era cajera del «Bon Marché», para evitar confusión; me dirigí aquí con ese nombre, y no he querido alterarlo después, aunque no pueden confundirme con nadie.

—Entonces, ¿es ella la señorita Dennys de la Casa Roja en Avening? ¡Condenación! —exclamó Hassard hecho una furia saltando de su silla.

CAPITULO XXIII

Confusión

La pobre Clara miró a su marido atónita y sorprendida.

—¿Qué te pasa, Nick? ¿Qué puede importarte que se llame Dennys o Kinght, a menos que pretendas haberte casado con la única Denis del mundo?

Hassard no atendía siquiera a lo que Clara le decía, y lleno de agitación paseaba precipitadamente de un extremo a otro del comedor. Era como si el mundo hubiera cesado en su movimiento, y se abriera un abismo a sus pies. Todos sus planes, tan bien trazados y llevados a cabo, caían como un castillo de naipes derribado por el soplo de un niño. Había emprendido un viaje a través de los mares para llegar antes que Hasdcastle, había logrado interesar el corazón de la heredera de un modo que le hacía admirar su propio talento y destreza, y resultaba que se había equivocado.

Al fin de la aventura, la fatalidad maldita le aniquilaba. El mismo había preparado la hoz que cortaba su cuello; la ganancia que esperara obtener se había perdido para siempre; se había unido a una necia insoportable, y había dejado escapar a la verdadera heredera. En su consternación y aturdimiento

ahora, y a quien yo conocía de antiguo, no pudo recibirme: me dirigí al cementerio para visitar la tumba de mis padres, y después me vine directamente a Southcliffe.

Hassard, atónito y consternado, la escuchaba sin acordarse siquiera del manjar que tenía en su plato, prestando oído atento, como si temiera no oír bien.

—¡La Casa Roja! ¡Su hogar! ¿Qué es

Yo estaba destinada a ser Emperatriz de Austria...

La princesa Estefanía hubiera llegado a ser emperatriz de Austria, pero el suicidio de su esposo, el príncipe herejero Rodolfo, en Mayerling, su posesión de caza próxima a Viena, se lo impidió.

Mucho se ha escrito sobre este asunto, pero hasta hoy la princesa Estefanía había guardado silencio sobre aquel drama que se desarrolló en Austria hace cerca de medio siglo. Ahora, la que pudo ceñir a sus sienes la corona austriaca acaba de publicar un libro de memorias, que ha sido acogido en Europa con manifiesta curiosidad.

Refiriéndose a su esposo, que según ella, en los últimos años de su vida perdió toda su energía de carácter y rectitud, Estefanía dice:

«Muy raras veces podía vérselo sobrio. Salía todas las noches y nunca regresaba a nuestro palacio de Hofburg hasta el amanecer. Sus amistades eran todas reprochables. Estaba en un perpetuo estado de excitación nerviosa y no cesaba de profirir insultos y amenazas terribles. Muchas veces, en mi presencia jugueteaba con el revólver que siempre llevaba consigo.»

En una ocasión amenazó abiertamente a su esposa con poner fin a todo matándola y suicidándose él después. No es de extrañar, pues, que la princesa declare en sus memorias que la vida al lado de aquel hombre, en el último año de su existencia fué una verdadera pesadilla, plena de horrores inenarrables.

A pesar de aquella situación, la corte mantuvo en secreto el estado del príncipe hasta el mismo día en que se produjo la tragedia de Mayerling.

«Rodolfo me había dicho que mi presencia en Mayerling en aquella ocasión era inconveniente—dice la princesa en su libro—. Me prometió regresar al día siguiente para asistir conmigo a una comida que ofrecía el emperador Francisco José. Era en enero de 1889. Antes de separarnos, le rogué que fuese a ver a nuestra pequeña Alizabeth. Y cuando partí, sentí un presentimiento trágico. Calé de rodillas y oré largo rato.»

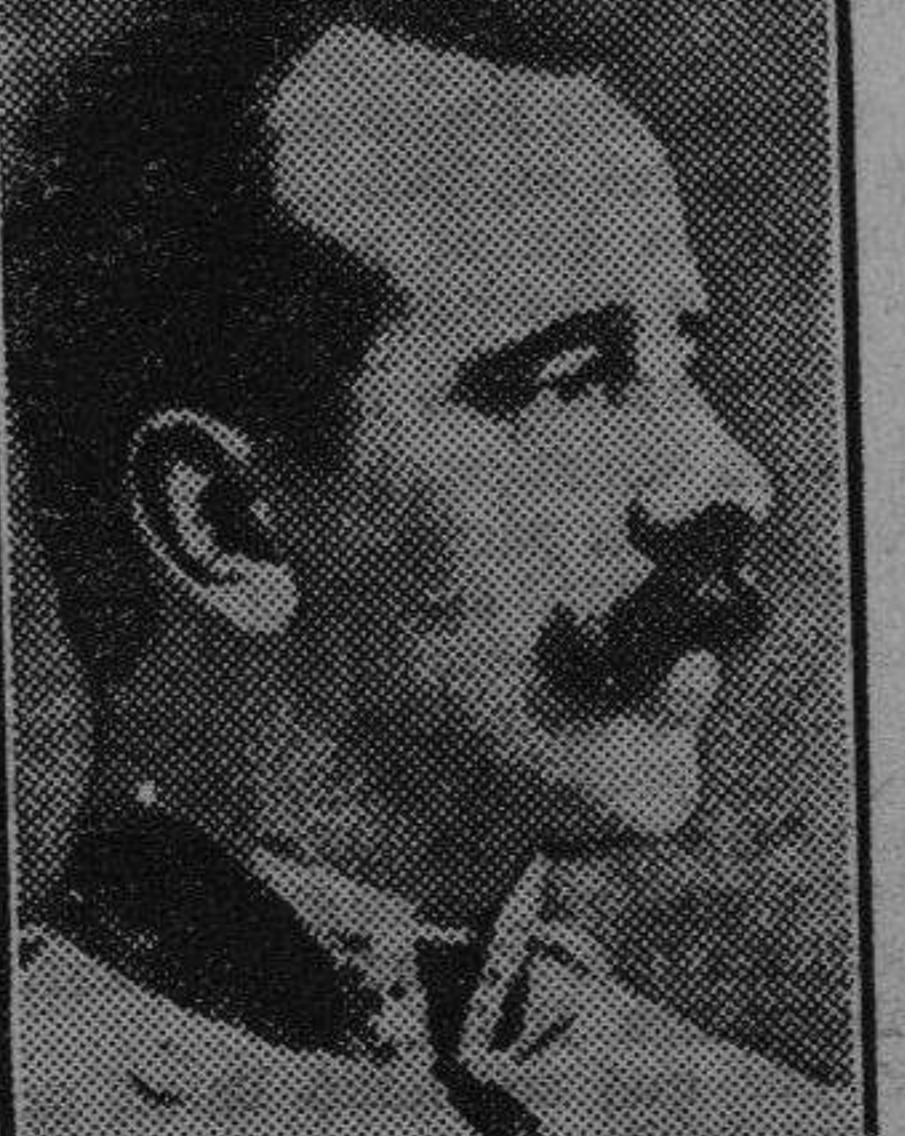
Poco antes del banquete en el palacio imperial, Rodolfo envió una carta a su esposa, diciéndole que estaba atacado de un fuerte resfriado y pidiéndole, a la vez, que lo excusara ante su padre, el emperador. A la mañana siguiente, una de las damas del palacio penetró apresuradamente en el salón donde Estefanía daba su lección de canto, anunciando que tenía una noticia de suma importancia.

«Salí con ella a un saloncito contiguo. Con frases entrecortadas, llenos de lágrimas los ojos, me dijo que había malas noticias de Mayerling. Yo comprendí inmediatamente que la tragedia que tanto temiera debía haberse producido.

«¡Ha muerto! —exclamé en un sollozo. Y ella inclinó la cabeza sin contestarme.

Rodolfo había muerto, cumpliendo su terrible amenaza de poner fin a su vida. Con Rodolfo murió la baronesa Maria Vetsera, una joven que estaba profundamente enamorada del príncipe herejero y a la cual Estefanía describe así:

«Era una adolescente maravillosamente hermosa. Alta, esbelta, admirablemente formada. Sus pies y manos eran diminutos. Los cabellos eran una cascada de seda oscura y su piel parecía hecha de flores.



Rodolfo de Habsburgo se mató por amor a Maria Vetsera? La princesa Estefanía lo niega.



La princesa Estefanía, alejada ya por el tiempo de las tragedias que presenciara en su juventud, se atreve a revivirlas en un libro que parece arrojar sobre la oscura tragedia de Mayerling una luz definitiva.

ASI COMIENZA EL LIBRO DE LA PRINCESA ESTEFANIA, ESPOSA DE RODOLFO DE HABSBURGO, HEREDERO DEL TRONO Y HEROE INFORTUNADO DE LA TRAGEDIA DE MAYERLING

(Por SILAS H. BROWN)

Res. Resultaba notable el contraste entre sus cabellos oscuros y sus ojos, de vivo azul.

Con la ayuda de la condesa Larisch, sobrina de la emperatriz Elizabeth, madre de Rodolfo, la baronesa se veía en secreto con el príncipe herejero. Pero se duda que estuviese tan enamorado de ella como Maria lo estaba de él. Se ha podido establecer que la noche antes de la tragedia, Rodolfo estuvo cortejando a otra mujer. No fué, pues, por amor a Maria Vetsera que el príncipe se suicidó. ¿Cuáles fueron, entonces, los motivos de tan extremada decisión?

Estefanía cree poseer la clave en una carta, aquella que Rodolfo le envió la noche antes de su muerte. No tenía fecha y decía:

«Querida Estefanía:

Desde el instante en que recibas esta carta estás libre del tormento de mi presencia. Sé feliz, a tu modo. Y sé buena con nuestra pequeña Elizabeth, que es lo único que dejo tras de mí. Dale mis últimos saludos a todos mis amigos, especialmente a Bombelles, Spindler, Latour, Nowo, Gilsela, Leopold, etc.

Voy a la muerte con tranquilidad, por que sólo la muerte puede salvar mi buen nombre.

Con el más profundo cariño de tu afectuoso

Rodolfo.

Aquellas palabras «sólo la muerte puede salvar mi buen nombre» indicaban, a juicio de la princesa, que su esposo había

cena entre padre e hijo. Oficialmente nada se ha sabido sobre ella, pero tengo noticias fidedignas de que el emperador oíjo a mi esposo que «sólo había una solución». Es evidente que Rodolfo decidió tomarla.

Opinión sobre el Kaiser

«Rodolfo no tenía nada de tonto. Una de sus características más notables era la perspectiva para juzgar a las personas. No podía soportar a Bismark y sentía una evidente simpatía para el Kaiser. Ya en 1888 lo había calificado así: «Guillermo II está surgiendo y muy pronto estará en condiciones de provocar una gran crisis en Europa. Estoy seguro de lo que digo. Y es el hombre ideal para hacerlo. Suprímamente tonto, pero al mismo tiempo vigoroso y obstinado como un toro, se considera un verdadero genio. ¿Qué más puede pedirse? Dentro de muy pocos años espero verle arrastrar a la Alemania de los Hohenzollern a la afilgente situación que se mereces.»

«El príncipe era un gran amigo de Eduardo VII, que entonces era sólo príncipe de Gales. En una carta que me escribió, me relata la visita a Viena del que después sería soberano de Gran Bretaña.»

«Gales se va ahora a Rumania y después a Gorgeny. Está entusiasmado, de sea verlo todo y no permitirá que se le sustraiga una sola visita. Es incansable y muy simpático.»

Educación espartana

Lo curioso es que Rodolfo, en sus cartas a Estefanía se mostraba a menudo muy sensato y sumamente enamorado. La hacía siempre llamándola «Mi adorado ángel» y terminaban con las más ardientes protestas de cariño. No obstante, Estefanía parece haber sido muy poco feliz a su lado, infelicidad que evidentemente la ha perseguido toda su vida.

La princesa era hija del rey Leopoldo II de Bélgica y su educación fué verdaderamente espartana. Se la obligaba a levantarse a las cinco de la mañana en verano y a las seis en invierno. Daba sus lecciones en un gran salón, terriblemente frío, y no se le escatimaban los golpes con una vara de abedul, en cuanto realizaba cualquier travesura.

A menudo, me imponían, como castigo, arrodillarme sobre porolos secos, pero el castigo que más terror me inspiraba era el encierro. A veces se me confinaba en una oscura habitación horas y hasta días enteros.

Estefanía acababa de cumplir los diez y seis años cuando la casaron con Rodolfo. Y cuando subió al tren que debía conducirla a su nueva patria, estalló en sollozos.

Luna de miel de pesadilla

La luna de miel de la princesa parece haber sido una verdadera pesadilla. La ineludible desposada se encontró de pronto en un carruaje, sola con un hombre a quien casi no conocía.

«Los faroles del coche—dice—apenas alumbraban el camino. Mi esposo y yo éramos como dos desconocidos. Esperé en vano una palabra tierna o afectuosa, que tal vez me hubiese hecho olvidar mi tristeza. La fatiga, unida a las confusas sensaciones de temor y soledad que me asaltaban, se fué intensificando. Poco después estaba desesperada y rendida. Mis ojos vertían lágrimas y hubiese querido morir.»

«Llegamos al viejo castillo de Luxemburgo, en el cual, según me habían dicho



Maria Vetsera, la dulce baronesa que amó hasta morir al príncipe herejero.

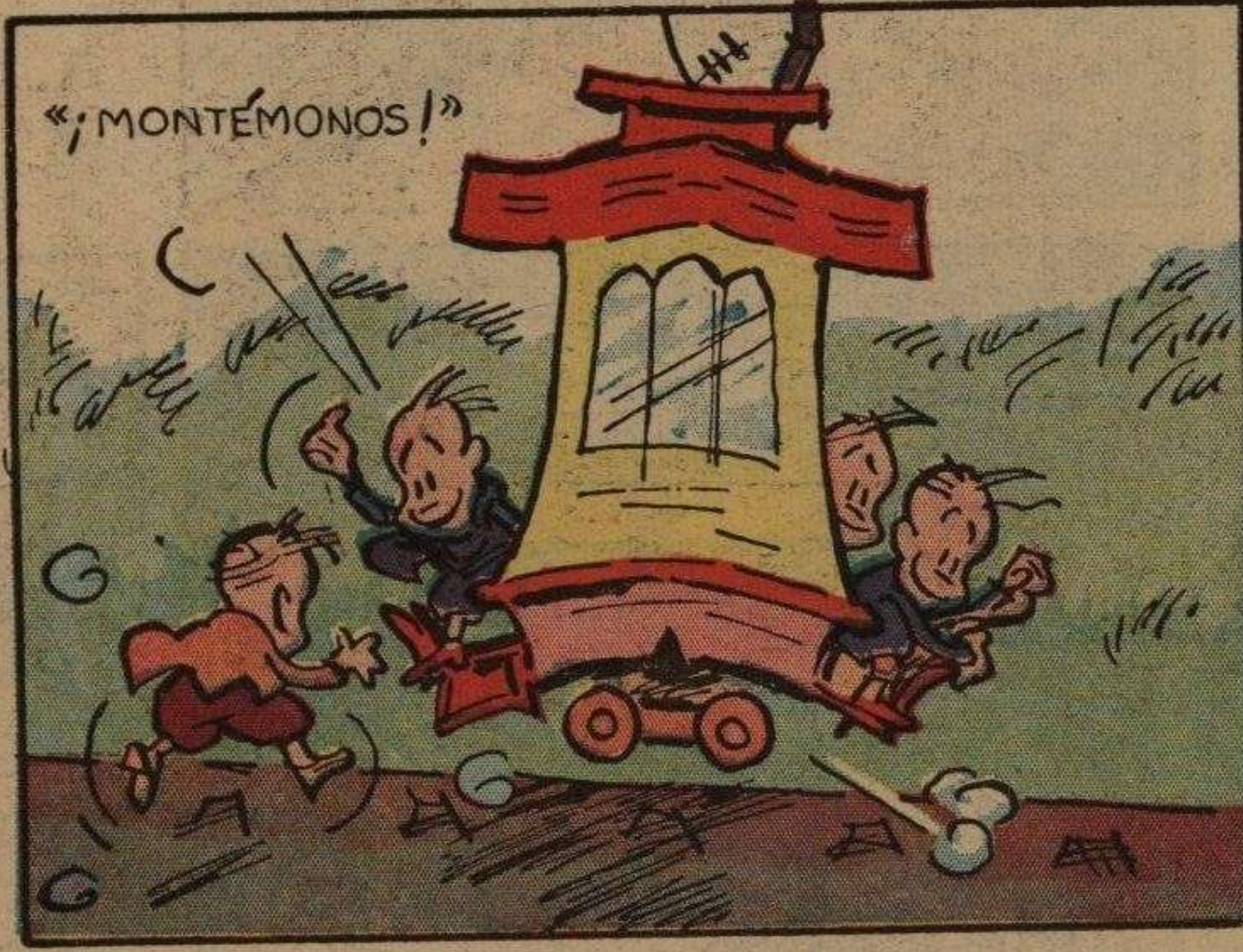
Continúa en la página 11

EL LOCOARRIL POR FONTAINE FOX

DON SACARRIEL,
CONDUCTOR DEL
LOCOARRIL



« AHÍ VIENE EL LOCOARRIL,
¡ HACE MUCHO VIENTO Y, LO QUE
TE DIJE! »



« ¡ MONTÉMONOS! »



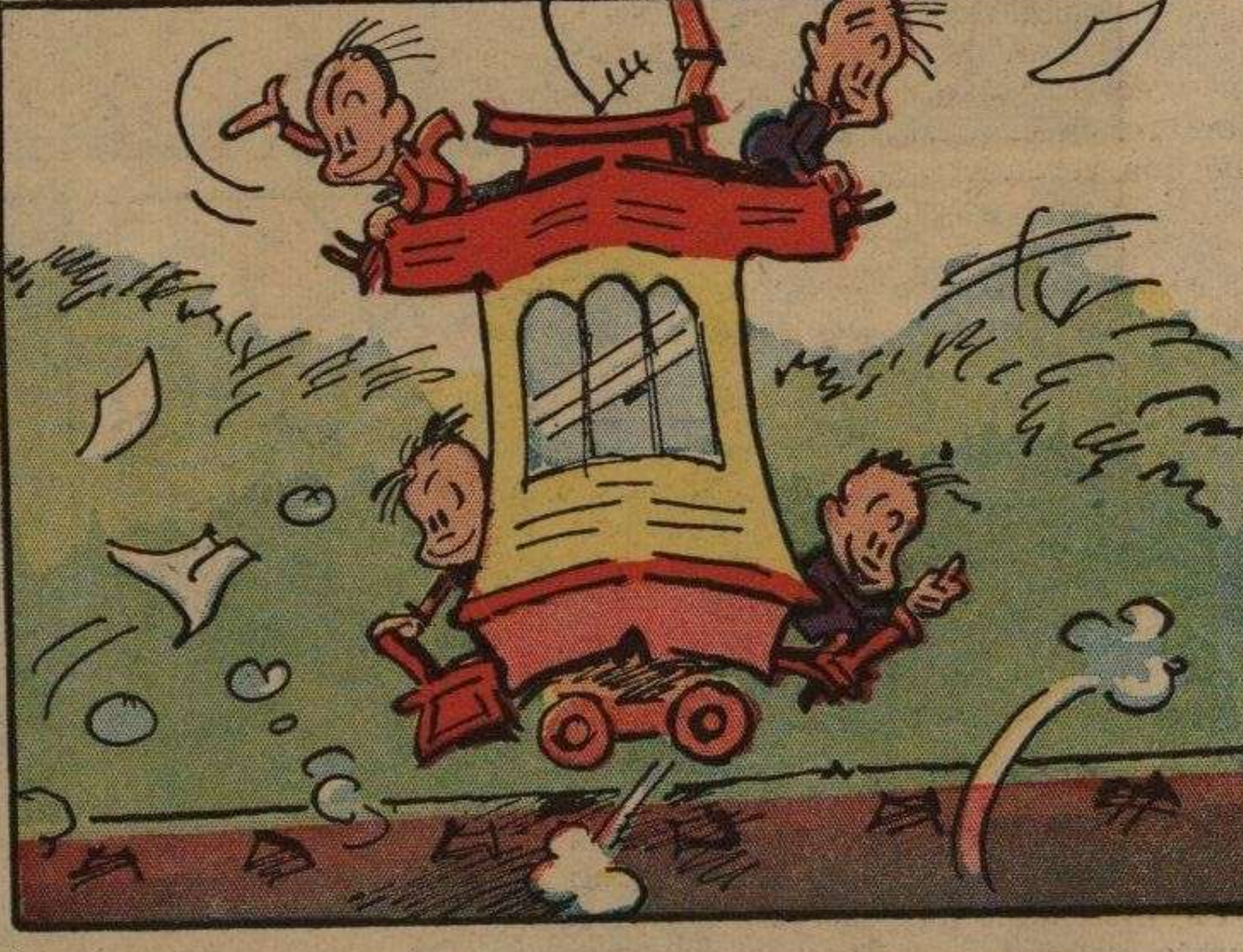
« ¿ QUÉ COSA
ES ESTA? »



« HAY QUE HACER ALGO PARA DETENERLOS,
¡ LE HAN LLEVADO EL LOCOARRIL A
DON SACARRIEL! »



« ¡ TÚ ERES MUY GRUESO PARA
ALCANZARLOS! ¡ VETE EN
EL AUTO! »



« ¡ ATRECHA POR LA CAMPIÑA PARA
QUE LOS DETENGAS. »



« ¿ CÓMO RAYOS LE ARREBATA-
RÍAN EL LOCOARRIL? »



« ¡ GRACIAS A DIOS
QUE LLEGUE PRIMERO! »



« ¿ QUÉ PASA? »



« ¡ NO DEBÍAN
APROVECHARSE DE
ESTA MANERA,
MUCHACHOS! »



« ¡ LOS CHICOS SABEN QUE LOS TIENE
QUE DEJAR MONTARSE, PORQUE SI NO,
SE LE VUELCA EL
APARATO! »



Warner Baxter recibe a los publicistas de la Twentieth Century-Fox y posa para los fotógrafos: 1) en la sala de su casa; 2) en su bote War-Wynne; y 3) en la piscina donde hace un año no se echaba una gota de agua.

PARA consternación de aquellos amigos que se entregan a bostezar cuando comienzo a contarles los pormenores de mi último pasatiempo, debo advertirles que ahora me dedico al oficio de explorador.

Aparte del cinismo, creo que he sentido de veras el latir de la sangre en las venas de Roy Chapman Andrews cuando descubrió los huesos de dinosaurio que habían estado abandonados por años en las desoladas llanuras del desierto de Gobi. Me doy cuenta también de la agitación del corazón que sentiría el Almirante Richard E. Byrd el día que se montó en un trineo tirado por perros para explorar las inmediaciones del Polo Sur.

Aunque mis proezas de explorador son realmente miniaturas, no por eso dejo de experimentar las mismas profundas emociones de estos intrépidos descubridores. Estoy ahora descubriendo mi hogar y mi bote, y, francamente, no sospechaba que existieran tantas cosas que me eran desconocidas.

Mi esposa Winifred me observa y se ríe de mi estupefacción. Cree que un hombre que apenas conoce los detalles de su propiedad está como para que se le lleven al manicomio, y yo opino que tiene muchísima razón. Los responsables de mis aventuras domésticas son los agentes de publicidad de los estudios Twentieth Century-Fox, donde suelo trabajar todos los días desde las siete de la mañana hasta las seis de la tarde. Hace pocas semanas se presentaron en mi casa y declararon que venían preparados con los equipos necesarios para fotografiarme tal y como vivía.

—Es usted muy difícil de capturar que un okapi, — me dijeron — y necesitamos una buena colección de fotos para publicitarlas con la información sobre la película basada en la obra Secuestro de Robert Louis Stevenson.

Yo no acertaba a comprender lo que tenía que ver mi casa con la referida cinta, que acabamos de filmar con Freddie Bartholomew y Arleen Whelan, pero como eso de la publicidad es un misterio que nunca he podido dilucidar, accedí a obedecer las órdenes de los amigos del estudio.

MANIFESTARON

que lo primero que querían era retratarme mientras me bañaba en la piscina. Tosi un poco, porque a la verdad debo confesar que hace más de un año que esa piscina no aguanta agua. La culpa de ello no debe achacarse a mi negligencia, sino al hecho de que no ha sido posible alejarme lo suficiente de mi trabajo para prestarle atención al deporte de la natación. Cuando a Hollywood le gusta la labor de un actor, le paga una fortuna pero lo hace sudar como un esclavo.

Hace algunos años, cuando estaba escasísimo de todo, lo único que me sobraba era el tiempo. Hoy día siempre me parece tener al lado alguna persona vigi-

Bosquejo Personal Por Warner Baxter

lándome para que no desperdicie ni un solo segundo. No vaya el lector a interpretar mal mis palabras y a suponer que no soy agradecido: al contrario, esta ciudad se ha portado tan excelentemente conmigo que siento deseos de celebrarlo cantando una aria de ópera.

Sin embargo, es muy cierto que aquí se trabaja enormemente. Uno de los fenómenos más inexplicables de la capital del cine es que la gente que más dinero gana es la que menos tiempo tiene para divertirse. El artista que tiene que filmar muchas películas apenas dispone de horas libres para jugar golf, para nadar

o para asistir a bailes y parrandas.

Al mudarnos a nuestra casa de Bel-Air, hace cuatro años, intenté usar la piscina con asiduidad, pero hubo que hacer una película, y se me exigía levantarme antes del amanecer y estar en el estudio hasta bien entrada la tarde. Regresaba a casa a las siete y terminaba de cenar a las ocho, que era la hora en que precisamente tenía que estudiar las escenas del día siguiente.

Mientras se está en el estudio no hay momento de reposo. Cuando no se hacen escenas, siempre hay que estar en conferencias con los directores o probándose el

Das palabras sobre belleza individual

Conóccase a si misma... y use un maquillaje natural. ¡ Ahí está el secreto de lo chic! La moda condena ese aspecto "pintoreado". Evite que labios y mejillas se vean pintados: use Tangee. Porque Tangee, en vez de pintar, al aplicarse, cambia al tono grana más en armonía con su colorido personal. La misma propiedad caracteriza al Polvo facial Tangee. El resultado es ese efecto de naturalidad con que se arreglan hoy día las damas elegantes del mundo. Ensaye Tangee hoy mismo

Deseándoles belleza natural y armoniosa,

Tangee

vestuario que se ha de usar en la próxima cinta. Encima de estas obligaciones es necesario atender la correspondencia de los admiradores y una infinidad de pequeños detalles administrativos que parecen triviales pero que toman muchísimo tiempo.

De modo que al indicarme los publicistas que tenía que retratarme metido en la piscina, hubo de buscar al jardinero y acomodarme con él en un bote para que luego, al publicarse las fotografías, el público piense que los artistas como yo nos pasamos la vida de holgazanes, en los pasatiempos más entretenidos de la tierra.

DESPUES de to-

marme unas cuantas fotografías en la piscina, nos trasladamos a la cancha de jugar tennis y al césped en forma de terraza donde las flores son un escándalo de color. Los fotógrafos insistieron en tomarme fotografías en el interior de la casa.

Les causó asombro la noticia de que nuestra vivienda consta de 22 habitaciones, o sea 16 más de las que necesitamos, y suficiente para que la gente crea que somos unos plutócratas y otras cosas por el estilo.

Al día siguiente volvieron a visitarme para llevarme a pasear en mi bote War-Wynne, que lleva ese nombre combinado del mío y el de mi mujer. Los publicistas me comunicaron que puesto que en la película Secuestro soy todo un marino, había que darle a conocer al público algunos aspectos de mis habilidades como tal.

Me enseñaron todos los rincones del bote, en el que yo casi no me había fijado desde que lo compré. Pasamos el día bregando con la embarcación y hasta me obligaron a salir al mar para tomar varias instantáneas. Menos mal que pude hacer el viaje antes de empeñar las nuevas películas que me tiene asignadas la empresa.

La única manera de escapar de Hollywood es marcharse a San Pedro y meterse en el primer barco que salga para el lugar más remoto de la tierra, como han hecho Paul Muni y Errol Flynn. Si no hacemos esto, nos pasa lo que a los comerciantes en las poblaciones pequeñas, que siempre tenemos que estar dedicados a atender el establecimiento para conservar complacida a la clientela. Soñamos en cosas distantes y acariciamos algunas ilusiones, pero los años pasan rápidamente mientras permanecemos atados al oficio, desconociendo a veces hasta los interiores de nuestras casas y sin ponerle atención siquiera a nuestros sombreros o a las flores de nuestro jardín.

Los artistas de cine no somos, pues. los holgazanes que se nos hace, ni merecemos que se nos envidie por el mero hecho de que ganamos plata. Hay muchas personas que suspiran porque quisieran ser lo que nosotros y pasarse el día nadando en la piscina o divirtiéndose, pero es que no sospechan que todo esto es apariencia.

LA GUERRA DEL FUTURO

por Max de Abad



TRES amenazas, a cual más terrible, predicen los expertos militares en la guerra del futuro: los aviones de bombardeo, los gases asfixiantes y los microbios. El llamado rayo de la muerte, que es casi una leyenda, podremos clasificarlo junto con los gases, por los efectos psicológicos que ambos métodos de destrucción producen en los pueblos dominados por la neurosis de la muerte.

Con respecto al avión, los peritos en la materia sostienen criterios estratégicos según las consideraciones que tengan a la vista. Los ingleses, por ejemplo, opinan que el peor y único enemigo de su tranquilidad es el avión de bombardeo. Es imposible, piensan, que ningún ejército moderno pueda desembarcar en la Gran Bretaña o que exista una escuadra capaz de acercarse a sus costas; pero el avión, por sí solo, puede hacer vuelos fáciles desde el continente

europo, bombardear los objetivos militares y los medios de comunicación y aterrorizar a la población civil de las islas, especialmente a la gran metrópolis que se extiende a lo largo del estuario del Támesis.

Para defenderse de este gigantesco raid aéreo sobre Londres, que se estima inevitable en caso de guerra, los ingleses se preparan con la asiduidad que les es característica. Su primera línea de defensa la constituyen los aviones de persecución, que se harían al aire por miles al tenerse conocimiento de que se aproxima una flota enemiga. Durante ese descomunal encuentro, soñado como uno de los espectáculos más emocionantes de la historia, los habitantes de Londres tendrían poco que temer, puesto que mientras el contrataque del espacio detendría en parte a los invasores, la artillería anti-aérea, por otro lado, se encargaría de mantener a respetable distancia a los

aparatos que logran desentenderse de la batalla. Algunos de éstos cañones tendrán un alcance hasta de 30,000 pies hacia el espacio.

Las mallas suspendidas de globos aerostáticos que se están perfeccionando para proteger a la capital inglesa tienen el mismo objeto que los cañones anti-aéreos: obligar a los aviones de bombardeo a elevarse a gran altura, ya que si se arriesgaran a penetrar en la zona cercada, se estrellarían irremisiblemente.

EL Comandante R. Dupuy, del Ejército de los Estados Unidos, no concede tanta importancia a los aviones de bombardeo, y afirma que son de muy poca utilidad como medio de propagar el terrorismo.

Basa sus opiniones en el hecho de que el fin primordial de la aviación es destruir los objetivos que permiten la movilización y sostenimiento de grandes concentraciones de tropas. Desde este punto de vista, cualquier centro importante de población civil sería un objetivo militar, pero en pura táctica puede decirse que hay otros objetivos militares de mayor importancia: el convoy de municiones y alimentos, los ferrocarriles y las carreteras, todos los recursos inmediatos que puedan servir para reunir en un frente de batalla inmensas legiones de soldados de infantería, equipados con tanques modernos y artillería de grueso calibre.

Precisamente, la infantería continúa siendo el eje de los grandes movimientos militares y es por ello que el avión habrá de especializarse en el arte de paralizarla. En su informe anual de 1937, el General Malin Craig, Jefe del Estado Mayor del Ejército de Estados Unidos, hizo hincapié en el hecho de que las actuales operaciones de guerra, tanto en España como en China, han demostrado que ni el avión ni el tanque son factores decisivos en las contiendas de tierra. "Estas armas—dice Craig—son poderosos auxiliares de la infantería, bien se trate de ayuda táctica o estratégica, pero la decisión final la determinará el soldado de infantería. Las nuevas armas pueden ayudarlo, pero no pueden reemplazarlo en absoluto."

Aparte de esta proyección estratégica del avión en un conflicto serio, hay que-

nes suponen que los gases asfixiantes lanzados desde el aire constituyen una amenaza tremenda para las poblaciones civiles. Este temor, sin embargo, carece de fundamento. El avión de guerra que se eleva sobre una ciudad enemiga, lo hace con la intención de atacar objetivos militares que tengan relación directa con la posición y el movimiento de las tropas en el frente—por eso utiliza explosivos y bombas incendiarias. Si se quisiera aniquilar a la población civil se utilizarían los gases, más efectivos para la matanza colectiva de los no combatientes, pero absolutamente nulos como método de paralización de los recursos materiales de un ejército en campaña.

Ejemplo: si se lanzaran tres o cuatro bombas de 50 libras de gas de mostaza sobre una población de 130,000 almas, pocas personas lograrían salvarse, dentro del área de contaminación, en el término de dos horas, tiempo que el Departamento de Precauciones Contra los Raids Aéreos de Inglaterra calcula sería necesario para que seis hombres limpiarán el radio de contaminación de una sola bomba. Es más: las caretas contra el gas, tal vez podrían proteger los pulmones y los ojos del ciudadano, pero éste no escaparía a vida de las quemaduras que sufriría su cuerpo al ser rozado por los gases fosfóricos o de mostaza.

QUEDA por examinar el aspecto más horrible y misterioso de la guerra futura: el ataque de los microbios, prohibido como una monstruosidad por la Liga de las Naciones en el 1924.

La Conferencia del Desarme de 1932, acabó por reconocer que la guerra química y bacteriológica es imposible de evitar. En este conflicto, los microbios serán más eficientes que los soldados y los aviones. Pueden producirse en cantidades incalculables y con una rapidez que espanta. El doctor Romieu, director médico de la Academia Militar de St. Cyr, de Francia, dice que un solo laboratorio puede producir determinado microbio a razón de 100 billones por milésima de segundo, sin grandes gastos.

Entre los microbios auxiliares que se pueden propagar figuran en primer término los de la difteria, la peste bubónica, el cólera, la disenteria y la tifóidea. Contra estas plagas hay la posibilidad de protegerse por medio de la vacuna, pero hay otros microbios y cultivos desconocidos, como los de la influenza, el sarampión, la escarlatina y la viruela, que podrían causar enormes bajas, aparte de las numerosas enfermedades de los animales que serían transmitidas de éstos a los hombres.

En una guerra de microbios, el factor más desastroso sería el terrorismo, debido al miedo instintivo que la humanidad le tiene a las plagas. Las mismas naciones que se aventuraran a propagar ciertas epidemias estarían expuestas a sufrir las consecuencias de una acción tan inconsulta, y quizás ante la convicción de que el microbio es un arma de dos filos se abstendrían de ir muy lejos en sus ofensivas bacteriológicas. No hay que dudar, empero, que en último caso los pueblos son capaces de llegar hasta la locura una vez que se desenfrenan por el camino del odio y la venganza.

Una guerra de microbios sería fatal para los intereses de ambos bandos en contienda. Cualquier guerra, por modestas que sean sus proporciones, y por justificados que sean los motivos que la inspiran, es siempre perjudicial a los intereses de la humanidad. Pero el hombre es un audaz aventurero, en cualquier época y en cualquier nación, y a los audaces no los detiene jamás, ni la certidumbre moral del error, ni el peligro inminente del aniquilamiento. Díjase que al parecer la paz del mundo es una ilusión efímera, indigna hasta del respeto que le deben las mentes del laboratorio.

ROD RIAN DE LA POLICÍA INTERPLANETARIA por PAUL H. JEPSON



72. CONTINUARA

Lo que contiene el TÓNICO BAYER

EN UNA COMBINACION CIENTIFICAMENTE BALANCEADA

Los Fosfatos Asimilables actúan como tónico nutritivo de los nervios, de los músculos y del cerebro.

Las Sales Minerales ayudan al crecimiento normal de los huesos y al desarrollo de los tejidos, fomentando también la remineralización.

El Tónico Bayer contiene además, Vitaminas B y C, y Extracto de Hígado, de los cuales se sabe que tienen reconocido valor terapéutico.

La Vitamina B constituye un elemento valioso de la alimentación durante el embarazo y la lactancia; también es recomendada como ingrediente en regímenes de dieta durante enfermedades agotadoras.

La Vitamina C presta servicios útiles en la convalecencia de enfermedades infecciosas y asimismo en los regímenes de dieta ya mencionados.

El Extracto de Hígado está comprobado como un valioso reconstituyente de la sangre.

Y también otros elementos de gran valor tónico que, con los ingredientes mencionados más arriba, renuevan rápidamente las fuerzas vitales del organismo.

Los Conquistadores

Por LOVRIEN GREGORY Y GLENN CHAFFIN

LA EXPEDICIÓN SE HA DIVIDIDO EN DOS GRUPOS. UNOS SE QUEDARÁN EN WISCONSIN, PERO HANK Y ANNE SLOCUM, SU HIJITA SUSANA, Y ABNER Y FRANK HIGGINS CONTINUAN HACIA EL OESTE.



ALLÁ VAN NUESTROS COMPAÑEROS. ¡QUIZÁS NO LOS VOLVEREMOS A VER.

VA A SER MUY TRISTE CONTINUAR EL VIAJE SIN ELLOS.



¡AHÍ VIENE LA DILIGENCIA!



SIENTO SEPARARME DE VD., ARTHUR. HA SIDO UN BUEN AMIGO.

¡QUIETOS! ¡QUIETOS, QUIETOS!



¡QUISIERA SEGUIR ADELANTE CON VDS., ¡ADIOS Y QUE DIOS LOS PROTEJA!



¡ADIOS, SR. RAMSAY!

¡ADIOS, SR. RAMSAY!



NO ME EXPLICO COMO ESTA GENTE SE ATREVE ABANDONAR UN BUEN PAÍS COMO ÉSTE POR EL PLACER DE IR EN BUSCA DE ORO.



¡CARAY, ESE INDIVIDUO CORRE MUCHO!

¡QUIERA DIOS FRANK NO SE CAIGA!



¡ABNER, PROMÉTEME QUE ME ACOMPAÑARÁS HASTA EL FINAL!



¡SALIMOS JUNTOS, HANK, Y JUNTOS LLEGAREMOS A CALIFORNIA!

ASÍ LO ESPERO. CARACOLES, ESTE HOMBRE NOS VA A MATAR!



¡VAMOS, HARAGANES! ¡QUÉ VA A LLOVER!

CONTINUARÁ



Ella no podía recordar que tales palabras formarían parte del diálogo. Comprendió enseguida que aquel hombre la había tomado por la verdadera Gail.

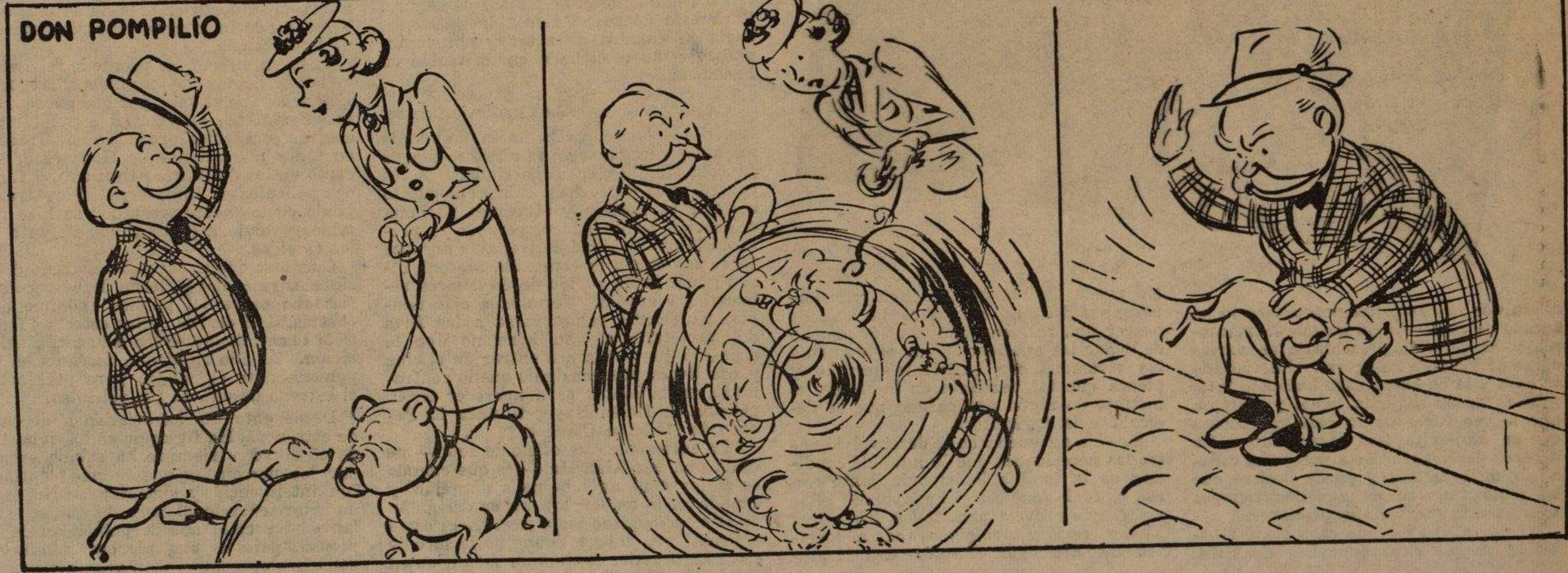
ANN PRETISS no estaba del todo satisfecha con las cosas que le exigía su amiga, la artista Gail York. Desde que había aceptado el puesto de doble y sustituta de la famosa actriz de Hollywood, había sacrificado las posibilidades de triunfar en el cine por sus propios méritos. Ninguna compañía la contrataría, precisamente por el extraordinario parecido que tenía con Gail, mientras que ésta, pese a su hermosura, siempre podría encontrar otra más o menos como ella que la reemplazara. Esta vez, Gail llamaba por teléfono para pedirle un favor, y el favor no era nada de agradable. —Quiero que me ayudes a salir de un aprieto, le empezó diciendo la actriz. El director Steinberg me acaba de llamar para decirme que desea que ensaye mi papel con Allan Dexter en la casa de éste. Como se ha lastimado del tobillo, tiene que quedarse quieto un par de días. Pero yo debo encontrarme con mi amigo ruso para ir a ver el partido de polo en Pasadena, y te agradecería que fueras tú por mí a ensayar con Allan. Anne Pretiss iba a protestar de semejante truco, pero recordó que Gail era quien pagaba su sueldo y la podía despedir. —Quiero advertirte—continuó Gail—que ni Steinberg ni Allan se darán cuenta del cambio. El viejo no nos diferencia la una de la otra en el estudio y no podrá descubrir nada. En cuanto a Dexter, estoy segura que no lo adivinará. Se despidió de su doble y dejó pensando a Ann en lo abominable de la tarea que acababa de encomendarle. Sabía muy bien que Gail no se preocupaba por nadie, y que lo que deseaba era mantener engañado a Allan mientras cultivaba la admiración de su nuevo pretendiente ruso. Las mujeres son así. Eso le parecía una mala partida a Ann, en cuyo corazón palpitaba un afecto sincero hacia el artista Allan. Prestarse ella a un fraude para estimular las ilusiones de él con respecto a Gail no era la mejor manera de demostrarle el respeto y la admiración que le profesaba. Pero Gail mandaba a quien mandaba y a la muchacha no le quedaba más que obedecer.

LA "DOBLE"

Cuento Breve por EDWARD R. SAMMIS

UNA hora más tarde, Ann se presentaba en la residencia de Dexter, situada en una colina en las afueras de Hollywood. Iba vestida con un traje blanco del guardarropa de Gail. Antes de bajar del automóvil de la actriz que la empleaba, estuvo a punto de arrepentirse y decirle al conductor que la llevara de nuevo a su casa. —¡Gracias, Gail!—le dijo Allan mientras se adelantaba a recibirla, cojeando del pie derecho, y la invitaba a sentarse en el patio. Ann lo siguió por entre las flores y las matas y se acomodaron en unas sillas pintadas de alegres colores que habían colocado sobre el césped. Miró hacia abajo, el panorama pintoresco de la ciudad que se extendía hasta las azules costas del mar. —¡Es una vista divina!, exclamó. —¡Ya la había visto antes, ¿verdad? —Sí, claro,—balbuceó medio turbada—pero siempre me produce una intensa emoción. —Como las bebidas,—añadió él. Recordando que su amiga Gail era adicta a los cocteles, Ann se apresuró a decirle: —Después del ensayo, tal vez. Empezaba a ponerse nerviosa. Viendo sobre la mesa un par de libretos de la obra, le sugirió que los repasaran juntos. Allan aceptó y empezaron el estudio minucioso del diálogo. Ella notaba que el actor se expresaba con mayor intensidad en los pasajes amorosos y comprendió que, indudablemente, estaba interesado en Gail. Cuatro veces leyeron la letra en voz alta, y por fin Dexter se puso de pie y dijo: —Creo que ahora lo podremos ensayar sin el libreto. Usted está parada en el dintel de la puerta y yo me le acerco, ¿no es así?

AMBOS ocuparon las posiciones indicadas por el libretto. Llegó el momento en que el personaje de Allan tenía que tomar en sus brazos al personaje de Gail. —¡Vida mía,—exclamó el actor profundamente emocionado—me has hecho mucha falta, mucha...! El corazón de Ann iba a salirse por la boca. Trató de recordar las palabras que le correspondían del diálogo, a pesar de su gran agitación. Hizo un esfuerzo supremo y repuso: —¡Tú también a mí! Entonces Allan continuó: —Eres un encanto. He estado pensando mucho en tí. Ella no podía recordar que tales palabras formarían parte del diálogo. Asustada, iba a escaparse de los brazos del actor, pero éste la estrechó más fuertemente y le susurró al oído: —No sé por qué no te lo había dicho antes. Quizás me faltaba valor. Ahora lo sabes, y es la verdad. Comprendiendo que aquel hombre la había tomado por Gail York, de quien aparentemente estaba profundamente enamorado, Ann se soltó de sus brazos. —¡Espere, Allan, por favor! El la miró, asombrado, notando que la voz le temblaba en la garganta. —Mire usted, Allan,—prosiguió Ann—yo no soy Gail. Fué ella quien me obligó a venir aquí y sorprenderlo, haciéndome pasar por ella. ¡Perdóname! Empezó a sollozar en el instante en que Allan se le acercaba y volvía a tomarla entre sus brazos. —Querida Ann,—le decía—ya sé que no eres Gail. Cuando sonreíste, sabía que eras tú. Tienes una sonrisa suave e instantánea, no una sonrisa lenta, como la de Gail. Eso es algo que no se puede disimular. —Pero usted cree encantadora a Gail, y si yo le gusto es porque me le parezco a ella. Allan Dexter movió la cabeza negativamente: —No, querida mía, estás completamente equivocada. Gail es una muchacha encantadora, pero sólo es encantadora porque se parece a tí.



Simpático Galán

Por Sam Lukas

Hollywood. ENCONTRAR una persona en esta ciudad que no haya sido clasificada como sensacional es un descanso para el espíritu. Aquí todo es magnífico, extraordinario, insuperable... El que no es ninguna de esas cosas, pasará inadvertido el resto de la vida.

Entre las excepciones más destacadas de esta regla figura en primer término el actor Robert Young, que nunca ha ido de expedicionario al África, ni le ha dado la vuelta al mundo en un velero, ni se ha divorciado.

Robert Young lleva muchos años en esta ciudad, donde se le considera una de las personas más agradables en el terreno social y uno de los actores más competentes en su ramo. Ha aparecido en el lienzo al lado de actrices como Helen Hayes, Greta Garbo, Norma Shearer, Joan Crawford, Claudette Colbert, Bárbara Stanwyck y Loretta Young. Poco a poco se ha consagrado como uno de los principales galanes del cine, y sin embargo todavía no puede clasificarse como un individuo adicto al sensacionalismo.

Escasamente hace dos años que los estudios Metro lo prestaron a la compañía RKO-Radio para trabajar en una película cuyos personajes estelares iban a ser representados por Gene Raymond y Bárbara Stanwyck. Robert tenía el papel secundario de la obra, pero se quedó con ella por completo. Para esa época le pregunté a un agente de publicidad de la Metro por qué esta filmadora solamente presentaba a Young en papeles de segunda importancia, siendo un actor de tan excelentes cualidades. La contestación fué la siguiente: "No lo sé, pero supongo que será por lo difícil que es hacerle una publicidad romántica a este hombre. Young termina su trabajo en el estudio e inmediatamente se marcha a su casa, para estar en compañía de su esposa y su bebé."

Eso es precisamente lo que hace, aun



Robert Young, reconocido al fin por la Metro como un notable actor, en una escena con la eminente actriz Luise Rainer.

escuela y dedicaba sus ratos libres a trabajar en una botica. Cuando se graduó, buccó colocación en diversos ramos, adoptando finalmente el de pólizas de seguro. Para esta época ya sentía inclinaciones hacia la carrera de actor y obtuvo un puesto como aficionado en un teatro de Pasadena.

LA profesión de actor, desde luego, ya la había empezado mientras estudiaba en la alta escuela de Lincoln Heights, en dicha ciudad. A los cuatro años de luchas, estaba dispuesto a dejar la escuela y el teatro por una colocación en un banco, pero se le presentó la oportunidad de trabajar durante 15 semanas con la compañía Moroni Olson ganando un sueldo de 60 dólares semanales y aceptó. Terminada esta temporada, decidió reintegrarse a las filas del proletariado. Su hermano Joe le aconsejó que probara a entrar en el cine y, efectivamente, consiguió que lo contrataran en la Metro para aparecer en la película de Helen Hayes titulada El Pecado de Madelon Claudet.

"Lo curioso de este oficio de actor—me decía una vez Alan Hale—es que cuando se es joven no se sabe nada de galán, y cuando se aprenden los trucos del galán ya se es demasiado viejo para hacer estos papeles." A Robert Young no le sucedió eso. La práctica preliminar adquirida en

la alta escuela le permitió averiguar los secretos del galán joven antes de que los años se amontonaran sobre su cabello, y a raíz de su debut en la cinta de la Hayes logró que lo incluyeran en otros repartos de importancia.

Pasaron meses y de pronto lo relegaron a las películas de segunda categoría. Estancado, no se sabe por qué causas, los estudios Metro empezaron a prestárselo a otras compañías productoras. Trabajó en todos los estudios de Hollywood, excepto en los de Warner Brothers, y filmó dos películas en Inglaterra. Pero trabajando como "actor prestado" se hizo notable y volvió a pasar a la categoría de los elegidos.

Cuéntase que la noche del estreno de la cinta Ángeles del Infierno, Robert Young formaba parte del público anónimo que observaba el desfile de las estrellas frente al teatro donde se iba a hacer la exhibición. Al año siguiente, desfilaba él en persona ante el público para presenciar el estreno de una de sus películas.

Desde entonces ha asistido a docenas de estrenos. Ha figurado en los repartos de 45 obras, y siempre ha sabido encarnar los personajes que le han confiado con inteligencia y sinceridad. No será un actor sensacional como los que se estiman en las columnas de publicidad de la prensa, pero es una persona admirable por todos conceptos, y un gran artista.



ahora que la compañía productora lo ha sacado de la oscuridad en que lo mantenía y ha decidido presentarlo en varias obras de primera categoría. He visitado su casa y lo he encontrado haciendo fotografías de su segunda nena, y siempre que lo veo fuera de su casa me consta que su mujercita está atendiendo a los deberes del hogar. Esta pareja se conoció en la escuela y puede decirse que su idilio amoroso de aquellos tiempos todavía está en la etapa primaveral. Viven en una cómoda casa sin pretensiones en las alturas de Beverly Hills.

Myra North

LA INTREPIDA

por
RAY THOMPSON
AND
CHARLES COLL

PRONTO SABREMOS SI PODEMOS CONFIAR EN EL DR. WU, JACK

¡CALLA, OIGO PASOS!

SEÑALES, CLEO ESTÁ BUENA, PLEGUNTA POR EL SEÑOR JACK.

NUESTROS AMIGOS JACK LANE Y MYRA ESTÁN REUNIDOS EN LA CASA DE LEW WEN DESPUÉS DE ESCAPAR DEL PALACIO DE LING SIN. EL PROBLEMA QUE DEBE RESOLVERSE ES EL DEL TRATAMIENTO "E" QUE LE FUE APLICADO A MYRA.

¡MYRA!

JACK, QUERIDO, ES COMO VOLVER DE LA TUMBA

SEÑOR WEN, EXCUSALEMOS A LOS ENAMOLADOS DEL CONSEJO DE GUERRA.

ES USTED UN SABIO, DR. WU. REGRESEMOS A LA SALA

DR. WU, ME HE CONVENCIDO QUE USTED QUIERE AYUDAR AL GOBIERNO. EL ASUNTO DE LING SIN ESTÁ A CARGO DE LA POLICÍA INTERNACIONAL A QUE PERTENEZCO.

VA SEL MUY DIFÍCIL.

AUNQUE NUNCA ESTUVE ALLÍ, LING SIN HABLABA DE UN CONTINENTE INACCESIBLE AL NORTE DE GLOENLANDIA, DESCONOCIDO DE LOS EXPLODADOS.

«TIENE ESA TIERRA UNA CLIMA CÁLIDO POR LA COLLIENTE DEL GOLFO Y LOS HABITANTES SON SUPELHOMBRES»

¡BASTA DECIR QUE NO SON SUPELHOMBRES FÍSICAMENTE, SINO PORQUE TIENEN UN SEXTO SENTIDO TELEPÁTICO.»

¡PERO, ESAS GENTES NO SE DEDICARÁN AL MAL!

HASTA LA FECHA, NO ES UNA RAZA GUIADA POR SIGLOS POR LOS ANTEPASADOS DE LING SIN.

MIENTRAS TANTO

¡JACK, BIEN MÍO, NO ECHEMOS A PERDER NUESTRA FELICIDAD METIÉNDONOS EN AVENTURAS PELIGROSAS.

PIRANDELLO

«La Morsa», merece los elogios de Capuana, y... no llega a representarse. «Liola», «Lumie di Sicilia» e «El berreto a sonagli», pasan, sin pena ni gloria, en escenarios dialectales. Apollinaire, en su «Anatología del teatro italiano» año 1912, desconoce a Pirandello por completo, ni lo nombra.

Pirandello insiste silenciosamente. La publicación de «El difunto Matías Pascal», le sirve a la larga, de algo. Multiplica el pedido de colaboraciones. «Il Corriere della Sera» le ofrece un ventajoso contrato.

Antonietta, que tras seis meses de inmovilidad recuperó fuerzas y nimos, comienza a dar muestras de la lesión mental prevista por el médico. Son unos celos súbitos, furiosos, absurdos, que no ceden ante los argumentos más claros ni las pruebas más indubtables. Celos espirituales de una gloria naciente que lo aleja de ella, acercándolo a personas que viven en otra esfera intelectual; celos físicos, que engloban a todas las discípulas de su marido, a las actrices con quienes hablaba de tarde en tarde; celos que traducía en una queja repetida, monótona, incesante, como el canto del mar: —¡Mi Luis se va!... ¡Se me va poco a poco!...

«Sospechaba de todo y de todos—escribía Nardelli—; acusaba a Pirandello de hechos inexistentes. Se esforzaba él por convencerla de su inocencia. Empeño inútil. La imaginación de Antonietta creaba acusaciones concretas basadas en sospechas e indicios inverosímiles. Leía en sus ojos pensamientos que él no tuvo nunca». —¡Un infierno!... Pero un infierno feo.

Lo reconoce Nardelli al decir —invirtiendo, a nuestro juicio, los términos— «que el arte pirandelliano se injertó en la vida de Pirandello».

El escritor entrevió otro mundo, un mundo absurdo, ilógico, inexplicable.

«¿Cómo puede ella pensar tal cosa de mí—se pregunta, según Nardelli—, si no es cierto? ¿Cómo duda de cuanto le digo, si jamás le mentí? ¿Qué valor tiene, entonces, mi conciencia? Para ella, yo no soy yo, sino otro, que sabe mentir y engañar. Para ella soy como ella me conoce, sin ninguna posibilidad de imponerle otra imagen de mí mismo, una imagen real y verdadera de mí ser. Para ella, «yo», soy otro... Y luego, ¿qué es ella para mí, si no me hago comprender, si no sé qué clase de pensamientos hacen brotar en su mente mis palabras y mis sentimientos?... La realidad... Es menester, por consiguiente, que haya dos realidades; la suya y la mía. Porque yo no puedo convencerme de haber cometido algo que no cometí, ni haber pensado algo que jamás pensé».

Como en la noche de su ruina económica, en medio del desconcierto y la desesperación de su ruina sentimental, Pirandello encuentra, a tientas, la verdad; recibe de su esposa, la revelación magnífica.

«En ese infierno en que los hechos no son los hechos, en que las apariencias o las suposiciones valen por realidades comprobadas, en que cada persona u objeto carecen de un valor firme, intrínseco, interversible, para asumir, en cambio, tantos aspectos como ojos los miran, descubre Pirandello la fuente inagotable: la ilusión de la realidad, el reino maravilloso de las apariencias. Allí nacieron de golpe, no sólo «Seis personajes en busca de autor», conforme sostiene Nardelli, sino «Cada uno a su manera», «Enrique IV», «Las razones de los otros», «Así se (si os parece)», «Todo para bien», «Como antes, mejor que antes», «Vestir al desnudo» y «El juego de las partes»... La estética y la metafísica pirandelliana, expuesta en «El humorismo» y realizada parcialmente en «El difunto Matías Pascal», lograba forma definitiva.

Pirandello descubrió una realidad nueva, o si se prefiere, una nueva irrealidad. Pero, ¿a qué costa!

Por motivos sentimentales, por no atizar los insensatos celos de la infortunada Antonietta, Pirandello dejó de asistir a los ensayos de sus obras. «Pirandello»—dice Nardelli—no dirigió sus propias batallas ni vió tampoco sus victorias iniciales.

Suñó por primera vez a un escenario para agradecer los aplausos y... los silbidos una noche de 1921. Se estrenaba «Seis personajes en busca de autor». Un estreno que marca época en el teatro



ESTA es una vieja postal de circolo que dice EXPOSICION DE MATANZAS—año 1880—ondea al viento la bandera española, en el amplio y pintoresco palmar llamado «de Junco», en la bella ciudad de los dos ríos, que se enseñoraba—y con razón—de su nobilísimo título de Atenas de Cuba. Fue patrocinada la Exposición y dirigida en todos sus detalles por el prestigiosa sociedad «Ateneo de Matanzas», cuya directiva presidía el conocido hombre público Don Juan Bautista Jiménez.

No viene mal un poco de historia expositiva. En los días del 1 al 4 de febrero de 1872 celebraron los hijos y oriundos de Canarias, con motivo de las fiestas de la Candelaria, en el Palmar de Junco, barrio del Pueblo Nuevo de Matanzas una Exposición conocida por «Perla Exposición Canaria», estando representada además de las islas Afortunadas y de Cuba, las provincias españolas de Asturias, Santander, Aragón, Galicia, Andalucía, Cataluña, Navarra e Islas Baleares, concurriendo más de cien expositores, entre los que se repartieron cuarenta y una medallas de oro, sesenta y cinco de plata; y figurando e nsus Juntas y jurados los distinguidos vecinos de aquella ciudad Casimiro Gumá, Francisco Jimeno, Enrique Crespo, Santiago de la Huerta y Pedro G. del Paudal, que también formaron parte de la directiva de las sociedades Talla y Ateneo, fusionadas ambas en 1880. Para esta «Perla Exposición Canaria» se recolectó, por suscripción popular, la suma de 26.199 pesos con 35 centavos, y ascendieron los gastos a 25.545 pesos 85 centavos.

Otras varias exposiciones se han celebrado en nuestra Isla:

1843 (Junio) de agricultura y ganado. P. Principie.
1844 (Junio) de agricultura y ganado. P. Principie.
1847 (Noviembre) Industria y Comercio. Convento de San Felipe, Habana.
1853 (Noviembre) Ganado y Agricultura. Habana.
1872 (Febrero) Agricultura Industrial. Matanzas.
1880 (Diciembre) Agricultura Industrial. Matanzas.
1932 (Diciembre) Agricultura Industrial. Rancho Boyeros.

La patriótica y desinteresada gestión del Ateneo de Matanzas era más de tenerse en cuenta, cuanto que éste no disponía de otros recursos que los suyos bastante modestos para atender a los enormes gastos de la instalación de la Feria; y si acaso algunos muy contados que pudiera facilitarle el gobierno de la colonia, sujeto entonces, como sabemos, a aquella obligación de entregar de los productos de sus aduanas, al famoso Banco Español de la Isla de Cuba, la cantidad, en aquella fecha muy respetable, de 33.333 pesos con 33 centavos diarios, (apunta al 33, lector), para amortizar una fantástica deuda de la guerra de los diez años, que no llegó nunca a liquidarse. Así, pues, a costa de esfuerzos, de entusiasmo y de buena voluntad del Ateneo matancero, la Exposición abrió sus puertas, diciéndose tal vez como diría el doctor Zayas cuarenta y un año después: —¡Fe y adelante!

La bella ciudad del «postalista» nacimos en la calle América—se estremecía de entusiasmo y se esponjaba con el más legítimo orgullo. Cabía la gloria de ser la exponente, ante el mundo de nuestro progreso en todos los órdenes, adelantando en lo posible las pruebas que habrían de darle a Cuba con el tiempo razón y derecho para figurar entre los pueblos libres y cultos de América. Los

ferrocarriles de la Bahía y Villanueva establecieron trenes expresos los domingos y días festivos al precio de un peso billete el pasaje; y dicho se está que iban y venían completamente llenos de viajeros. No se pensaba, ni por asomo, en hacer el viaje, como se decía entonces, «por tierra». El camino real de la Habana a Matanzas era una cosa fantástica que entraba en los límites de un viaje a la China, también entonces un Imperio de espeluznantes leyendas. Por aquella fecha escribió Eca de Quirós su interesante cuento «El Mandarín», en que pintaba el caótico y medroso estado de la China de antaño. La empresa de la Bahía instaló un modesto apeadero en el citado palmar de Junco que facilitaba a los excursionistas el acceso al Palacio de la Exposición.

Lo primero que se encontraba a su entrada era un enorme y escandaloso Banderón, que llenaba con la voz potente de sus relucientes tubos de metal el campo de la feria, tocando escogidos trozos de Traviata, Aida, Trovador, Lucia y demás óperas en boga por aquella época. También tocaba alegres marchas, valseas y mazurcas, acompañadas de tambores, platillos, campanas y cascabeles. Estamos refiriendo los recuerdos de un muchacho de nueve a diez años; y no garantizamos, por lo tanto, la exactitud de lo referido. Escribimos apartando sombras. Mezclado al estruendoso ruido del Banderón —¿sería éste el mismo ruido que años después instaló Eusebio Azue a la entrada de su teatro de Actualidades, y que, a los que la visitaron, recordaba tan exactamente la alegre feria matancera?—mezclado, decíamos, a los acordes de aquel órgano gigantesco, percibíase el penetrante olor de una allí próxima exhibición de quesos del país, elaborados por un experto industrial italiano, cuya buena idea consistía en demostrar que Cuba podría emprender, con el mejor de los éxitos, la industria quesera, llevándola a gran altura y obteniendo el mismo buen resultado de las mejores fábricas extranjeras. Veíanse allí enormes bolas de queso, hechas con la leche de las vaquerías de Jaruco, Campo Florido, San Miguel, San Felipe, etc.; un busto de queso, tamaño natural; un busto de mujer icem; una gran esfera terrestre, en la que se destacaba en relieve los contornos de la Isla de Cuba; una flor; una piedra enorme; bueno: había queso allí para abastecer a medio mundo; y también saturarlo con el penetrante olor de sus fermentados componentes. No obstante sus magnificencias, puede decirse que la Exposición «nos dió el queso».

La industria licorera del país puso en alto el nombre de Aldabó, tan popular y famoso por sus excelentes coñas y vermú, que rivalizaban con los mejores de Francia e Italia; y asimismo los de los renombrados perfumistas habaneros Sabatés y Crusellas, que con tanto buen éxito emprendían entonces sus primeras jornadas, compitiendo con las más acreditadas marcas parisienses. Polvos de tocador, jabones, esencias, lociones para el cabello, aguas perfumadas para el baño... Después de visitar la quesería, resultaba grato aspirar aquellos delicados perfumes. Las refinadas de Cárdenas mostraban, en bien ajustadas cajitas, diversos ejemplares de sus productos, e igualmente los suyos las destilerías de Sagua, sobre todo, el transparente y puro alcohol de caña, críollo, libre entonces de nauseabundos desnaturalizantes y de onerosos impuestos.

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

La fábrica de chocolate de Mestre y

nia pocos atractivos para Hassard, aun- que encantaba a Clara, que no podía descansar hasta ver a Natalia y hacer- la sentir su importancia como mujer casada, manifestándole el cariño de aquel marido que la había escogido entre todas las mujeres.

Natalia fué a tomar té con ellos, y estuvo muy cariñosa y atenta con Clara, si bien no mostró ningún deseo de cultivar el trato de Hassard. Entonces no se preocupó éste de su indiferencia; pensando como pensaba, no podía resentirse. Es más, hubiera preferido no verla; pero necesitaba saber sus costum- bres, y lo que hacía en los ratos de des- canso. Hablando, hablando, Natalia con- to que se bañaba y que paseaba por el mar en un bote cuando tenía tiempo para ello. Dos distracciones peligrosas y que pueden dar ocasión a accidentes sin importancia ante los tribunales. Queriendo ser político y entretener con su conversación a la amiga de su esposa, Hassard hizo hablar a Natalia de su vida en Avening, conservando en su men- te como un sagrado depósito todo cuanto decía. Cuantos más datos poseyera de aquellos días lejanos, mejor podría Clara desempeñar su papel cuando llegara el caso.

Natalia estaba muy ocupada, según manifestó; el hotel Ajax estaba lleno; continuamente acudían viajeros, y todos los días tenían que disponer habitacio- nes nuevas para acomodarlos. Clara go- zosa de su nueva posición, que la ponía a descubierto de aquellos trabajos, aconse- jó a Natalia que se casara y se divir- tiera todo lo posible.

—¿Eres feliz? —preguntó la joven a su amiga en un momento en que Has- sard salió de la habitación, cuando ya se disponía a volver al hotel.

—¡Feliz! —repuso Clara triunfante—. ¡Necesitas preguntarlo, Estoy completa- mente satisfecha. ¿Qué más podría pedir? Tengo un marido joven y guapo, un sín- dromo de diversiones y ningún cuidado casero, ni preocupaciones por nada. Es- toy segura de que me envidias, aunque no quieras decirlo, pero no me extraña, porque cualquiera me envidiaría.

—Me alegro mucho de que seas feliz —fue todo lo que Natalia pudo decir al marcharse.

Pensó que aquella antipatía que sin ra- zón alguna sentía por el marido de Clara, podía ser injusta; tal vez se equi- vocaba en sus apreciaciones y era un buen hombre, después de todo. Algunas veces se equivoca uno. Después se acor- dó de otro hombre, del cual había for- mado una opinión muy distinta, a pesar de haberle visto muy poco y cultivado apenas su trato.

CAPITULO XXV

Pesquisas de Dermont

Dermont se metió en el tren en Bam- berton, obedeciendo a su instinto más que a un propósito determinado. Sabía que cualquiera que supiese a qué obede- cía su viaje a Southclife, le hubiera creí- do idiota. Iba allí en busca de una joven cuyo semblante le había impresionado como jamás mujer, alguna había logra- do impresionarle, pero de la cual ni aún el nombre sabía. La única pista que te- nía para seguirla era el nombre de South- clife escrito en su billete. Si le hubiera contado aquello de otro hombre, lo hu- biera calificado de ridículo y absurdo; pero tratándose de él mismo, le parecía natural y no hallaba nada que fuera raro e ilógico.

Llegó a Southclife relativamente tem- prano, y al salir de la estación titubeó, no sabiendo que ómnibus elegir entre los tres o cuatro que esperaban viaje- ros ostentando los nombres de los res- pectivos hoteles de donde procedían: «La Marina», «Hotel Ajax», «El Gran Hotel», «Bellavistas». El Ajax fué el elegido, por- que le llamó la atención el nombre, y algo en el semblante del mozo que acu- día a recoger su equipaje le fué simpá- tico.

La Providencia, que modela nuestra

vida, le hizo escoger aquel coche en- tre los demás. Entregó, pues, la maleta al criado.

Al llegar al hotel, le gustó su aspect- o. Había comido en el tren, y al ba- jar del coche rogó al criado que pidiera un cuarto para él y dejara su equipaje, y sin detenerse ni entrar, fué inmedia- tamente a dar un paseo para ver si lo- graba hallar a aquella joven que le atraía como un imán. Southclife era un po- blado tan pequeño, que seguramente en- contraría en el primer paseo a todos sus habitantes.

Recorrió los jardines, encaminándose



después a la explanada. Una banda de música tocaba allí; oyó los acordes des- de lejos, y allá fué, suponiendo que podría estar ella. Pagó diez céntimos para entrar en el muelle, y después de sentarse, miró atentamente a todas las mujeres que ocupaban asientos o que pasaban por su lado. Estaba seguro de reconocerla apenas la viera; pero aun- que pasaron muchas, unas bonitas, otras no tanto, no pudo encontrar por nin- guna parte a la joven que había ido o buscar expresamente.

No se desanimó por eso; quizás la ha- llaría al día siguiente. Era imposible que hubiera ido allí unos días antes para marcharse en seguida, y que se hubie- ra ido sin dejar rastro alguno de su persona.

A cierta hora la banda suspendió el concierto. Era hora de refrescar o de tomar té, y los concurrentes se retra- on o se internaron en las pastelerías cercanas. Dermont entró en una de ellas, se sentó en un sitio desde donde podía ver la calle entera perfectamente, y pi- dió café. Después de tomarlo tan des- pacio como pudo, aún permaneció allí largo rato observando, seguro de que de un momento a otro aparecería la joven por alguna de las calles inmediatas.

Si hubiera podido saber que aquella joven estaba en el propio hotel donde el tenía su habitación, ¡cuán corta hubie- ra sido su estancia en la pastelería! Pe- ro como no lo sabía, se detuvo hasta que las jóvenes del mostrador empe- ron a sospechar de él y a murmurar por lo bajo. Parecía un caballero, pero nunca se puede tener fé en las aparien- cias; tal vez quisiera llevarse algo.

Después de dar varias vueltas por el pueblo mirando cuidadosamente por to-

das las calles y todas las ventanas que encontró abiertas, volvió a los jardines; pero tampoco estaba allí. Cansado, des- esperado y necesitando ya atender a los requerimientos del estómago, volvió al hotel Ajax. Eran las ocho. La comida era buena, y se alegró de haber escogi- do aquel sitio; entró en conversación con las personas que estaban cerca de él en la mesa; después volvió a encon- trarla en el salón, y hablaron de nue- vo. Deseaba preguntar algo acerca de aquella joven que tenía unos ojos como soles y un semblante de ángel; pero es- tos datos no eran bastantes significa- tivos, y se abstuvo de preguntar si la habían visto.

El sol entrando en su habitación, le despertó a la mañana siguiente dándo- le en los ojos. Saltó del lecho con un impulso súbito. Era una magnífica ma- ñana para nadar; iría a la Playa, y se daría un buen baño antes de almorzar. Se vistió aprisa, y salió alegrándose mucho de haber madrugado tanto, por- que la mañana estaba muy agradable.

Mientras paseaba hacia la playa, iba reflexionando en lo que debía hacer pro- poniéndose no dejar piedra sobre pie- dra hasta encontrarla; la Providencia no sera tan cruel que se la hubiera puesto delante un momento para no volver a encontrarla jamás.

Al volver del baño, camino del hotel, vió delante de sí una joven que recorría apresuradamente el mismo sendero. Se- guramente había ido a bañarse también, porque llevaba un par de toallas en el brazo, y el cabello suelto y húmedo aún. Esto fué lo primero que atrajo su aten- ción, era una magnífica trenza, que se movía a impulsos del viento. Se adelan- tó para verla, e instantáneamente que

do absorto, porque aquella joven era precisamente la que él estaba buscando. Siguió adelante para saber dónde iba. La joven pasaba por unos setos cubier- tos de tamariscos; un perrillo jugueteó y salió corriendo y ladrando, e hizo presa en los flecos de la toalla, arrancán- dosela del brazo. Ella se volvió, y quiso cogerla; pero era tarde; el perrillo se la llevaba en sentido opuesto. Hascastle le dió caza después de una carrera; re- cuperó la toalla, y se la entregó triun- falmente a su dueña.

Natalia, sonriente y animada, contem- plaba la escena, esperando que llegara el vencedor para darle las gracias. Cuan- do se acercó, se quedó atónita a su vez, y se ruborizó reconociendo en aquel hombre al desconocido de Avening. ¡Qué cosa más rara que estuviera allí a poco de haber llegado ella! ¡Era maravilloso!

—¡Muchísimas gracias! —dijo alargan- do la mano para recoger la toalla—. Creí no verla más. ¡Valiente ladronzue- lo es el tal perrillo! Supongo que cree- ría que iba a jugar con él.

—Espero que no la habrá estropeado mucho —murmuró Dermont, queriendo prolongar la plática que la casualidad le ofrecía.

—No; creo que no. Realmente, es raro que no esté hecha jirones —respondió Natalia sonriendo otra vez; y saludán- do, se volvió para continuar su camino. No había posibilidad de prolongar la inesperada entrevista. Se le ocurrió la idea de preguntar el camino para ir al hotel, pero le pareció un pretexto ri- dículo, y se detuvo, quitándose el som-brero en respuesta a su agradable «¡Bue- nos días!».

No importaba; la había encontrado, había hablado otra vez con ella; basta-

Maritima se hacía notar por la riqueza y elegancia de sus instalaciones, así como las de las galletas y pastas de «La Es- trella», que empezaba entonces y luego hizo tan populares los nombres de Villa- plana y Guerrero. También ocupó un buen lugar la fábrica de papel y fideos de Puentes Grandes. La Exposición le dió carta de ciudadanía en Cuba a muchas industrias y comercios que empezaban a esgrimir sus primeras armas por aquella época. Constituía el orgullo de aquellas fábricas exhibir en sus cubiertas y en- vases el consabido membrete: «Premiado con medalla de oro o plata en la Expo- sición de Matanzas». ¡Poco ruido que hi- zo el nombrado jabón de «Rocamora» el «Candado» de entonces.

A la fábrica de Gener se le otorgó espe- cial MEDALLA DE ORO por un tercio de magnífico tabaco en rama que presen- to cosechado en la famosa vega «Hoy- de Monterrey». Igual distinción alcanza- ron las fábricas de cigarrillos «La Legiti- midad» y «La Honradez». —¡os acordáis del gran escudo real de España, de bril- lantes piedras, que esta fábrica ostenta- ba a la entrada de su edificio en la plazuela de Santa Clara?— por sus ex- celentes picaduras de tabaco, que eran célebres en todo el mundo y de las que se vendían millones de paquetes. También fué premiado un ingenioso procedimiento para llenar cajillas de cigarrillos ovalados: un aparato ingenioso y primitivo, que después se perfeccionó. La máquina de elaborar cigarrillos vino después; y la de hacer tabaco más tarde; aún se defen- dían los obreros manuales con su propio esfuerzo.

La casa de los Enos. Ruiz, gallegos, impresores establecidos en la Habana presentaban varios volúmenes confecio- nados en sus talleres; y en el propio de- partamento se exhibía un ingeniosísima mesa escritoria, invento del periodista re- dactor de «La Aurora del Yumuri» y pro- fesor de la Normal de aquella ciudad, Fernando Romero Fajardo, una original combinación de gavetas y accesorios que resultaba una lección objetiva de la gra- mática; aquí las cuatro partes de ella; la analogía, la sintaxis, la prosodia y la ortografía, en las cuatro principales ga- vetas, que luego se subdividía cada una en tantos departamentos como especia- lidad contenía aquella; allá, las partes de la oración; nombre, adjetivo, verbo etc., etc.; allí las conjugaciones; acá, el régimen; acullá, la construcción etc., etc. Aprendía gramática el más duro de los alumnos, con sólo abrir y cerrar gaveti- llas; tal vez гуlara a Fajardo en su ingenioso invento, el recuerdo de Napo- león el Grande, quien decía que su ce- rebro era una colección de infinitas gavetas, en cada una de las cuales enca- rraba un asunto distinto, de los infinitos que llenaban sus actividades: abría ésta y cerraba aquella; y no se entendía más que con la que le interesaba en el mo- mento.

Aquella mesa Gramática de Fernando Romero Fajardo no obtuvo, sin embargo, la protección a que por su utilidad era acreedora. Su autor creyó seguramente que cada escuela, academia, instituto, centro de instrucción, etc., etc., adquirir- ía por lo menos un ejemplar de ella; pero desde entonces imperaba ya la «Gra- mática Parda», que no necesita de es- tudio previo puesto que nace con el in- dividuo. Si existe, ¿dónde yacerá arrin- conado aquel mueble ingenioso que re- presentó para su artífice tantas ansias de bienestar y tantos sueños de gloria?

Cada provincia cubana tenía un de- partamento en la Exposición, donde exhibía sus productos: Pinar del Río, su rica hoja vueltabajera; la Habana, los pro- ductos de sus industrias febriles; Matan- zas ponía de manifiesto la riqueza de sus numerosos ingenios; las Villas se ufa- naba con la ribaldía de sus numerosas haciendas, donde se daban las mejores frutas y viandas criollas. Los naturales de Canarias, residentes en Santa Clara Calbarán, Remedios, Placetas, Camajuani, Sagua, Sancti Spiritus, etc.—regiones en las que acostumbraban a instalarse en mayor número, constituyendo grandes colonias familiares—los naturales de Ca- narias, declamamos, dieron una elocuente prueba de su laboriosidad, exhibiendo magníficos ejemplares de ganado vacu-



Un apunte de D. C. de la Torre por M. L. Valentino

no y de cerdo, y de ricos y variados fru- tos menores, en los que sobresalían la suculenta papa y las jugosas cebollas del país que competían con las mejores de las «islas». Camaguey deslumbraba con su ganadería. Oriente con sus maderas y sus frutos, demostrativos de la fuerte y pura savia que hace de aquella región un verdadero emporio de riquezas: sus mangos y sus plátanos, los mejores; y sus cañas, las más gruesas, grandes y ricas en sacarina. Y en medio de estos frutos tan variados y exuberantes de las seis provincias, destacábase los instru- mentos y aperos de labranza que ya em- pezaban a iniciar su periodo de grandes mejoras: el arado americano de hierro victorioso sustituido del primitivo criollo de madera dura; las aporadoras, etc. etc., y los grandes carros americanos conductores, de sólidas yantas, que, sin embargo, no pudieron vencer al principio a nuestras clásicas carretas, las que Agustín Acosta habría de cantar tan acerta- damente en lo futuro...

En un pintoresco quiosco instalado a la entrada de la Exposición, un rubi- cundo y joven americano, ayudado de su esposa, los dos muy joviales y dichara- heros—se habían aprendido todos los tí- mos, frases y dicharachos de aquel tiem- po—«ariba cubanos», «eso es viento», «entra guabina»—vendían con gran acepta- ción un dulce que preparaban allí a la vista del público, con azúcar pulverizada y granos de maíz tierno, vistiéndolo en unos cucuruchos de papel de colores—rositas de maíz—y tanto vendieron de él durante todo el tiempo que duró la ex- posición, que llegaron a reunir un con- siderable capitalito. No se veía en la Exposición un visitante que no llevara su correspondiente cucurucho de rosas de maíz. Se hizo el dulce de moda; fué la nota pintoresca de la feria y cerrada la Exposición, los dulceros yanquis apa- garon sus hornillas, levantaron sus me- sillitas y se retiraron a New Orleans, de donde procedían, con una buena saca repleta de dólares y doblones, declarando agradecidos que «Cuba era mocho bueno». Las rositas de maíz tuvieron imitadores, pero nadie pudo darles el justo «medio»; porque resultaban, o muy secas o demasia- do dulzanas. Siempre que hemos querido imitar algo de los americanos nos ha pa- sado lo mismo: ejemplo, nuestra primera Constitución; otro «cucurucho de rositas

de maíz a la americana», a la que no se acertó a darle el «punto» preciso.

Uno de los premios más justamente otorgados fué el que se le dió al doctor Carlos de la Torre entonces en el esplen- dor de sus veinticinco años—por la pre- ciosa colección de caracoles que presentó con su correspondiente memoria; y un minucioso y ameno estudio acerca de los que se producen en nuestras poéticas playas tropicales. Esta colección perte- necía al colegio San Carlos de Matanzas, y hoy, si no nos equivocamos, se en- cuentra en el gabinete de Historia Nat- ural de nuestro primer centro docente. El diploma en que la Exposición procla- maba la alta gloria de Don Carlos, es- taba firmado por Don Juan Bautista Jiménez, Director del Ateneo, y por los señores Ricardo Borges y Casimiro Gumá secretarios del mismo. Jiménez, capacidad indiscutible en estudios agrícolas, fundó después la famosa Estación Agronómica de Santa Clara, que tantos servicios prestó a nuestra patria. Conociase a Jiménez por «El Maniado», a causa de su pron-unciada cojera, lo que no le impedía entregarse a la mayor actividad.

Largo sería el espacio de que habríamos de disponer para incertar una parte exi- gida de los títulos, honores, premios y reseñas con que la cultura universal ha honrado en su dilatada y provechosa vida a nuestro ilustre compatriota doctor Carlos de la Torre, por lo que nos con- cretaremos a citar aquellos que juzgamos más importantes. Ingresó a los siete años en el colegio La Empresa de Matanzas, dirigido por Don Antonio Guiteras; y allí cursó en tres años los seis grados o secciones semestrales de la primera enseñanza. A los diez, edad oficial, in- gresó en la segunda enseñanza, y cursó el primer año en el citado colegio La Empresa; pero habiendo sido éste clau- surado en 1869, por el Gobierno, a causa de los acontecimientos políticos, ingresó en el colegio Los Normales, fundado en 1870 con ex profesores de La Empresa Cursó hasta el quinto año en Los Norma- les, siendo ayudante del químico y taxid- ermista G. Gisler; y obtuvo el título de Bachiller en el Instituto de la Habana, en septiembre de 1874, con notas de sobresaliente en los tres ejercicios, lo mismo que en todas las asignaturas, e ingresó en la Universidad y cursó el año de ampliación de medicina y far- macia, siendo uno de los discípulos pre- dilectos de Don Felipe Poej, quien al leer una carta de presentación que traía de Don Francisco Jimeno, le dijo: —«Joven le aseguro un gran porvenir; porque el que a buen árbol se arrima, buena som- bra le cobija». Y en efecto, su porvenir fué brillantísimo, pues ostenta el sabio cubano muchas condecoraciones y títulos honoríficos de varias sociedades cientí- ficas, entre ellas la de Historia Natural de la Universidad de Madrid; la de Mé- xico; la de París, la Imperial de Ale- mania, honrándose también con el tí- tulo de doctor en Ciencia Honoris Causa: «Carolus de la Torre y Huerta, rerum naturae publicumque peritum, inter mo- biliarum sinus mejicanae investigatres primus, qui conchies priscis effois his- toriam sutereanarum Cubae penitus no- viat Senatus colligi Harvardiani. Acadé- micus, Cantabrigie etc., etc. Gran Cruz de Carlos Manuel de Céspedes, Caballero de la Legión de Honor francesa; y la condecoración que él ama más: Medalla de Oro y diploma de honor de Hijo pre- dilecto de la ciudad de Matanzas.

Coronando su vida de estudio y dedi- cación constante a la grandeza y cultura de su patria, la Universidad de la Repú- blica le otorgó recientemente el honroso y disputado título de Doctor Emeritus; y encima de todo esto, un gran patriota al bueno, afable, y un gran patriota al que sus compromovianos debían levantar una estatua en la playa de Bellamar frente a aquellos arenales que él explotó en fructuosas incursiones para la ciencia.

La bella ciudad natal—nuestra y de nuestros padres—habiase declarado con la Exposición en fiesta permanente; no había hoteles, fondas, ni posadas para tantos visitantes como desde el último rincón de la isla acudían a ella todos los días. Las casas particulares veíanse llenas de familiares y amigos. Las más pudientes y acomodadas celebraban de continuo banquetes y paises. La Plaza de Armas de la ciudad veíase concurren- disima todas las noches; y a su alrededor giraba un gran número de carruajes de lujo, mostrando su típica criolla los últimos quítrines que quedaban. Con-

ta en aquella época la sociedad ma- tancera con un tan crecido número de bellezas, que en varios certámenes re- sultó un problema difícil designarle el premio de honor a la más hermosa. Era también la época en que Matanzas se veía «inundada de oro», con el gran movimiento de sus almacenes de azúcar de la orilla del río; los de Castañer; los de Gorostiza; los de Galindes; los de Sainz, etc., etc., a los que envidiaban sus frutos los innumerables ingenios de la provincia. En la bahía era notable el movimiento de bergantines y vapores. Las sociedades del Casino Español y el Ateneo celebraban a menudo bailes y veladas literarias; y vivíase, en fin, en medio de una verdadera atmósfera ver- sallesca, de distinción y elegancia. Se iba a ver el «Puente de la Concordia», recién construido, como una gran obra de arte e ingeniería, y menudeaban las excursiones al Estero; al Valle; al Acu- ducto y a la Ermita de Monserrate, en cuyo trayecto levantábase la fastuosa Quinta de Cardenal, donde acostumbraba a hospedarse el Senador cubano Güell y Rentá académico y emparentado con la familia real de España. Por aquella época Güell prometió construir la Uni- versidad de la Habana, a la que debía su escaño en el Senado Español; pero ya vimos en lo que quedaron sus buenos propósitos, renovados sin embargo cada vez que venía a Cuba a emprender su campaña senatorial; a los siboneyes se les engañaba con «cuentas de vidrio»; a sus descendientes con «cuentos de ca- mino».

Uno de los encantos de los forasteros que visitaban a Matanzas consistía—y consiste—en admirar desde la Ermita de Monserrate el poético panorama de la ciudad que se desarrolla allí abajo, entre la niebla sutil de los dos ríos; abrién- dose a lo lejos de la ancha bahía de aguas violáceas y tranquilas, en las que reposan las embarcaciones como sobre la tersa superficie de un lago. Es una ciudad de ensueño. Se explica, si verla desde aquellas alturas, que en ella no hayan arraigado espíritus turbulentos, sino poéticos y reposados. Así la dulce Atenas se miraba en las puras aguas del mar Jó- nico, cubierta por el manto azul de su límpido cielo helénico, orgullosa de sus poetas y sus sabios; allí, Esquilo, Home- ro, Anacreonte, Arquimides, Sócrates; aquí, Ximeno, Guiteras, La Torre, Mlla- nes, Byrne, Otero, Acosta...

El campo de la Exposición hallábase distribuido con acierto y buen gusto. Jardines, paseos y pabellones para fiestas y recepciones, conferencias y bailes; ofreciendo de noche un bellísimo aspecto con el gran número de arcos voltáicos que lo alumbraban, alimentados por una pequeña planta eléctrica allí instalada. Recordamos contigo al salón de baile otro más pequeño, donde había una verdadera exhibición de trajes de distintas épocas; entonces se usaban el «tafetán», el «foulard» y las «sedas ramedadas», telas que a su rica vistosidad unían su con- sistencia inconstrastable. De entonces data la fama del maestro cornetín matancero, Miguelito Pallde. Estaba el ya hoy falle- cido profesor en sus veinte años. Cuan- do sobaba en su mágico instrumento sus potentes notas llegaban al mismo cielo; después de haber arrebatado los corazones de los matanceros «tacos y alegres»; y de aquellas matanceras que le robaron su encanto a las huries de Mahoma. Muchos habaneros, pasajeros del Expreso que antes hemos citado, a peso el viaje de ida y vuelta, renunciaron a ésta y se quedaron esclavos para siempre de ellas, entre el San Juan y el Yu- muri.

De la Exposición de Matanzas no quedó más que una elocuente demostración del buen deseo del Ateneo de aquella ciudad, que fué su organizador entusiasta; y la fama de algunos polvos de tocador y jabones que son el prestigio de la per- fumería cubana, cuyas cubiertas pasaron por el mundo durante largos años una vista del frente de la Exposición, con el laudatorio letrerito: «Premiado etc.» Después cayó sobre el «Palmar de Jumco» el olvido y la incuria; hasta que en su día empezó a funcionar en aquel sitio una fábrica de jarcias, en medio de sus vastas siembras de henequén: cuando por las tardes anuncia su sirena que han terminado los trabajos, su eco doliente se pierde en el vacío de las cosas muertas...

Ahora bien; que los matanceros podo- mos decir como los romanos: ROMA FUÉ ROMA.

La vida atormentada de Luis PIRANDELLO



to que revolucionó el teatro contemporáneo. He aquí la laguna que ayudaremos a regar. Siete años hacía que Sicilia formaba parte integrante de Italia cuando nació Luis Pirandello (28 de junio de 1867) en un pueblito cercano a la ciudad de Girgenti, en la provincia del mismo nom-

como miembro del gobierno provisional siciliano, mereció el destierro de su querida isla, al restaurarse el poder del reino de Nápoles. La infancia de Luis tiene un escenario abrupto y maravilloso: la cima y la sima; el cielo límpido y barnizado, y el suelo áspero y fecundo. Contrastes sugestivos, inspiradores. La isla es pródiga en

mociones altivas, vidas nobles, sencillas, recias, dentro de su humildad; y fragancia de limoneros; y «canzonette», llenas de hallazgos poéticos; y chismorreos de comadres, capaces de inventar los cien móviles de un solo acto. («Tenía tantos distintos espejos por delante, cuantos eran los ojos que me miraban», recordará Pirandello). Todo queda indeleblemente grabado en la imaginación del muchacho meditativo que, desde temprano, se busca a sí propio, en el muchacho que medio siglo después escribirá:

«¿Qué podrá hacer por sí, qué podrá pedir a la vida, entre los hombres, aquel a quien tocó en suerte, desde su nacimiento, un sentido propio, ingenio, original de la vida? Creo que no podrá hacer otra cosa que expresar ese sentido. En sus primeros años, aquel don natural es un misterio aun para el que lo posee. Contribuye solamente a hacerle más fatigoso el trabajo de la infancia. Luego le servirá para permanecer fiel bastante más que el resto de los hombres, a esa laboriosísima infancia. El sentido del misterio, inmediatamente aceptado, y un empeño de adquirir, por necesidad íntima, cuya finalidad no se advierte, conciencia de las cosas y de sus relaciones, y «pari passu», un lenguaje propio que sirve para poderlas reconocer más que para expresarlas, figura entre las más graves fatigas que debe soportar el espíritu de aquel niño. Nadie puede ayudarlo. Y él, por lo demás, no revela estos secretos ni a su madre. Nardelli pinta a Pirandello distraído y desconforme, curioso y emotivo, ansioso de saber y de vivir. Raramente participa en las travesuras y «rjetas» de sus condiscípulos, en aquellas homéricas guerrillas a pedradas que inspiraron, acaso, el drama «Non si sa come».

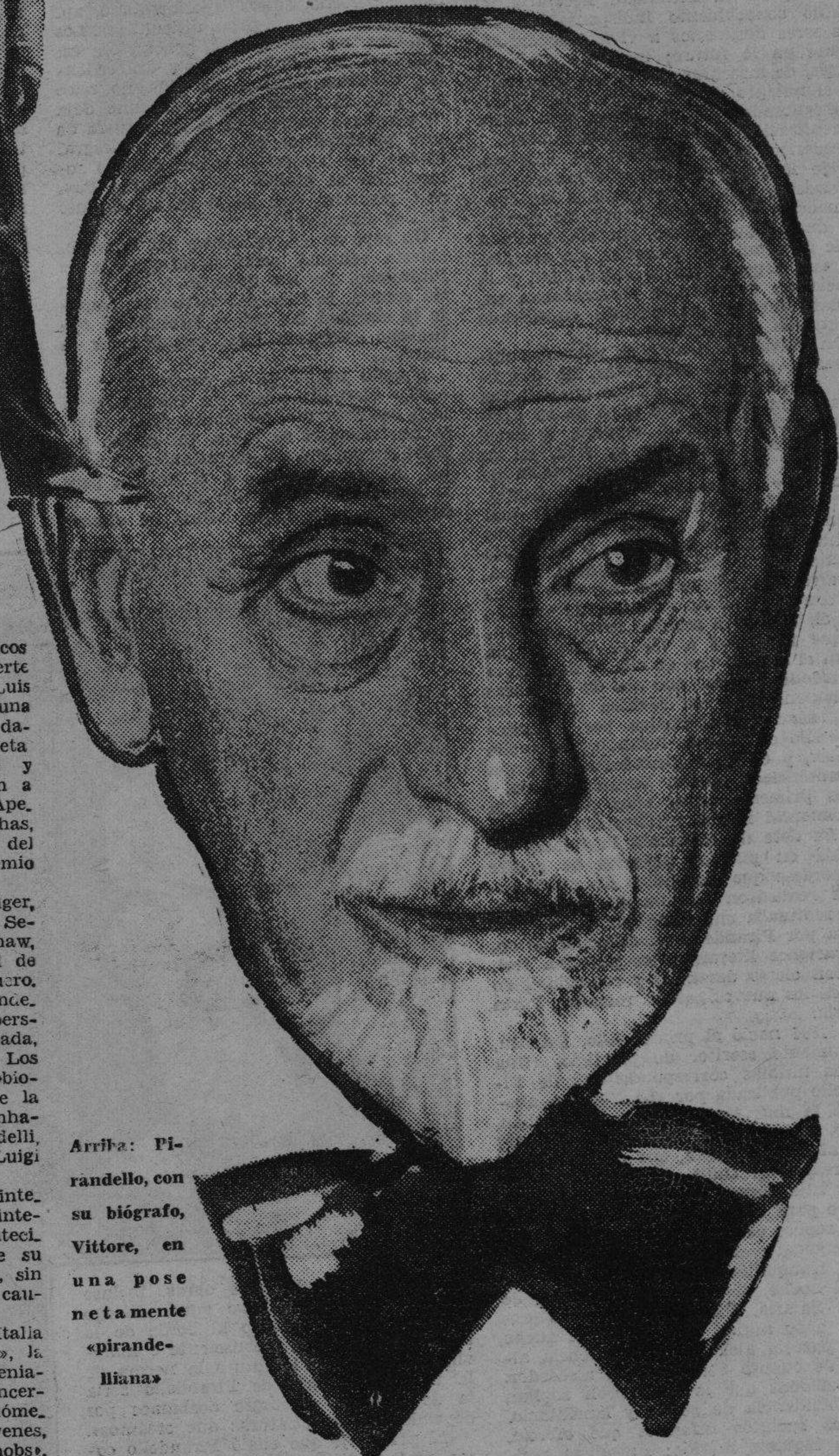
Antes de ingresar a la Escuela Técnica agota la minúscula biblioteca paterna; la Biblia, traducida por Martini; «Mis prisiones», «Beatrice Cenci», «La batalla de Benvento». Una breve estada en Puerto Empédocles, por razones de estudio, deja en él deslumbradoras imágenes e impresiones: barcas amarillentas recortándose en el azul del cielo-mar, transportan peces de plata y limones de oro; el amor o la desesperación, minados con la intemible y teatral vehemencia primitiva, le inspirarán cien cuentos y La sagra del Signore della nave, pieza desconocida por el público de Buenos Aires; días de modorra, encantadora y encantada; noches de fiebre—fiebre solar metida en la carne, en los nervios, en la médula—en las cuales el recuerdo de entrevistas silueta femeninas y el runrún de los corrillos callejeros ahuyentan el sueño de los párpados juveniles...

Luis Pirandello cuenta escasos catorce años y «ya necesita» desahogarse de lecturas y visiones, dar forma a las ideas que le atosigan. Escribe su primera obra teatral, un poema dramático en cinco actos, «Bárbaro». Y se erige en director. Sus hermanas y amigos la representan en la maltrata casona familiar de la Via delle Falde. Los versos acusan sentido irónico, fuerza cómica:

«O calco imperator Domiziano, nepote vostro anch'io, sebben lontano, infilzo nell'aguzzo stil ch'ho in mano ogni insetto che vienni a molestare!» Su vocación por la literatura se decide. Deja la Escuela Técnica e ingresa al Gimnasio de Palermo; allí aumenta sus conocimientos y su sed de conocimiento; «bebe la sed insaciable». Y conoce el amor. Amor que se muestra arisco con el bisoño amante. Lo de siempre... Pirandello trababa momentánea amistad con la melancolía y la bohemia, sarampones de la juventud de la época. Mientras en el hogar los asuntos económicos no marchan del todo bien, Pirandello, romántico y lógico, egoísta y generoso, resuelve doctorarse, adquirir un título que deslumbrara los símbolos insulares. (Otro día recordará Pirandello la profunda y perdurable impresión causada en su espíritu por la lectura del poema «La ginestra») Y hay, además, en la isla mujeres garbadas,

leyendas heroicas y relatos folklóricos. Juan Verga los recoge fielmente, fotográficamente. (Un día defenderá Pirandello la obra realizada por el autor de «Malavoglia» y «Cavalleria rusticana» de los estilizados que le asestaban los estetas d'annunzianos). Santiago Leopardi poetizará los símbolos insulares. (Otro día recordará Pirandello la profunda y perdurable impresión causada en su espíritu por la lectura del poema «La ginestra») Y hay, además, en la isla mujeres garbadas,

Por otra parte, el inmenso y asombro-



Arrifa: Pirandello, con su biógrafo, Vittore, en una pose netamente pirandelliana»

LOS artículos periodísticos sobre la reciente muerte del escritor italiano Luis Pirandello depararon una sorpresa. Se carecía de datos biográficos del poeta novelista, dramaturgo y ensayista, cuyas obras comenzaron a asombrarnos hace unos quince años. Apenas se consignaron cuatro o cinco fechas, cuatro o cinco episodios de la vida del hombre que conquistó, en 1934, el Premio Nobel de la Literatura. La bibliografía superabundaba: Thilger, Borghese, Prezzolini, Russo, Fuccini, Serrari, Simoni, André Pierre, Bernard Shaw, Starkie, Araquistán, Baeza, Cristóbal de Castro y el negativo Gómez de Baquero. También en Buenos Aires tuvo Pirandello críticos y exégetas más o menos perspicaces. Faltaba la biografía detallada, minuciosa, aclaratoria, reveladora. Los mejor informados conocían una autobiografía escrita con evidente pudor de la intimidad, y de segunda mano, un inhabitable libro de Federico Víctor Nardelli, «L'uomo segreto. Vita e croci de Luigi Pirandello», Mondadori, 1932.

«Cómo compenetrarse del proceso intelectual de un autor, del alcance integral de su obra, ignorando los acontecimientos y principales peripecias de su vida? ¿Se puede analizar un efecto, sin conocer, siquiera relativamente, las causas que lo determinaron? Cuando, en 1921, se estrenó en Italia «Seis personajes el busca de autor», la obra que impuso mundialmente la genialidad de Pirandello, el público, desconcertado, no alcanzó a explicarse el «fenómeno». Entre el escaso número de jóvenes, compuesto por inteligentes y por «snobs», que aplaudían hasta amarotarse las manos, y la gran masa estúpida que luego de silbar con insistencia, comenzó a corear las sílabas del insulto: ¡bu-fón!... ¡bu-fón!... sólo dos o tres personas sabrían hacerlo y detallar cómo nació y se desarrolló ese estupendo y originalísimo drama en el torturado cerebro del artista, que produjo de continuo, desde 1880, dramas, novelas, cuentos, ensayos, traducciones.

Nada se sabía entonces (poco se sabe hoy día) de la vida del ilustre litera-

—¡Gracias, Dios mío; gracias! — murmuró a modo de plegaria. ¡He creído morir! Nunca pude imaginar que estuviera usted tan cerca, y menos aún que llega, ya tan a tiempo. Y sin poder continuar, se cubrió el rostro con las manos llorando. Dermont no pudo responder; tenía la garganta seca y ardorosa. La joven, cesando en aquel llanto, preguntó: —¿A dónde vamos? La corriente nos lleva. Yo no podía remar contra ella, aunque tengo la seguridad de que la vía de agua que había en mi bote no tenía nada que ver con esa corriente.

—Va usted a enfriarse —dijo Dermont, repuesto ya, viendo que estaba chorreando. Deje que le ponga mi americana sobre los hombros.

—¡No importa! —repuso Natalia, accediendo. Lo principal es llegar pronto a la orilla. Si no tratamos de impedirlo, iremos mar adentro.

Habían pasado lejos de la cueva que Dermont intentaba visitar con Natalia,

que ire a fondo. Entonces fue cuando lanzó aquel angustioso grito que Hasdcastle oyó.

El joven no pudo reconocer al pron- to quién era la persona que estaba en la barca; pero al acercarse a distancia suficiente para ver que era una mujer, reconoció a la señorita Knight. ¡Estaba en peligro y lejos de él!

Remó con una destreza tal que hubiera ganado un premio. Otra vez oyó el angustioso grito pidiendo socorro. Natalia, que estaba de espaldas, no podía ver; remaba con las pocas fuerzas que, casi agotadas ya, le quedaban; pero la barca tenía tanta agua ya, que le llegaba cerca de las rodillas. Volvió a gritar con la desesperación del que reconoce la inutilidad de sus esfuerzos, y Hasdcastle respondió con otro grito.

En aquel momento se dibujó sobre el cielo la figura de un hombre subido en las rocas, que se agachó inmediatamente para evitar que le vieran. Había oído los

verte por allí, llegó a un sitio desde donde podía ver perfectamente cuanto ocurría en el islote.

Sin aliento apenas, respirando anhelosamente, como si hubiera hecho una larga caminata y estuviera fatigado, sintiendo lo que jamás había sentido en su vida, observó y esperó. Durante los miserables años de su vida, se había visto en trances semejantes siempre que alguien se había opuesto en su camino; pero jamás había atentado contra una mujer. Natalia era la primera, y algo viril y digno aún hablaba en su conciencia a pesar de su obstinada maldad. Había algo humillante, algo que le degradaba en aquel asesinato a mansalva, cuya víctima era una débil mujer.

—¿Y qué importa que lo sea? —se dijo siguiendo el tenebroso curso de sus pensamientos. Frustraba la realización de sus planes, y debía desaparecer, aunque la hubiera querido; mucho más cuando había llegado a hacerse odiosa con sus aires de superioridad y la pro-

fundía antipatía que sentía por él. Era forzoso que desapareciera, y desaparecía sin ruido, sin sospechas, a causa de un accidente que lo mismo podía haberle ocurrido sin su intervención; un choque contra las rocas, una corriente viva, cualquier cosa bastaba. El sólo había hecho un agujero; el resto quedaba en manos de la suerte.

Manejó los remos con tal presteza, que pronto logró salvar las rocas y abarcar todo el espacio que se abría a su vista. Entonces lanzó a su vez un grito, y remó con más vigor aún, a fin de prestar socorro al que lo pedía.

Natalia había ido a buscar el bote poco antes de las cinco; los pescadores, alejados de allí, jugaban y bebían, y Natalia, llamando a fin de que lo echaran al agua, miró alrededor para buscar a Wilson. En aquel momento apareció Hasdcastle, le saludó y él se apresuró a bajar para recordarle su encargo.

—No se me olvidará; pierda usted cuidado. Voy directamente al islote —dijo Natalia—, y buscaré esas piedras. Ya tengo curiosidad yo misma por ver como son.

—¿No sería mejor que yo la acompañara? —preguntó Hassard, seguro de que Natalia rehusaría su oferta. Siempre le desdénaba; pero pronto pagaría su desdén. El accidente que podría ocurrirle le estaría bien empleado.

Natalia tomó los remos con la pericia de una persona acostumbrada a manejarlos, y Hassard, viendo su destreza, esperó a que diera la vuelta a la ensenada; después se marchó presuroso, y ascendiendo de nuevo antes de que aparecieran otras personas que pudieran

Entonces advirtió que tenía los pies en un charco de agua, y miró al fondo del barco. ¿Qué era aquello? ¡Estaba en peligro de hundirse! ¡Era horroroso! Si el bote hacía agua, no tenía más remedio

—Despacio, despacio! —dijo Hasdcastle. Está usted en salvo; suelte el barco y deme la otra mano. ¡Así! ¡Perfectamente! Coloque una rodilla en la borda, sin miedo y sin prisa; yo tiraré de usted; pero es preciso no volcar la barca.

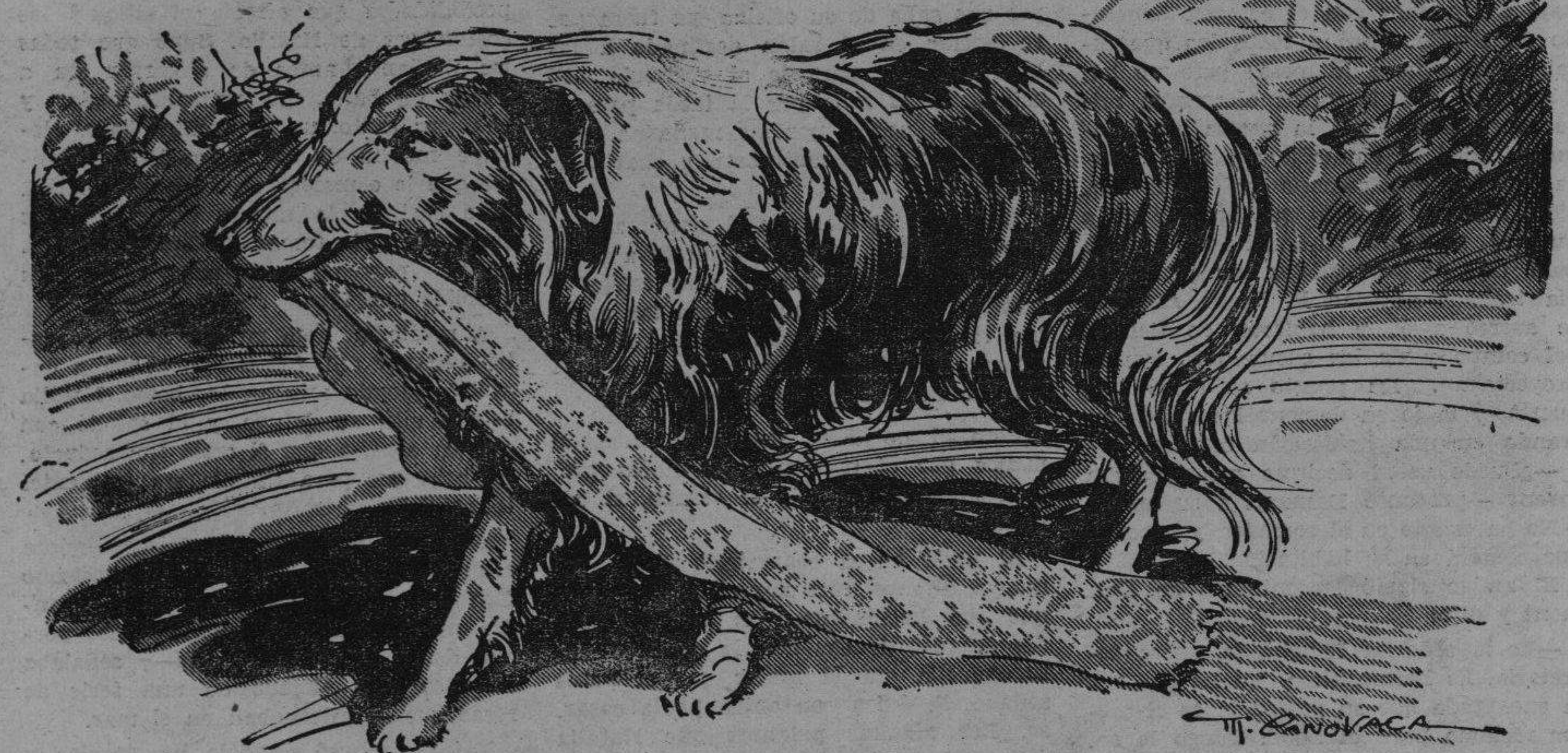
Ella obedecía lo mismo que un niño, y en pocos minutos estuvo arrodillada dentro del bote.

—Despacio, despacio! —dijo Hasdcastle. Está usted en salvo; suelte el barco y deme la otra mano. ¡Así! ¡Perfectamente! Coloque una rodilla en la borda, sin miedo y sin prisa; yo tiraré de usted; pero es preciso no volcar la barca.

Entonces advirtió que tenía los pies en un charco de agua, y miró al fondo del barco. ¿Qué era aquello? ¡Estaba en peligro de hundirse! ¡Era horroroso! Si el bote hacía agua, no tenía más remedio

Entonces advirtió que tenía los pies en un charco de agua, y miró al fondo del barco. ¿Qué era aquello? ¡Estaba en peligro de hundirse! ¡Era horroroso! Si el bote hacía agua, no tenía más remedio

Entonces advirtió que tenía los pies en un charco de agua, y miró al fondo del barco. ¿Qué era aquello? ¡Estaba en peligro de hundirse! ¡Era horroroso! Si el bote hacía agua, no tenía más remedio



gritos de Natalia primero, y después el de Dermont, creyendo que alguien lo había lanzado desde la orilla. Que respondiera quien quisiera; nadie llegaría a tiempo para salvarla. ¡Unos momentos más, y no existiría ya barrera alguna entre él y aquella fortuna que tan cara le costaba! Cerró los ojos, aunque sólo podía ver la hierba que crecía a sus pies y se tapó los oídos para no oír el zumbido de las abejas y el acompasado ritmo de las olas en la orilla. ¿Tardaría mucho en ahogarse?

Hasdcastle, remando como nunca lo había hecho, se encontró en la corriente que arrastraba a Natalia. Entonces recordó la advertencia de los pescadores y comprendió que la joven no había podido dominarla.

—Creo que está secándose ya —repuso la joven. Tengo tanto calor, que creo no correr peligro de resfriarme; pero de seo estar en tierra firme otra vez.

Precisamente entonces, el hombre que estaba agachado en las rocas se aventuró a levantar la cabeza y mirar. Un mar tranquilo, silencioso, encerrando en su fondo los secretos que nadie puede descubrir, se ofreció a su vista. Paseó sus miradas a lo lejos en todas direcciones, y vio que el mar no estaba tan solitario como creía.

Allá a lo lejos se veía otro bote, a larga distancia aún de la orilla; remaban hacia tierra y había dos personas en él: una era un hombre, y su camisa blanca brillaba a lo lejos; la otra persona ¿quién era? Parecía una joven delgada y sin sombrero, vestida con una prenda extraña.

—Despacio, despacio! —dijo Hasdcastle. Está usted en salvo; suelte el barco y deme la otra mano. ¡Así! ¡Perfectamente! Coloque una rodilla en la borda, sin miedo y sin prisa; yo tiraré de usted; pero es preciso no volcar la barca.

Ella obedecía lo mismo que un niño, y en pocos minutos estuvo arrodillada dentro del bote.

—Despacio, despacio! —dijo Hasdcastle. Está usted en salvo; suelte el barco y deme la otra mano. ¡Así! ¡Perfectamente! Coloque una rodilla en la borda, sin miedo y sin prisa; yo tiraré de usted; pero es preciso no volcar la barca.

TRUCUTÚ

¡ÚLTIMA HORA!
LAS TROPAS DE GUILANDIA DERROTAN A LAS DE LEMUEL. EL ENEMIGO SE RETIRA DESORDENAMENTE

¡CACHÓN, LOS HEMOS RECHAZADO!

¡ESTÁBAMOS PERDIDOS HASTA QUE CAPTURARON LA MÁQUINA DE TRUCUTÚ!

EL POBRE FUGUCHÉ NO SABRÁ QUE DECIR.

¡TRUCUTÚ SE HA MARCHADO AL FRENTE!

¿VA A RECUPERAR LA MÁQUINA?

¡NO, VA A RESCATAR A FUGUCHÉ!

TRUCUTÚ LLEGA AL FRENTE DE BATALLA.

¿CACHÓN, FUE AQUÍ QUE CAPTURARON NUESTRA MÁQUINA?

¡AQUÍ FUE, PERO YA LA RECUPERAMOS!

¡JUNTO CON UN MONTÓN DE PRISIONEROS!

ME HABÍAN DICHO QUE FUGUCHÉ FUE HECHO PRISIONERO POR LEMUEL.

¡CACHÓN, NO LO HEMOS VISTO MÁS!

¿ESTÁ PRISIONERO TODAVÍA?

SI LO CAPTURARON ESTARÁ PRISIONERO, PORQUE NO LO HEMOS VISTO!

¿DONDE VAS?

VOY A BUSCAR A FUGUCHÉ DONDE LO ENCUENTRE!

¿VA A ATACAR A LOS LEMUELANDESES!

¡CACHÓN, VAMOS A SEGUIRLO! ¡TRUCUTÚ LOS HARÁ PEDAZOS!

¡TRUCUTÚ ESTÁ EN SERIO!

¡CACHÓN, MIREN QUIÉN VIENE!

¡NOS VA A ARROLLAR!

¡HUYAMOS!

¡OIGAN, DESGRACIADOS! ¡OIGAN!

¡HASTA LUEGO, PAISANO!

¡A VER, DIME LO QUE HICIERON DE ESE INDIVIDUO FLACO Y DE NARICES GRANDES QUE CAPTURARON HOY!

¡CRÉAME, NO LE HE VISTO!

¡A PRISA, NENA, QUE TENEMOS QUE SALVAR A FUGUCHÉ AUNQUE LE CUESTE LAS OREJAS A LEMUEL!

¿QUE LE PASÓ A FUGUCHÉ?

FRAGMENTOS DE LA HISTORIA HUMANA

EL CONTINENTE PERDIDO "DE MU"

El continente de "MU" es otra tierra legendaria que se dice existió en medio del Pacífico, entre América y Asia, y que, como la Atlántida fue sumergido en el océano.

Según la leyenda este continente perdido tuvo una vez 60 millones de habitantes. De él se dice que procedió la cultura Maya de México. (Continuará)

MARAVILLAS DEL MUNDO

Por WILIAM KREUSCH

HABITANTES DE LAS CAVERNAS

MUCHOS ANIMALES DE LA NATURALEZA PREFIEREN LA OSCURIDAD A LA LUZ DEL DÍA. LOS BUHOS Y LOS MURCIÉLAGOS, POR EJEMPLO, CASI SIEMPRE SALEN POR LA NOCHE.

PERO HAY OTROS ANIMALES QUE SON VERDADEROS HIJOS DE LA OSCURIDAD Y QUE HABITAN EN LAS CAVERNAS SUBTERRÁNEAS.

LA MAYORÍA DE ESTOS ESPECÍMENES SON CIEGOS POR LA DEGENERACIÓN DE SUS OJOS A CAUSA DEL POCO USO Y TIENEN LOS CUERPOS BLANCOS, COMO LA SALAMANDRA.

TAMBIÉN HAY MUCHOS INSECTOS EXTRAÑOS, CARENTES DE VISTA, QUE VIVEN ENTERRADOS EN LAS CUEVAS.

EL CABRAJO, BLANCO Y DE DURO CARAPACHO, VIVE SUMIDO EN EL FONDO DE LOS RÍOS; SE MUEVE, GUIADO POR LOS PELOS SENSITIVOS DE SUS PATAS.

HAY PECES CIEGOS QUE NADAN EN LA OSCURIDAD DEL AGUA GUIÁNDOSE POR ORGANOS SENSITIVOS.

EL PROFESOR CARIÑOSO

LLEVA A ROBERTO AL CAMPO

¡PAPITO, QUIERO IR CONTIGO AL RANCHO DE TÍO JUAN!

LO SIENTO, ROBERTO, PERO NO ESTÁS BIEN DE SALUD Y ADEMÁS NO HAS QUERIDO TOMAR LA MEDICINA.

ES QUE ESA MEDICINA SABE MUY MAL Y ME DA NÁUSEAS.

ESO ES UNA EXCUSA. ERES MUY TESTARUDO.

¿QUÉ TE PASA ROBERTO?

¡AY, A-Y-Y-YAY! PAPITO NO ME QUIERE LLEVAR AL RANCHO DE TÍO JUAN PORQUE NO ME TOMO ESE PURGANTE TAN MALO! ¡AY-Y-Y!

¡NO LLORES, ROBERTITO, QUE AQUÍ EN EL BOLSILLO TENGO UNA COSA PARA QUE TU PAPA TE LLEVE AL RANCHO!

¿DE VERAS?

¡HOLA, PEPITA! ROBERTO ESTÁ DESCONSOLADO PORQUE NO LO LLEVAN AL RANCHO.

¡OH, PROFESOR! ESTE CHICO TIENE EL SISTEMA DESCOMPUESTO, PERO SE RESISTE A TOMAR SU LAXANTE Y ESTOY CANSADA DE OBLIGARLO.

¿OBLIGARLO? ESO NO ES LO MODERNO. LOS MÉDICOS DICEN QUE CUANDO SE OBLIGA A LOS NIÑOS A TOMAR MEDICINAS SE LES ALTERAN LOS NERVIOS Y EL ESTÓMAGO.

¿ENTONCES, QUÉ PUEDE DARLE QUE TOMÉ?

PRECISAMENTE, AQUÍ LLEVO ALGO PARA DARLE A MI NIETO. ES LA CASTORIA DE FLETCHER, EL LAXANTE ESPECIAL PARA LOS NIÑOS, QUE ES SUAVE Y NO CAUSA RETORTIJONES. ¡A ROBERTO LE GUSTARÁ TOMARLO!

¡VAMOS A VER!

¡QUÉ BUENO ES SENTIRSE BIEN Y PODER CORRER A CABALLO!

¡GRACIAS A LA CASTORIA DE FLETCHER, PAPA!

¿LE VAS A DAR A LA NENA MI CASTORIA, PAPITO?

¡SÍ, ROBERTO...! LA NENA NECESITA TAN BUENA ATENCIÓN COMO TÚ!

LA CASTORIA DE FLETCHER ES BUENA PARA TODOS LOS NIÑOS HASTA LOS 11 AÑOS. NO LE HARÁ DAÑO AL NIÑO DE SISTEMA MÁS DELICADO. PIDA EL FRASCO ECONÓMICO PARA LA FAMILIA.

MITOS, SATELITES Y HOMBRES

QUE ha de interesarnos la explosión de la estrella Supernova, ocurrida a una distancia de tres millones de años luminicos de acuerdo con los cálculos del Dr. Fritz Swicky, del Instituto Tecnológico de California? Esa estrella, cuya brillantez llegó a ser 500 millones de veces mayor que la del sol, no produjo ningún efecto visible sobre la tierra al hacerse añicos en el espacio en uno de los cataclismos más grandes del cosmos. En cambio, la mera mudanza de la luna, de planeta que giraba en su órbita independiente a satélite de la tierra, ocurrida hace unos 13,500 años,—como si dijéramos el otro día—causó una catástrofe de proporciones descomunales sobre el globo terráqueo. Así lo conjetura el profesor vienés H. S. Bellamy en su reciente libro titulado Lunas, Mitos y Hombres.

El fenómeno de la formación de satélites, claro está, es un suceso relativamente trivial en el calendario de actividades del Universo. La pequeña tierra que habitamos, según la novel teoría del mitólogo Bellamy, se ha anotado hasta la fecha seis capturas de satélites—y seis desastres. Cada vez que el globo ha secuestrado algún cuerpo celeste, ha sufrido una honda alteración geológica y biológica: inundaciones, terremotos, erupciones volcánicas, hundimientos de continentes, transformación de la geografía, extinción de la vida orgánica. Y sin embargo, los astrónomos nos dicen que más allá de las distancias concebibles, en la confusa radiación de las constelaciones desconocidas, estos cataclismos superan por millones de veces los que ha sufrido nuestro viejo planeta. De explosiones estelares sabemos de unas 150 Novae y de otras 15 Supernovae, aunque Swicky calcula que pasan de 100,000 las activas en el espacio.

En el caso de la explosión de Nova Herculis, ocurrida hace 1,200 años, cuando los moros estaban invadiendo a España, vinimos a enterarnos del asunto el 14 de diciembre de 1934. La explosión de Nova Lacertae, propagada a una velocidad de 1,100 kilómetros por segundo, o sea más de seis veces la de Nova Herculis, no se asemeja ni con mucho al espantoso desastre de la Supernova observada el año pasado por Swicky en el observatorio de Mount Wilson. Cuando se la vio, esta estrella de la decimocuarta magnitud surgía de la nebulosa espiral NGC 4273, lo cual necesita una explicación más detallada. NGC 4273 es una Vía Láctea independiente, separada de nosotros por una distancia inconcebible: unos 7 millones de años luminicos, o sea 70 trillones de kilómetros—el número 70,000,000,000,000. Al lado de NGC 4273 nuestra Vía Láctea es una insignificancia. En ese vasto universo radiante, la explosión de la Supernova se propagó con una intensidad de 6,000 kilómetros por segundo.

BELLAMY inicia su hipótesis sobre la "captura" de la luna con una interesante discusión de la teoría del hielo cósmico expuesta por el científico austriaco Hans Hoerbiger. Afirma éste que todos los satélites de nuestro sistema solar—las lunas de Saturno y Júpiter, y de los demás planetas—eran originalmente planetas independientes. Uno a uno, estos cuerpos fueron capturados por otros planetas mayores, a medida que disminuía la elipse de sus órbitas y caían bajo la gravitación de los otros, sobre los que derramaban, al hacer explosión, el torrente avasallador de sus componentes en ruinas.

Bellamy estima que el holocausto lunar de la tierra, computado por medio de los sistemas de calendario antiguos, tuvo lugar 11,500 años antes de Jesucristo. La geografía terrestre era entonces muy distinta a como es en la actualidad. La región ocupada hoy por el desierto de Gobi contenía para dicha época un vasto mar de proporciones mayores que las del Mediterráneo, mientras que éste no existía y en su lugar había tres pequeños mares o lagos. Sobre el Pacífico se extendía el subcontinente perdido de Lemuria, y sobre el Atlántico una enorme isla donde floreció la legendaria civilización de la Atlántida.

En esta época prelunar, la raza humana gozaba de una civilización muy superior a la que tenemos hoy. A despecho de los hallazgos arqueológicos, que sitúan por ahí la nueva edad de piedra, y describen al hombre de ese período como un asesino y un salvaje, todavía se están descubriendo en las cumbres de los Andes las ruinas de ciudades antiquísimas, abandonadas antes de la aparición de las tribus incásicas; en las islas del Pacífico existen viejos templos, estatuas y monumentos construidos con roca que no fué extraída de las canteras de dichas regiones; y en las arenas del desierto de Gobi hay indicios de grandes ciudades que florecieron en lo que actualmente es un territorio completamente árido y que apenas puede proveer alimentación para las tribus nómadas que lo recorren. He ahí el panorama optimista que Bellamy nos pinta once mil años antes de surgir en Grecia lo que nosotros hemos dado en suponer el pináculo de la cultura humana.

"La captura de la luna por la tierra—escribe el notable autor vienés—ha debido ser un espectáculo grandioso... y a continuación describe el súbito aumento de la brillantez del astro y el crecimiento de su diámetro mientras las multitudes contemplaban el inexplicable fenómeno. "Un profundo sacudimiento—continúa—hizo caer de rodillas a las muchedumbres temblorosas que luego eran prostradas en el polvo por los terremotos y las convulsiones geológicas. Desde arriba, desde abajo, desde todas las direcciones tro-



naba el rugido de un lenguaje oscuro e imponente. Los edificios oyeron esta voz y se derrumbaron; los árboles se hicieron astillas al escuchar su acento; las montañas bajaron la cabeza y sucumbieron; la tierra abrió sus entrañas y empezó a vomitar llamaradas y torrentes de lava mientras las tormentas de polvo barrían con cuantas cosas materiales encontraban a su paso.

"Pero ahí no terminó la tragedia de la humanidad. El capítulo final fué la avasalladora ofensiva de los mares; del norte y del sur surgieron inmensos oleajes que se extendieron por las latitudes como un insondable abismo; las aguas arrastraron con las tierras, sepultándolo todo, al orgulloso príncipe, al sacerdote y al montón anónimo, en una sola tumba, honda y fría."

La concepción de esta catástrofe celeste es una cosa que produce escalofríos. Dice Bellamy que la atracción de la luna gravitó de tal manera sobre las aguas de ambos hemisferios del planeta tierra que las levantó en un oleaje formidable al nivel del ecuador. El mar asiático avanzó en una marejada grandiosa hacia el oeste, arrojando toda el área del desierto de Gobi e inundando el valle del

Mediterráneo. La corteza de la tierra sufrió un torcimiento fabuloso entre el vaivén espeluznante de los movimientos sísmicos y las erupciones. Surgieron nuevas montañas, al paso que las viejas desaparecían, y la misma atmósfera terrestre se concentró en la línea ecuatorial, dejando los polos del globo sumidos en el frío y provocando un segundo período glacial de proporciones nunca vistas.

La Atlántida se sumergió para siempre, y el continente de Lemuria apenas dejó flotando sobre la superficie del océano Pacífico los picachos de las islas en que se han descubierto luego las ruinas de varios templos que constituyen un misterio impenetrable para la ciencia. Indudablemente, quedaron algunos supervivientes de la catástrofe en las márgenes del mar de Asia, que había de convertirse, a pe-

tierra en el pasado, no menos terribles han de ser las del futuro. Cada siglo que pasa, la luna se acerca más y más a nuestro planeta, y llegará la época en que su órbita esté tan aproximada que la fuerza de la gravitación del globo la hará estallar, atrayendo sobre sí otro cataclismo de proporciones gigantescas que durará varios años. Bellamy vaticina que la mayor parte de los seres humanos perecerán, como aconteció en anteriores casos, pero que los depósitos de la superficie lunar servirán para fertilizar la tierra y hacer surgir de nuevo la vegetación y la vida animal. Menos mal que esta conjetura extraordinaria antepone a los designios fatales de la creación el principio de la invulnerabilidad de algún vestigio infinitesimal de la vida, capaz de medrar en las tinieblas y en el caos durante el tiempo que pudiéramos llamar de rehabilitación de las capas terrestres y de la atmósfera, y servir así de vástago a la especie humana del futuro. De suceder el milagro en la forma que se ha dicho, sólo cabría esperar los resultados con la paciencia lógica del pesimista, y bien sea Lamarck o Darwin quien esté en lo cierto, lo más probable es que esa raza del futuro prodirá, con la extravagancia que le es característica al hombre actual, los vicios inherentes de este ciclo biológico, conservados en su protoplasma.

TODO esto, naturalmente, dándole al hombre y a su mitología una gabela bastante grande frente a los cataclismos del mundo inmediato en que se mueven los satélites del sistema solar, que si vamos a tener presentes las conflagraciones activas del Universo y las que están por suceder, la situación varía y nos inclinamos a creer en la teoría del suicidio cósmico.

A este respecto, y retrotrayéndonos a la explosión de la Supernova de Swicky, que empezamos por considerar sin importancia para la tierra, cabe rectificar y preocuparnos un poco de lo que tiene lugar en aquellas remotas latitudes siderales, porque de acuerdo con los recientes descubrimientos astronómicos, muy memorables por cierto, el Universo se está desintegrando, y en muchas de las constelaciones, se está "haciendo historia" y las cosas andan "calientes".

De dónde, sino de allá, pueden haber emanado a torrentes las espirales de llamas caídas sobre el sol después de la formidable explosión ocurrida en este planeta el 17 de septiembre de 1937. cataclismo que levantó la atmósfera del astro a una altura de 600,000 millas? Los hombres de ciencia ya no creen que aquella lluvia de fuego representara el descenso de los millones de átomos de hidrógeno lanzados al espacio por la explosión solar, puesto que la descarga continuó constantemente desde un punto a miles de millas sobre la bóveda celeste.

Bóveda de cuyos confines exactos, en puras matemáticas, solamente tienen conocimiento Einstein y una docena de sabios más, si acaso. Aunque sí sabemos, por las investigaciones del Dr. Harlow Shapley, del observatorio de Harvard, que en el más reciente estudio del espacio sideral que se ha realizado, fueron descubiertas cuatro nuevas falanges de universos, cada una formada por más de diez mil nebulosas espirales en cada una de las cuales se calcula que hay más de mil millones de estrellas.

Esta portentosa serie de archipiélagos de universos forma, prácticamente, un nuevo sistema cósmico situado a 100,000,000 de años luminicos de la tierra, mucho más allá de las constelaciones de constelaciones en los sistemas de Como y de Virgo, que, a pesar de componerse cada uno de 600 constelaciones, son meras partículas de polvo planetario en el proscenio que ocupa cualesquiera de los nuevos sistemas.

Pero no se detenga el lector en las comprobaciones aceptadas del notable astrónomo de Harvard. Todavía podemos citar otra autoridad del mismo rango, el Dr. Ernest W. Brown de la Universidad de Yale, figura de máximo relieve en el campo de la dinámica celeste, quien ha dicho que estos sistemas de que habla Shapley tal vez pueden ser los brazos o extensiones de una espiral cósmica casi imposible de imaginar, consistente de universos espirales que se mueven exactamente igual, aunque en escala mayor, que las nebulosas espirales, v cada uno de los cuales se compone de 1,000 millones de soles, poco más o menos.

¿Cuántos cataclismos incógnitos se suceden a diario en los ámbitos inconmensurables del espacio físico que ocupan estos sistemas cósmicos? Eso no hay manera de saberlo, por ahora. De las 165 explosiones siderales comprobadas hasta la fecha, una de ellas, la de Nova Herculis a que nos referimos antes, sucedió a 7,038,835,200,000 millas de la tierra, y solamente pudo ser observada por medio de los telescopios más grandes. Si consideramos que la Vía Láctea, en cuya constelación está la tierra, contiene unos 170 millones de estrellas y que su diámetro se extiende a una distancia de 100,000 años luminicos (seis trillones de millas por año), comprendemos la imposibilidad de constatar siquiera una pequeña proporción de estos fenómenos.

Desde luego que en el campo de las observaciones astronómicas sabemos, gracias al sabio Shapley, que los archipiélagos de universos pasan de 100,000 y que todavía están por catalogar muchas superconstelaciones de universos que pueblan la trayectoria de ambos hemisferios siderales. "Más allá de eso—dice el director de Observatorio de Harvard—entramos en la meta física, guiados por las preferencias individuales."

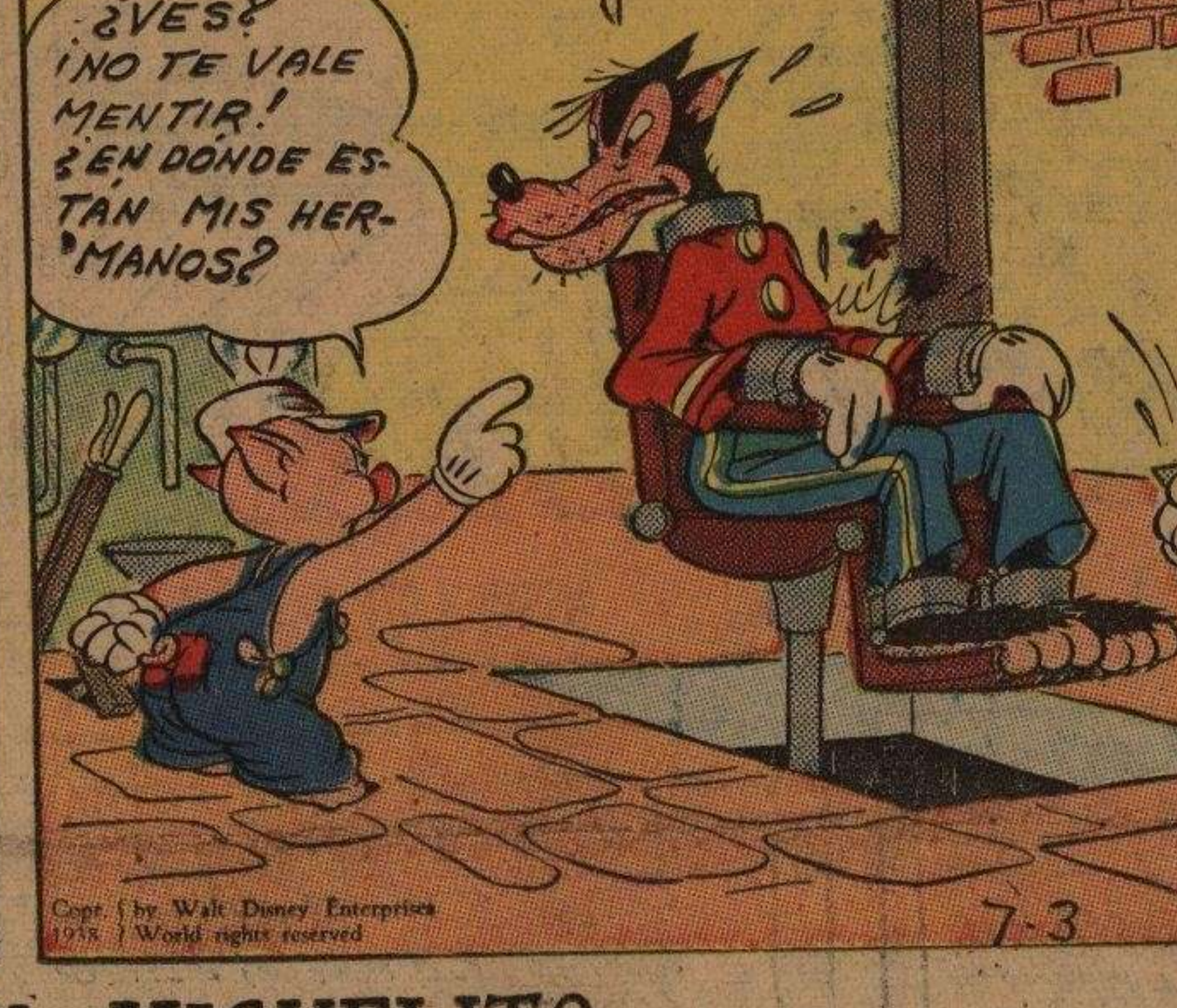
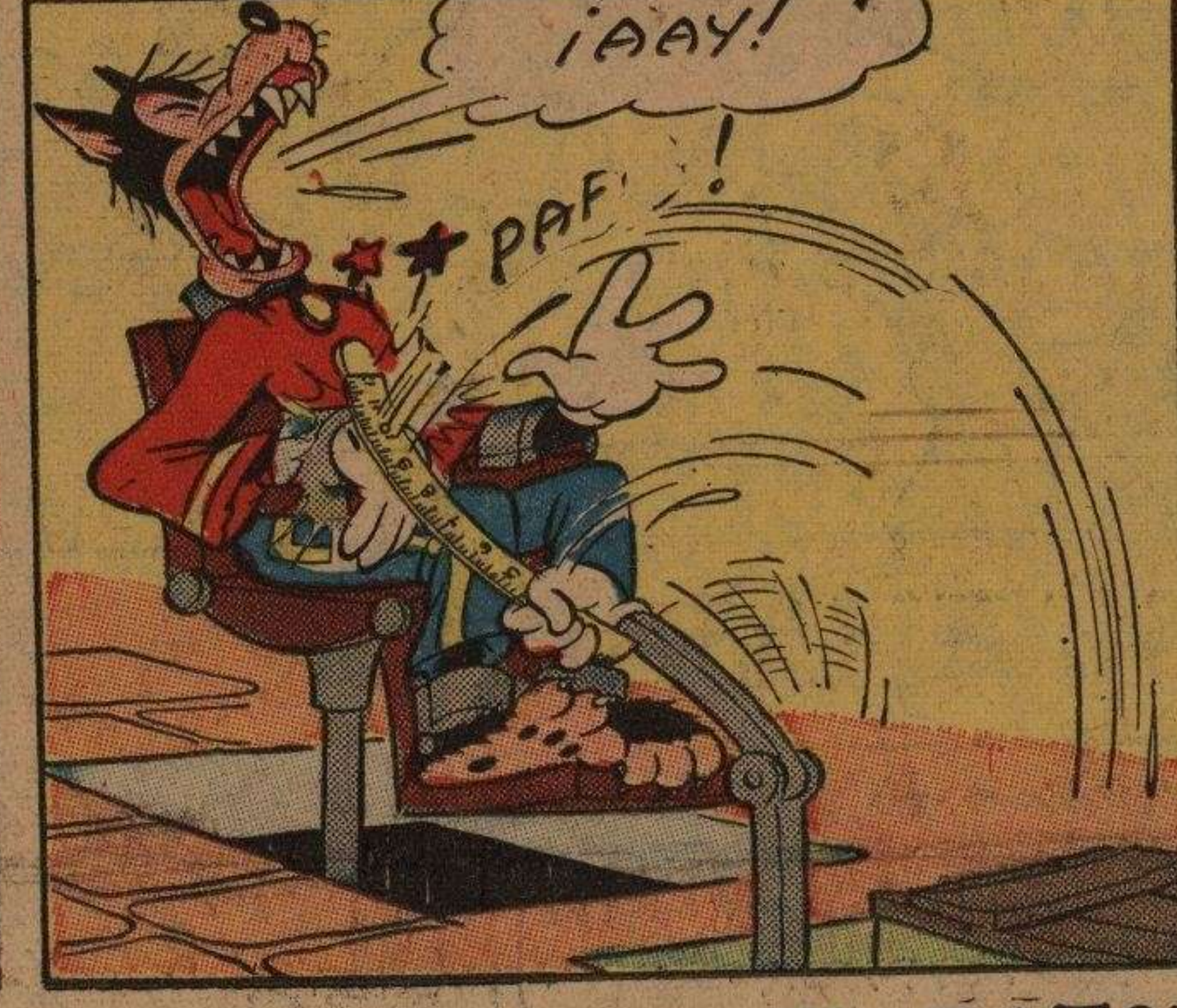
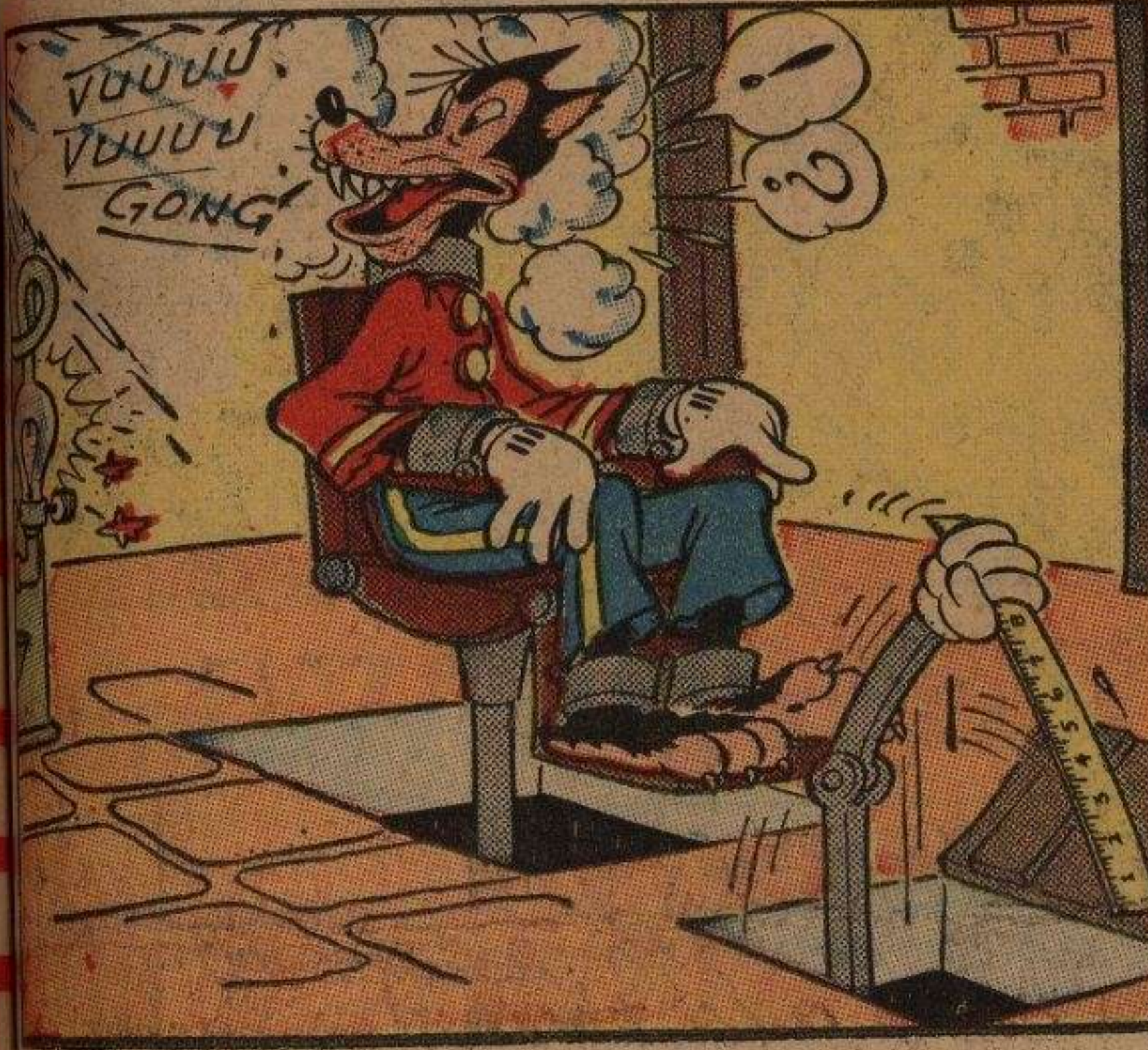
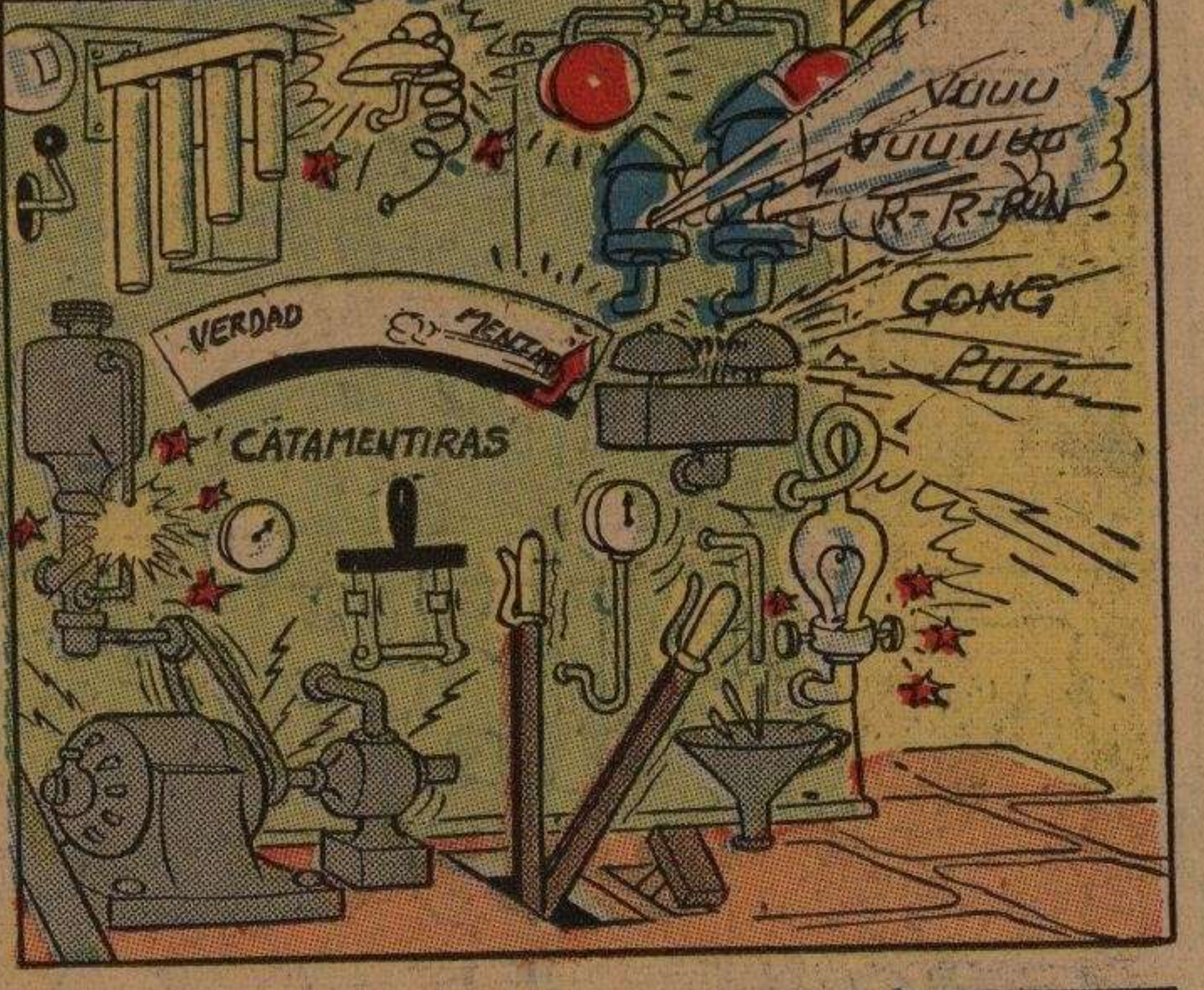
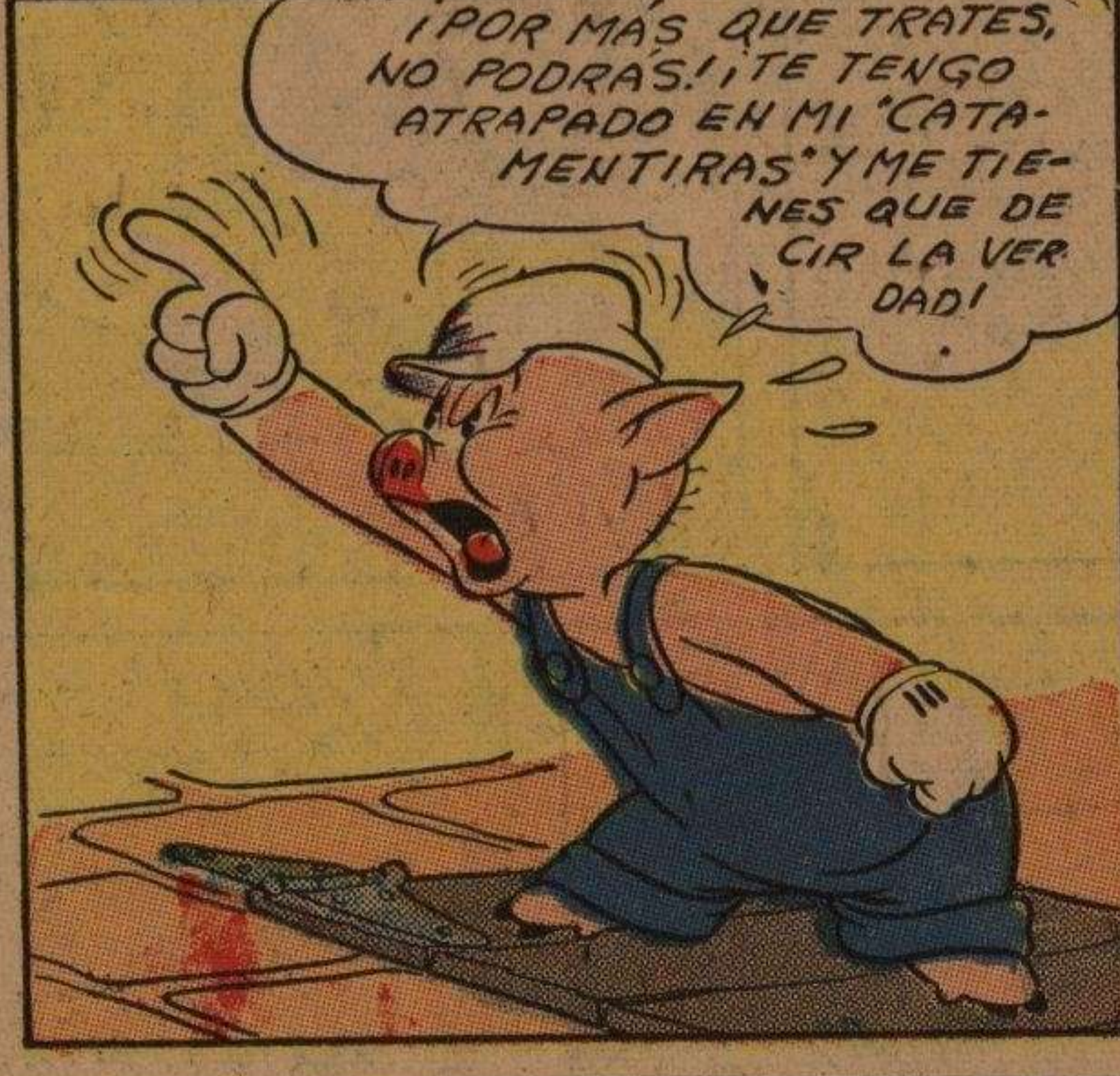
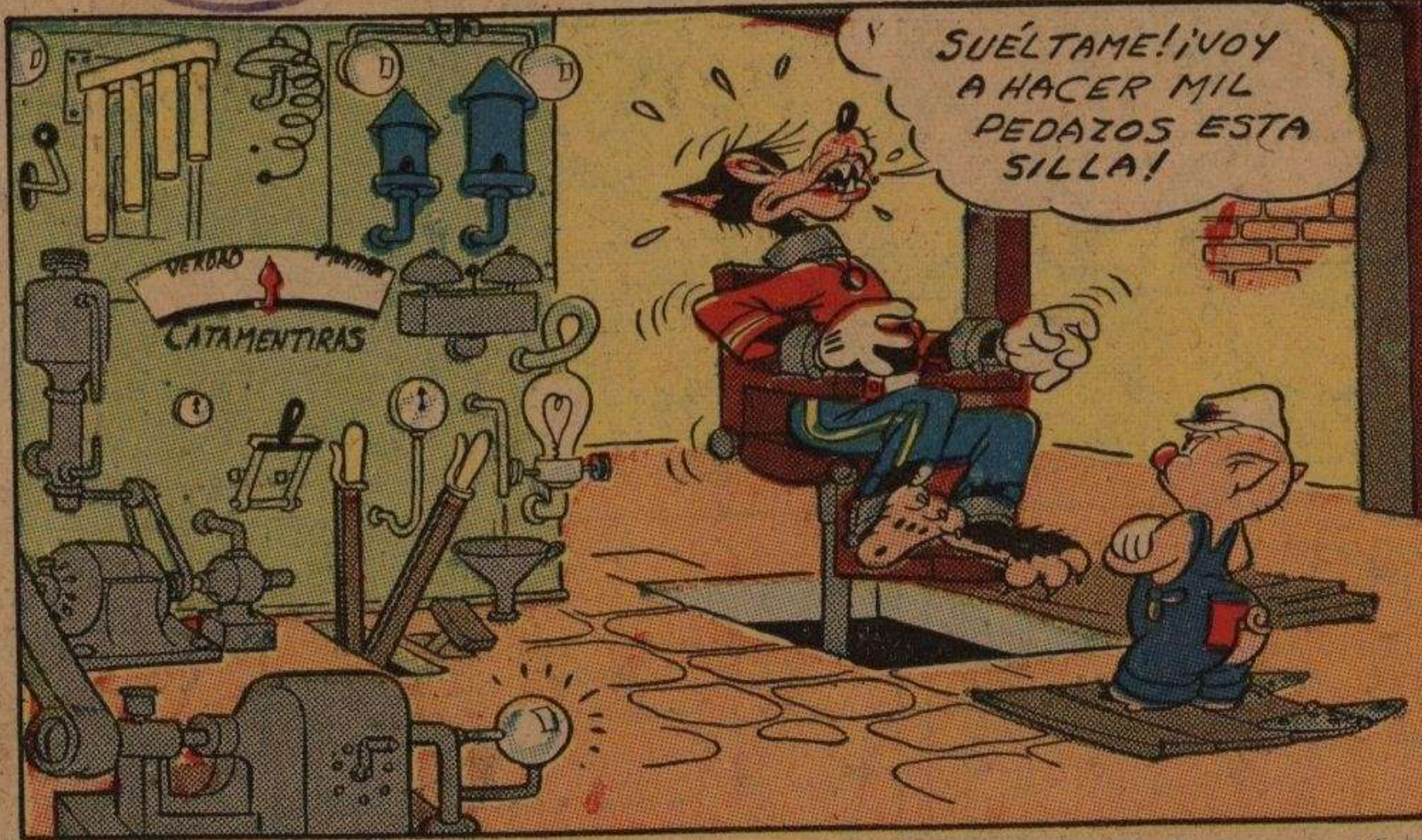


DIARIO DE LA MARINA

DOMINGO 10 DE JULIO DE 1938

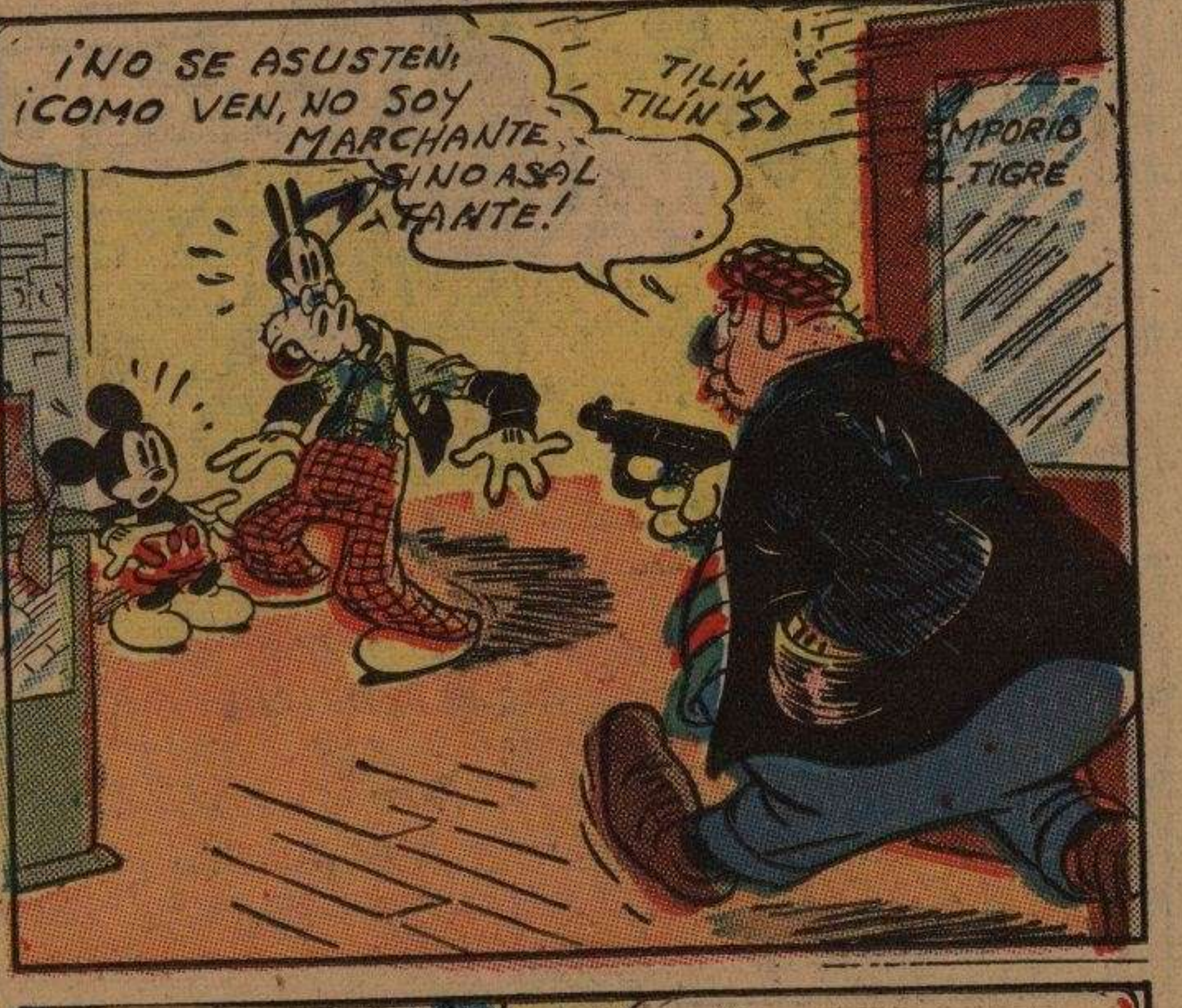
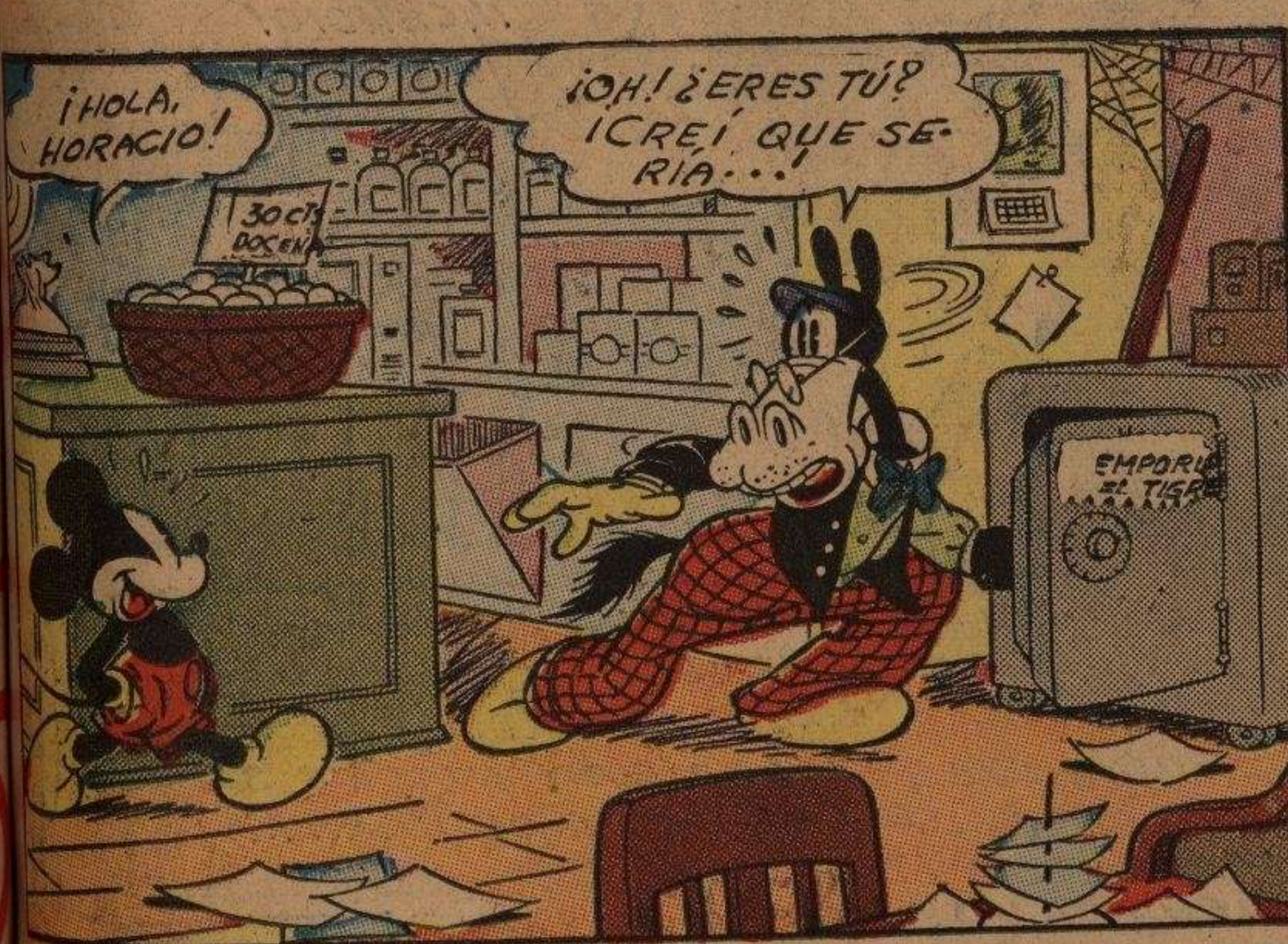
NUEVAS AVENTURAS DE LOS 3 COCHINITOS POR

WALT DISNEY



EL RATON MIGUELITO

REGISTRADO U.S. PATENT OFFICE



WONG-LO

Registered U. S. Patent Office

by BRANDON WALSH

ENTERADO DE QUE TOMAS, WONG LO Y CARLITOS SE HAN HECHO A LA MAR EN EL BARCO "TRITON", EL JEFE DE LA "HERMANDAD DEL HIE- RRO, QUE ODDIA A MUERTE A NUESTROS AMIGOS, SE APODERA DEL YATE "ALBATROS" Y SALE CON SU BANDA, A PERSEGUIRLOS.



¿TIENES UNA GRAN CABEZA, WONG! NI EL MISMO NEPTUNO RECONOCERIA AL "TRITON", CON LOS CAMBIOS QUE LE HE-MOS HECHO!



¡ESTE MUTIL INVILVULO LEZ- LA POL QUE LOS VIENTOS LE LA LESGLACIA NO SOPLEN SO- BLE NOSOTROS! MIENTRAS LOS "HERMANOS DEL HIELO" NO ES- TEN TOLOS PLEOS, ESTE SEL- VILOL NO LO- MILA TLAN- QUILO!



¡SI, SENOR! ES EL PODEROSO CHANG HO Y SU BANDA DE VALIEN- TES QUE VIENEN A UNIRSE A NOSOTROS! CON JEFES COMO EL Y USTED TEN- DREMOS QUE TRIUNFAR!



¡SILENCIO, IDIOTA O TE ARRANCARE LA LENGUA! ¡CHANG HO QUERIA EN- CANTADO SI YO ACCEDIERA A INCORPORAR EN MI BANDA A EL Y A SU CHUS- MA!

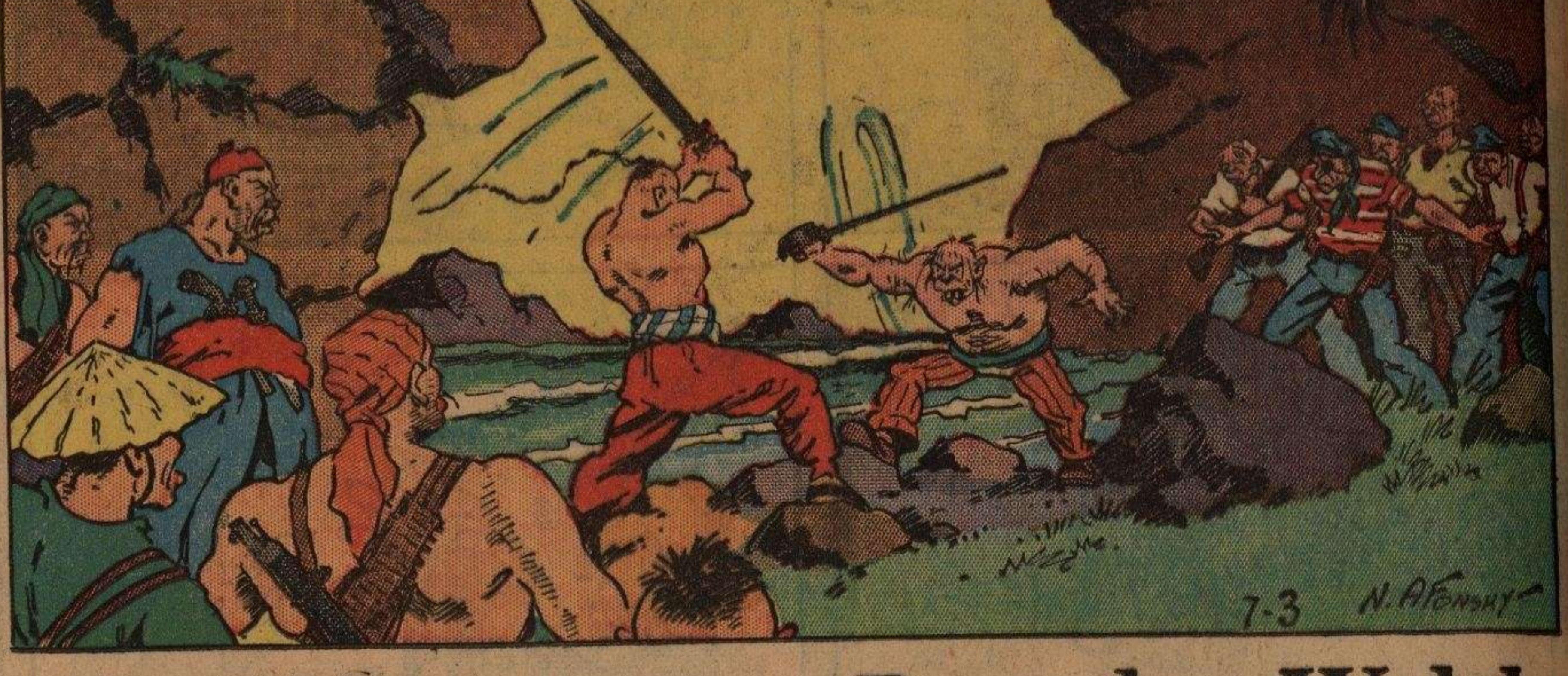


¡EL INVENCIBLE CHANG HO, HEROE DE DIEZ MIL BATA- LLAS, INSISTE EN QUE SOLO EL TIENE VA- LOR Y PRESTIGIO PA- RA SER EL JEFE!

¡HEROE DE DIEZ MIL FRACASOS!



¡ESCUCHA, PERRO! ¡DILE AL INSOLENTE DE CHANG QUE LO DESAFIO A BATIR- SE CONMIGO EN LA PLAYA ESTA TAR- DE! ¡QUE NUESTRAS ESPADA Y NUESTRA SANGRE DECIDAN QUIEN HA DE SER EL JE- FE!



7-3 N. Atwood

ANITA Y SUS AMIGOS

Brandon Walsh



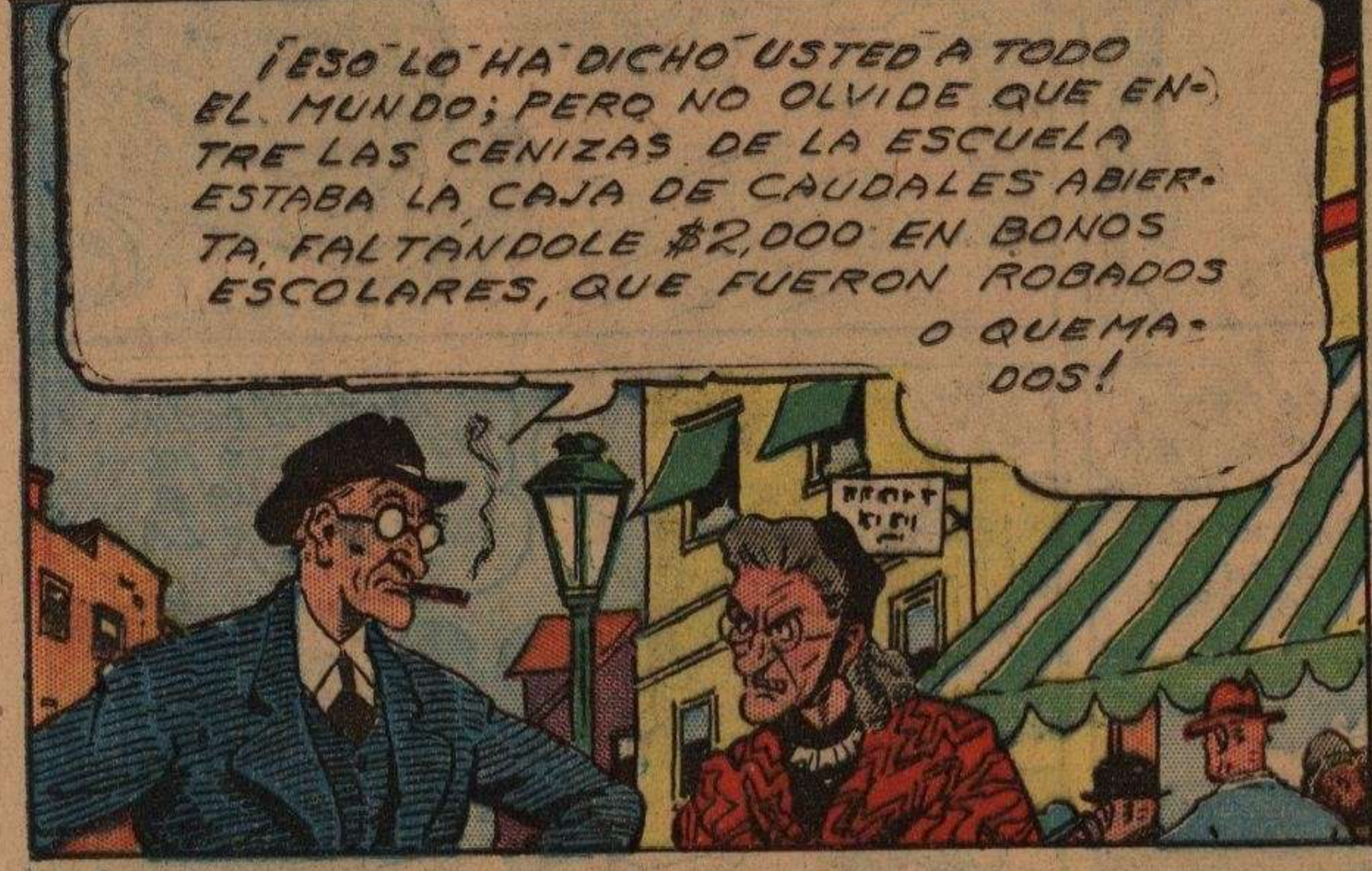
¡USTED ES EL SHERIFF Y ESTA OBLIGADO A PRENDER A LOS DE- LINCUENTES, SEA CUAL FUERE SU SEXO O EDAD!



¡NO SE PREOCUPE, SEÑORITA, DE SI YO CUMPLO CON MI DEBER! ¡HA- CE MUCHOS AÑOS QUE DESEMPEÑO ESTE CARGO; PERO TENGO POR NOR- MA NO PRENDER A LOS DELIN- CUENTES HASTA QUE LOS EN- CUENTRO!



¡PERO YO ESTOY DISPUESTA A DECLARAR ANTE CUALQUIER TRIBUNAL! ¡LA SEÑORA GARCIA, LA SEÑORA PE- REZ Y YO VIMOS A LA TAL ANITA SA- LIR DE LA ESCUE POR UNA VENTANA POCO ANTES DEL INCENDIO!



¡ESO LO HA DICHO USTED A TODO EL MUNDO; PERO NO OLVIDE QUE EN- TRE LAS CENIZAS DE LA ESCUELA ESTABA LA CAJA DE CAUDALES ABIER- TA, FALTÁNDOLE \$2,000 EN BONOS ESCOLARES, QUE FUERON ROBADOS O QUEMA- DOS!



NO ES CREIBLE QUE UNA CRIATU- RA COMO ANITA SUPIERA ABRIR UNA CAJA DE CAUDALES, NI QUE INCENDIA- RA LA ESCUELA, DESCOLGÁNDOSE LUE- GO POR LA VENTANA Y ACTO SEGUIDO SE PUSIERA A HABLAR CON USTEDES ACER- CA DEL TIEMPO.



¡YO NO HE DICHO QUE ANITA ABRIÓ LA CAJA DE CAUDALES; PERO SI QUE NADIE SABE QUIÉN ES ELLA NI DE DONDE VIENE! ¡LOS CRIMINALES SE VALEN A VECES DE NIÑOS PARA HA- CHER SUS FECHORIAS! EN FIN, YO SIEMPRE HE SOSPECHADO DE ANITA!



¡USTED ES LA SOSPECHADORA NÚ- MERO UNO DE ESTE PUEBLO; PERO YO NO VOY A PRENDER A UNA CRIATU- RA HASTA NO TENER PRUEBAS DE SU CULPABILIDAD! ¡CUALQUIERA LEN- GUA OCIOSA PUEDE PRO- PALAR UNA CALUMNIA; PERO LOS CHIS- MES Y LOS NE- CHOS SON CO- SAS MUY DISTINTAS!



¡VAMOS, QUERIDA! ¡NO LLORES MÁS! ¡LAS PERSONAS SENSATAS NO HA- RAN EL MENOR CASO DE LO QUE DI- CE ESA VIEJA MAL PENSADA! ¡TODOS SABEN QUE ERES UNA NI- NITA BUENA Y HONRADA A CARTA CABAL!



¡PERO LA GENTE ME MIRA COMO DICHIENDO "¿HABRÁ SIDO ELLA?" ¡QUIÉN SABE!" Y ME MUERO DE VER- GÜENZA SEÑORA!

7-3



